

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

el alquimista

Jorge Ángel Livraga



EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

EL DIÁLOGO DE LOS ESPECTROS

Hay palmos de tierra en Europa que no sintieron el fragor de las bombas y máquinas de guerra, pero las almas de sus habitantes, material más sensible, conocen todas el miedo. En este plano sutil de los hombres, no existen lugares «no afectados».

Cualquier pueblo que tomemos, de cualquier nación, puede ser teatro de esta escena... Tal vez, un lugar cercano a la frontera franco-española...

—¿Dónde estudiaré hoy las lecciones de latín, padre? ¿Junto al recodo del camino real?

—Si no me cansa demasiado el sendero, llegaremos a una antigua iglesia abandonada desde hace pocos años. ¿La deseas conocer?

—Creo que la conozco, aunque nunca pude acercarme a contemplarla detenidamente. ¡Vamos allí!

—Si mis piernas están de acuerdo contigo, llegaremos en media hora de marcha.

Quien así hablaba aparentaba unos sesenta y cinco años, alto, de porte muy noble y trajeado con la elegante sencillez característica de los ánimos templados en la educación y cultura más refinadas. En su mano, un bastón con empuñadura de asta iba dejando una línea de puntos suspensivos junto a las huellas de su amo.

Con el anciano marchaba un joven algo más bajo, vestido con igual austeridad, llevando un par de libros bajo el brazo. Sus ojos negros recorrían el paisaje, captando escondidos detalles de belleza que atesoraba en su alma, reposada y antigua a pesar de su cuerpo de veinte años.

—¡Antonio! —la voz del anciano lo extrajo de sus observaciones—. Hijo, ¿por qué te apuras tanto? Si te sigo a este ritmo con que mueves los pies, no llegaré siquiera a la carretera... y quiero que estudies latín junto a esas ruinas que escucharon por tantos siglos miríadas de veces hablar la lengua divina de Virgilio.

—Me entusiasma la idea de hacerlo y, sin embargo, hay algo indefinido que me hace temer ese lugar.

—¿Qué es ese algo?

—¿Me permites que te lo diga luego, cuando anochezca?

—Como tú desees...

En ese momento cruzaron la carretera, silenciosos, pero alegres de estar cerca del lugar señalado.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Antonio no era, en realidad, hijo del anciano, sino su protegido, adoptado al principio de la gran guerra, luego de haber muerto sus padres en África del Norte. El joven contaba entonces cinco años, y fue recogido herido entre las ruinas de un hotel europeo, por aquel que luego lo adoptaría como hijo. El anciano y bondadoso señor le llamaba Antonio para borrar de su personalidad la mayor parte posible de aquellos espantosos recuerdos. Le había costado una excelente educación en los mejores colegios de Inglaterra, donde en esos momentos cursaba un doctorado en Filosofía.

Antonio aprovechaba las vacaciones para pasar unos meses en la retirada villa de su benefactor, hombre de sólida fortuna y de aún más vasta cultura y virtud. A su lado, oía las narraciones de sus viajes por África y Asia, llenando su espíritu con la dulzura azul de las montañas y la serena actividad de la campiña.

Al volver un recodo, el murallón de rocas dejó ver las ruinas de la iglesia. Antonio se estremeció imperceptiblemente, pero apuró el paso. El anciano lo observó en silencio. Cuando llegaron al fondo del valle en que se levantaba la construcción, le dijo:

—Este templo debe de datar del siglo XIII o XIV, aunque posteriores construcciones han alterado sus detalles; lo destruyó un incendio hace cinco años, y desde entonces está abandonado a las garras de la erosión y la maleza. Solo su torre permanece de pie, como un monje petrificado durante alguna oración sacrílega.

—Es cierto, padre; aquí todo respira un drama secreto que no alcanzo a definir... La nave central se ha derrumbado y quedan de ella los enormes tirantes de madera carbonizada; en lugar de las nubes de incienso, los envuelven los hongos. Esta gran torre resquebrajada y sus dependencias, preñadas de arbustos y lagartos, son decorados lúgubres de no sé qué diabólica representación...

—Los aldeanos, aun los más mozos, tratan de evitar esta parte del valle; ellos aseguran que, por las noches, vienen las hechiceras del pueblo a recoger hierbas venenosas y a escuchar nefastos consejos de bocas fantasmales.

—No poca imaginación habrá en esas manifestaciones, pero de cualquier manera son justificables.

—Toda superstición o habladuría tiene, en su origen, algo de verdad...

Estas palabras del anciano resonaron bajo las bóvedas de piedra de los costados y parecieron evocar mil sombras dormidas.

Antonio recorrió aquellas ruinas y las de varias construcciones cercanas, de las cuales solo quedaban los cimientos.

—¿Fue esto alguna vez un gran poblado? —preguntó a su protector.

—Así como lo dices. Aquí funcionó una minúscula ciudad universitaria, y aquellas monumentales ruinas que ves en la falda del monte son de un antiguo castillo del siglo IX, del cual quedan únicamente trozos de muros y cimientos. A la larga, la Natura-

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

leza, imagen en esto de la ley que nos rige, siempre triunfa. Los pesados moles y terraplenes tallados en la roca, pasan lentamente a integrar las laderas del monte, deshechos, cubiertos de bosquecillos... Toma ahora tus libros y lee; yo te corregiré.

Varias horas pasaron, y cuando el sol inflamaba el horizonte, abandonaron la lectura comentada de los clásicos.

Antonio elevó la mirada y, un poco pálido, señaló la cúpula de la torre.

—¿Qué ves de raro ahí?—preguntó el anciano.

—Padre, tal vez sea una gran tontería de mi mente, pero los reflejos del sol sobre esos muros se me asemejan mojaduras de sangre que se van ennegreciendo y extendiendo... Varias veces, desde el sendero que bordea el valle, he observado el mismo efecto, y hay algo en mí, algo oculto muy en el fondo que se estremece...

El anciano, por toda respuesta, lo miró meditativamente largo rato, para luego preguntarle:

—¿No tienes idea, ni aun confusa, de la causa de tan extraña turbación?

—No, padre. No es que me desagrada el lugar; me atrae, y mi alma se solaza en la imaginación de las épocas que contemplaron estos muros; me emociona la hiedra que cubre con piadosa mortaja este gran cadáver de piedra. Pero luego, cuando veo esas manchas, reflejos, o lo que sea, me sobrecoge un raro temor, y mi corazón se angustia como si estuviese viviendo una gran tragedia. Entonces quiero huir de este lugar y cuento alegremente los pasos que me separan de él.

Una vez más el anciano guardó silencio, pero no demostró mayor sorpresa.

—En las cosas, hijo mío, hay multitud de luces y sombras escondidas a los ojos de los materializados mortales.

—Ha de ser así, padre...

Antonio recogió sus libros, y el anciano se subió un poco más la bufanda gris. Las sombras salieron de sus escondites habituales, los rincones, y se extendieron por el pequeño valle.

El anciano y el joven, cargando sus pensamientos, pronto fueron dos puntos en el camino que llevaba al poblado.

Al ocultarse enteramente el astro del día, luego de la pausa del crepúsculo, renació la vida entre las rocas, pero era una vida distinta que alentaba en las tinieblas, y no reconocía más sol que la Luna. Los pájaros nocturnos y los murciélagos iban de capitel en capitel, de arco en arco, de ruina en ruina, como negros ángeles siniestros que llevasen mensajes entre mundos malditos. Mil murmullos afloraban en los labios de cada grieta.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Lentamente, la reina de la noche ocupó su lugar en el cielo, y hubo como concentraciones en la bruma, que se movían recorriendo pequeños círculos hasta esfumarse de nuevo en el aire, frío y húmedo.

De uno de los boquetes, tras el derrumbado altar mayor, surgió una sombra con apariencia humana, y se dirigió lentamente al encuentro de otra, que le aguardaba entre los reclinatorios carbonizados, tachonados con el blanco amarillento de los hongos.

—Ya estabas aquí... —murmuró la primera sombra.

—¿Lo has oído? —preguntó la otra.

—¡Sí! Es él, sin lugar a dudas.

—Pero no recuerda...

—¡Afortunado! ¿Cuándo nos liberarán de esta maldición horrible de recordar?

—¿Aún deseas la felicidad?

—Solo quiero la paz...

—Él también la quería, para él y para todo el mundo, y nosotros, al menos a él, se la proporcionamos.

Una risa parecida al crujir de las hojas secas terminó con esas palabras.

—¿Recordamos por él? —preguntó una sombra.

Respondióle la otra:

—¿Qué más nos queda? Recordarlo todo y, al finalizar, volver a comenzar. El recuerdo mata la vida, pero da otra forma de vida de la que es difícil despegarse...

Las dos sombras se perdieron andando bajo los restos de galerías; pero sus fúnebres susurros, enredados en las alas de los murciélagos, continuaron resonando por todos los rincones.

El burbujeo de los líquidos en las viejas retortas tenía para Pablo Simón la misteriosa virtud del canto de las sirenas; lo sacaba de su insondable mar interior y lo aferraba a las rocas de lo concreto, del rudo continente material. Pero pronto, como vientos marinos, los heraldos invisibles del horizonte le recordaban su viajera naturaleza interna.

Levantó los ojos hasta el ventanuco por donde se asomaban las primeras estrellas. La solución en la que trabajaba ya estaba casi totalmente cristalizada. Luego, debería fundirla de nuevo en su cubeta de hierro.

Como si este material fuese una gran alma —pensaba—, manifiesta de sí miles de cristalizaciones; luego se unen y confunden en la sustancia primera, y así hasta que de todo ello queda sólo un licor transparente, puro...

El adormecedor canto de las cubetas perdió importancia, y se enderezó sobre los instrumentos, el hornillo y las retortas. Se quitó el pesadísimo delantal de cuero y la camisa color pizarra.

El aire viciado del laboratorio subterráneo huyó de sus pulmones apenas salió al fresco de la noche; todo él se sintió súbitamente como «lavado».

Echó a andar, y sus pasos lentos se unieron al más rápido de los jóvenes estudiantes que salían en busca de aventuras y buen vino.

Al joven químico, que a la sazón contaba veintinueve años, jamás le habían interesado esas expansiones, y si bien algunas veces las había gustado, sólo lo hizo arrastrado por sus compañeros de estudio, debiendo simular un entusiasmo y alegría que no podía sentir. Así, muy pronto logró aplomarse, y buscó diversiones a su gusto, aunque a sus conocidos les pareciesen torpezas de un joven amargado y extraño.

Leía mucho; por las noches pasaba largas horas visitando las maravillosas grutas de sombra y perfume que se formaban bajo los pinos. Muchas veces, de cara a las estrellas, miraba esos formidables ojos del cielo, movientes, brillantes, como si hurgasen las almas de los hombres tratando de sorprender los más íntimos secretos.

La campana de la iglesia cantó diez notas vibrantes cuando Pablo Simón llegó a uno de sus refugios favoritos; allí, lejos del mundo de los hombres, púsose a meditar sobre su propia naturaleza y la de los múltiples hijos de Dios que lo rodeaban.

Hacía ya muchos años que aquel castillo, construido sobre la base de una antiquísima fortificación romana, había sido abandonado y destruido, hasta solo quedar en pie sus gruesísimos muros y alguna torre agrietada.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Allí, recostado sobre una ruina, copiaba la inmovilidad del paisaje, se asimilaba a él, intentando compartir el secreto de aquellas piedras venerables. A veces, desde lo alto de una arcada, sobre columnas romanas, como un nuevo estilita, contemplaba el dragón de sus dudas y temores, vencido por un instante ante el empuje inteligente de su alma. Otras, apartaba las derrumbadas losas, para pasar su mano sobre el pulido mármol de una estatua, tratando de adivinar quién había sido el último en tocarla; tal vez la misma dama que veía plasmada en la piedra, o quizá un noble guerrero la hubiese admirado junto a la gloria del antiguo Imperio...

Una civilización tras otra yacía a sus pies. Algunos muros habían visto el sol en los días de los césares; otros, hacía apenas cinco siglos; pero, en ese instante, a todos los plateaba la luna y eran nada más que un heterogéneo conjunto de escombros.

Pablo Simón sintió frío. La medianoche, en pleno mes de noviembre, tenía un hálito fuerte y helado, que interpretaba en las hendiduras de las ruinas tristísimas baladas y augustas letanías de palabras extrañas. De pie, en medio de un gran patio semidestruido por la maleza, tenía la sensación de que en las galerías laterales aún resonaban los pasos de los guardias, y luces fugaces se acercaban, curiosas, al borde de los ventanales.

Echó a andar sobre las piedras sueltas que se quejaban del paso que conmovía su callado retorno a la Naturaleza, que profanaban el innegable derecho de morir en silencio.

Su pensamiento se elevó sobre los murmullos de la tierra. ¿Es el alma absolutamente inmortal? Si ello fuera cierto, también sería absolutamente infinita e igualmente libre... Mas —y aquí su pensamiento descendía a lo concreto con la fatal velocidad de una piedra que rueda al abismo— ¿cómo, entonces, había conocimientos prohibidos, luchas entre religiones, hombres que en nombre de Dios derramaban sangre? Todos los bandos proclamaban una protección divina especial. ¿Un mismo Dios podía inspirar contrariedades? Y si unos estaban en el error, teniendo la Divinidad en sí mismos, ¿cómo podía esta negarse y afirmarse a la vez? ¿O era, acaso, el Creador de todas las cosas un loco formidable, un niño cósmico?

Toda esta problemática ejercitación acababa inexorablemente con la lucha entre la razón y el principio de autoridad. Mas ¡qué tristes ejemplos de autoridad espiritual tenía a su alcance...!

El joven se sentó sobre las ruinas del pórtico de una capilla e imaginó la jornada que comenzaría a vivir dentro de pocas horas. Llegaría al colegio parroquial, donde le esperaban sus alumnos de química y matemáticas. Primeramente, tendría que saludar al rector. Luego, aleccionaría a una veintena de jovencitos trasnochadores o pendeñeros, para los cuales no había más ciencia numérica que la de los dados, ni química más interesante que la probable obtención de un filtro amoroso. Esos eran los estudiantes, los razonadores, futuros catedráticos, guías de la juventud, artesanos del pensamiento filosófico y abstracto...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Pablo Simón se enderezó bruscamente. Varias noches había creído ver reflejos de antorchas entre los muros y montañas de escombros, y lo había atribuido a alguna alucinación o fosforescencia de cadáveres enterrados; pero esta vez el fenómeno había sido demasiado evidente y cercano como para no darle importancia.

Por una profunda grieta que traspasaba las losas del pavimento había surgido gran claridad por espacio de cinco o diez segundos. El movimiento del haz luminoso le había dado la impresión de una antorcha llevada a paso lento. En tres saltos estuvo junto a la grieta; estaba oscura y su curso era demasiado irregular como para poder divisar nada en su interior; pero un rumor como de voces se expandía en el aire helado de la noche.

Pablo Simón no creía en fantasmas ni brujerías, ni aun en las terroríficas leyendas referentes a logias de monstruos, diablos encarnados en cadáveres con apariencia de vida, que realizaban nefastas ceremonias de las que eran esclavos todos los hombres, excepto los cristianos obedientes. Pero todo ello no bastaba para alejar las frías manos del miedo que empezaban a oprimirle el corazón.

Varios minutos estuvo vacilando sobre si debía irse como si no hubiese visto ni oído nada o investigar quiénes andaban por los subterráneos y catacumbas de la antigua fortaleza.

La soledad y el marco desolado no eran propicios a los actos de arrojo; pero el espíritu de investigación del joven químico y un oculto deseo que no podía comprender le decidieron a no irse de allí hasta que hubiese desvelado el misterio.

Penetró en lo que fuese antiguamente nave de la capilla y, trabajosamente, se acercó al altar, casi intacto; en el corazón del silencio floreció un rumor de voces, como efímera flor de esperanza. Pablo Simón sorteó sigilosamente la escalinata del altar y divisó en el suelo una luminosidad vacilante que surgía por debajo de una losa; la tanteó y apreció con sorpresa que era mucho más liviana que lo que su imponente aspecto representaba. No sin gran trabajo logró correrla, y un hálito tibio le dio en las manos. El hueco que cubría era una especie de túnel descendente, con una escalera bastamente labrada en las rocas; a pocos metros, una gran lámpara de aceite pendía del techo alumbrando los escalones, hasta donde estos terminaban en otro túnel horizontal.

Empezó a descender y conoció la razón de la liviandad de la losa que hacía las funciones de puerta: estaba horadada por debajo y se asemejaba a un cajón invertido. A poco trecho de andar por el corredor horizontal, tuvo que bajar una nueva escalera, que llevaba a un gran salón subterráneo, semiderrumbado y lleno de filtraciones de agua; el recinto estaba muy débilmente iluminado por la última lámpara al pie de la escalera.

De allí no hubiese pasado el valeroso impulso del joven, a no ser por un ventanuco al fondo de la cámara, por el cual emergía una cierta claridad. Haciendo un llamado a todo su valor y rodeándose de recelosas miradas dirigidas hacia los sombríos muros laterales, Pablo Simón fue al encuentro de su destino. El orificio, formado al caer uno de los pesadísimos bloques, estaba a más de cinco metros de altura, por lo que

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

debió encaramarse sobre los montones de escombros que se acumulaban por doquier; tampoco así logró alcanzar el hueco, pero una voz vibrante y serena como la de una campana lo inmovilizó. La voz había dicho:

—Abraxas es un gallo y el gallo canta antes del amanecer —y una especie de coro le respondió con profundo acento.

El joven, sorprendido y emocionado, pensó que se asemejaba a una respuesta de la Tierra ante el llamado del Cielo. Su atención se volvió al sentido de la frase oída, pero apenas lo había hecho, algo como un saco lo envolvió hasta los pies, y un fortísimo golpe dado en su cabeza lo lanzó al foso negro de la inconsciencia.

Al despertar, la primera sensación que percibió fue un dolor agudo en la nuca y el cuello; luego se dio cuenta de que estaba acostado y abrió los ojos. Un hombre íntegramente vestido de blanco estaba de pie a su lado; al principio lo confundió con un novicio, y se creyó en su casa o en el colegio parroquial, pero pronto notó que aquel llevaba la cabeza cubierta por un capuchón con perforaciones para los ojos y la nariz.

—¿Dónde estoy? —preguntó, a la vez que trataba de incorporarse del lecho. Pero un violento tirón en su muñeca izquierda le hizo caer sobre su espalda; sólo entonces se dio cuenta de que estaba encadenado.

—¿Por qué estoy preso? ¿Quién sois vos? —inquirió indignado y atemorizado a la vez.

—Ten paz, hermano —pidió el encapuchado, poniéndole una mano en el pecho—. Estás bajo las ruinas que visitabas anoche, en una celda subterránea. Aquí yo no tengo nombre humano, y el que en estos recintos me identifica no podría decírtelo a ti ni te valdría de nada el saberlo. Aguarda en paz, pues alguien quiere hablar luego contigo.

Así diciendo, hizo sonar una campanilla de plata y penetró en el cuarto otra persona de igual atavío. Ambos hablaron en voz muy baja.

Mientras tanto, Pablo Simón trataba desesperadamente de desenmarañar sus ideas. ¿Quiénes eran aquellos encapuchados? Si bien le habían golpeado y amarrado, sus palabras eran en extremo bondadosas y demostraban una serenidad interna magnífica. No parecían diablos, brujos ni bandidos, sino más bien sacerdotes ascetas cumpliendo algún rito o penitencia.

Fue interrumpido en tales especulaciones por su blanco guardián, quien lo invitó con una taza de caldo y trozos de queso y pan. Tan amable fue el ofrecimiento que el joven lo aceptó de buena gana y, si bien no muy cómodamente, apuró su frugal comida.

—¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente? —preguntó.

—Unas seis horas, hermano; pero te hemos revisado y te aseguro que en nada importante te ha afectado.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Seis horas! El padre Pedro estará furioso conmigo; jamás faltó a mi trabajo de profesor en el colegio parroquial...

—No te preocupes por ello, Pablo Simón; descansa. Volveré luego.

Con esta recomendación el encapuchado se alejó de su lado, abandonando la pequeña estancia.

En el primer momento de soledad, el joven atinó a retomar el cauce de sus pensamientos anteriores; pero pronto reaccionó. El encapuchado lo había llamado por su nombre, y, sin embargo, él no llevaba encima nada que lo identificase al ser sorprendido la noche anterior.

«Tal vez alguien que me conoce, o me habrán reconocido durante mi sueño», pensó.

Observó luego la pieza. Tenía apenas tres metros por lado y poco más de alto; no había otro mueble que su cama de madera y dos sillas. Una ventanita cerca del techo llenaba menguadamente los oficios de respiradero y tragaluz, pero a pesar de la semioscuridad el joven había podido observar detenidamente a su cuidador. De alta estatura, delgado, vestía una humilde túnica de hilo rematada por un capuchón que terminaba de cubrir íntegramente su fisonomía. Llevaba en el medio del pecho, abajo y a la izquierda, una cruz celeste, parecida a la común, pero que tenía algo que intrigaba a Pablo Simón, sin acertar a definirlo.

—¡Esa no es una cruz común, sino un cubo desarrollado! —exclamó en voz alta.

Entonces se hizo cierta luz en su mente. ¿No sería una logia de magos blancos, tal vez una secta de cristianos no corrompidos que, para evitar a la Inquisición, guardaban tan grandes precauciones?

Confortado por estos razonamientos, cerró los ojos y se dejó adormilar unos minutos, hasta que el pesado deslizarse de la puerta en su marco lo volvió a la completa lucidez. Un encapuchado, al parecer el mismo de antes, lo observaba. Finalmente, le preguntó:

—¿Puedes mantener una conversación algo prolongada? ¿Te sientes bien, hermano?

—Todo lo bien que puede sentirse un hombre encadenado —le respondió amargamente Pablo Simón.

El que le había interrogado dio paso, entonces, a otro personaje igualmente ataviado, pero que lucía una especie de triángulo dorado en medio de la frente.

—¡La paz sea contigo, hermano Pablo Simón Fosoletoe! He escuchado tus últimas palabras...

El joven lo observó sin poder ocultar su extrañeza.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Retribuyo vuestro amable saludo, seáis quien seáis. Pero ¿cómo sabéis mi nombre y apellido? Vuestra voz no me es enteramente desconocida.

—No te preocupes en saber bajo qué nombre actúo en el mundo exterior, el de los «muertos», pues nada ganarías con conocerlo.

—¿Puede saberse por qué estoy encadenado?

—¡Extraño ser es el hombre! Apenas se le colocan unas cadenas en las muñecas o se le encierra un par de días, clama desesperado por liberarse; pero goza en autoencadenarse y autoencarcelarse en sus pasiones, vicios e ignorancia. Ha convertido su vehículo terrestre, de una habitación en una cárcel, y enamorado de sus sufrimientos hace lo posible por no abandonarla.

—Por la forma en que habláis, parecéis un doctor en teología, tal vez un cardenal o un obispo; pero mi actual condición es demasiado comprometida y enojosa como para que pueda discutir metafísica; según me parece ha de ser más de mediodía...

—Créeme que puedes olvidarte del colegio parroquial. Haz el bien de responder a mis preguntas con plena sinceridad y justeza, pues de ello depende la duración de tu vida. El ideal que nos mueve es el mismo que lanza al sol y los planetas por sus rutas celestes, y a cualquier precio debemos impedir los fracasos. Tú eres tu propio guardián; diciéndome la verdad y manteniéndote mansamente sereno nada te ocurrirá ni pasarás dificultad alguna.

Estas palabras del encapuchado estaban en tal forma preñadas de voluntad y nobleza que el joven químico no dudó de que no vacilaría un punto en cumplirlas.

—Cedo a la razón de la fuerza; te escucho y prometo mansedumbre mientras que las circunstancias no me obliguen a lo contrario.

El extraño visitante tomó asiento cerca del lecho y preguntó:

—Te llamas Pablo Simón Fosoletoe, ¿no es verdad?

—Así me llamo.

—Te llamarás distinto. Tu nombre terrestre sufrirá una transmutación el día de tu matrimonio con «Sofía»; aún tienes oportunidad para ello.

El joven le miró asombrado para luego interrogarle:

—¿Cómo será esa trasmutación? No creáis que supongo, como la plebe ignorante, que Sofía es un súcubo de tentadoras formas, con quien, al decir del padre Pedro, yacen incestuosamente todos los que no estudian ni rezan según los mandatos de la Iglesia. Conozco la etimología de esa palabra griega y su significado: sabiduría o conocimiento integral. Mas ¿qué es lo que pretendéis hacer conmigo?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Me alegra tu erudición y liberalismo. ¿Qué dijo el padre Pedro cuando le contaste lo que veías y oías de noche en estas ruinas?

—¡Jamás comenté eso con el padre Pedro! ¿Cómo...?

—¡Calla! —le interrumpió el encapuchado—. ¿No has comentado con nadie sobre este asunto?

—¡No! ¿Cómo podría haberlo hecho? Jamás vi ni oí algo sustancial hasta que me apresasteis; creí que era víctima de alucinaciones o fenómenos de fosforescencias.

—¿Sabes que si me mientes tendrás que pagarlo a un precio muy caro? —la voz se había tornado dura y Pablo Simón se sintió incómodo en el lecho. Finalmente, respondió:

—Sí... De cualquier manera creo que he perdido para siempre mi libertad y tal vez mi vida... Pero no he mentido.

Por el ventanuco se vio correr sobre las nubes la sangre del sol poniente, y las sombras de la celda, vampiros ávidos, se agrandaron persiguiendo los últimos reflejos.

El encapuchado parecía meditar y el joven miraba tristemente las piedras del techo. Por fin, el primero mató el silencio con una pregunta definitiva:

—¿Qué oíste junto al muro del antiguo patio subterráneo?

—No entendí; aparentemente no tenía sentido...

—¡No interesa si lo entendiste! ¿Qué fue ello?

—Más o menos fue: «Abraxas es un gallo y el gallo canta ante el amanecer».

—¿Nada más?

—Nada más...

—¿No viste nada?

Pablo Simón negó con la cabeza, pero el otro insistió:

—¿Ninguna escena? —al hacer esta pregunta extrajo de su seno un medallón que, cubierto, pendía de su cuello. Representaba en su centro a un hombre con cabeza de gallo; uno de sus brazos enarbolaba un escudo oval y el otro una lanza. Rodeaban la figura signos hebreos y dibujos egipcios. El material parecía oro, incrustado con esmalte azul y brillantes.

—No vi nada, ni jamás algo como eso... ¿Qué representa?

—Muchas cosas. Es un símbolo de Dios y tiene trescientas sesenta y cinco virtudes.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Tantas como días tiene el año...

—¡Eres inteligente, Pablo Simón! Ya tienes material de sobra para que nos carbonicen si acudes a un inquisidor.

—¡Odio a la Inquisición tanto como la podéis odiar vosotros! Hace tres días quemaron en la plaza pública al pequeño hijo de Nicolás, el zapatero, pues le venían ataques nerviosos y se le repitieron durante el exorcismo de práctica. Cuando empezó a gritar, en la hoguera, su madre se abrió paso entre los pechos de los caballos de la guardia e intentó rescatarlo. Un miembro del tribunal mandó que la metiesen en el fuego, pues el diablo la había poseído también. Mientras la pobre mujer era mantenida entre las llamas con las puntas de las lanzas, esos lobos disfrazados de pastores elevaban sus cruces y entonaban frases en latín.

—Yo también he presenciado ese drama, Pablo Simón, pero no ha de ser el odio quien nos una, sino el amor. Estudiarás nuestras doctrinas y renacerá tu fe en Jesucristo.

—¿Y mis cátedras en el colegio, y mis investigaciones químicas? Cuando vuelva a ellas, dentro de un mes o un año, ¿qué explicación daré? ¿Acaso un viaje? No podré alegar ninguna excusa y esos fanáticos creerán que me hice invisible... ¡Me quemarán!

—Tú no puedes quemar ni ser quemado; tu cuerpo sí. Mas no te preocupes, que nada malo te ocurrirá —le respondió la voz serena del encapuchado, el que, llamando al que parecía ser su discípulo o ayudante, hizo que retirara las cadenas de las muñecas y los tobillos del joven.

Pocos minutos más tarde, se corrían los pesados cerrojos de la puerta, y Pablo Simón quedaba solo, observando absorto la negra danza de las sombras que una gran vela de sebo proyectaba sobre las paredes.

Sin que el joven lo supiese, el ángel de su destino lo llevaría ahora a la más fantástica aventura que un hombre pueda iniciar: un viaje a través de sí mismo.

En medio de la noche, despertó murmurando:

—Tengo que salir de estas ruinas...

Y una especie de eco lejano le repitió la misma frase, pero su sentido era distinto. Trataba sobre la emancipación de su alma de la vida esclavizada, llena de limitaciones morales e intelectuales, que hasta el presente había llevado. Tal vez, en esa sola noche, Pablo Simón aprendió a “oír”....

Los días, al pasar, se iban llevando en sus manos invisibles, uno a uno, todos los temores y precauciones materiales de Pablo Simón. A veces, le traían extraños obsequios: una duda menos, ratos de paz profunda, o la alegría pura de contemplar un amanecer sin pensar en horarios ni compromisos mundanos.

Paulatinamente, su prisión fue haciéndose más voluntaria, y le permitían entera libertad en cierto sector de los subterráneos, y otra relativa, bajo la mirada de sus guardianes, por el exterior de las ruinas. En estas últimas condiciones, sus paseos finalizaban al alzarse el sol, pues debían mantenerse ocultos a la mirada de los pocos pobladores que transitaban en esos lugares apartados.

En el fondo de su corazón comenzó a crecer una esperanza, como el tierno y poderoso tallo brota de la semilla; en virtud de la misma ley divina, su anhelo se elevaba sobre él mismo, cada vez más robusto, llevando en su cúspide el escondido esquema de una fronda de realizaciones.

Varias cosas le intrigaban; ante todo, la identidad del misterioso encapuchado, al parecer uno de los jefes, que le había interrogado la primera noche. Su voz le resultaba conocida, a pesar de que no sonaba natural, y la dedicación que demostraba para con él acentuaba su curiosidad. Además, aquella fraternidad de más de medio centenar de individuos, a pesar de no parecer contar con ningún medio de adquisición monetaria, poseía todo lo necesario: alimentos, ropas, medicinas, libros e instrumentos. Más de una vez se le habían mostrado grandes canastos llenos de víveres y remedios costosos, que luego eran abandonados en algún lugar del pueblo, en beneficio de los muchos necesitados. Esta curiosa limosna adquiría una importancia extraordinaria para ayudar a los hogares truncados por la Inquisición. En tales casos, también se enviaban ropas, libros y pequeñas sumas de dinero en efectivo.

Pablo Simón había podido apreciar que esas contribuciones filantrópicas se ejecutaban sin observar diferencias políticas, sociales ni religiosas; bastaba con estar verdaderamente necesitado para merecer, automáticamente, la ayuda de la logia. El joven recordaba los malintencionados comentarios que se hacían correr en la parroquia sobre esas dádivas, a las que se atribuía origen diabólico y fines canallescós; entonces, meditaba tristemente sobre la mojigatería y miseria moral en que había estado sumido.

Así como la ascensión a un pico montañoso no produce verdadera sensación de altura si no se ven sobre la cabeza esfumarse las cumbres más allá de las nubes, y abajo, los neblinosos abismos oscurecidos, Pablo Simón necesitó rodearse de las cumbres del saber y de las simas de sus recuerdos.

Aristóteles le era bastante conocido, por ser su “Organon” la base filosófica de la época. La Escolástica se había vertido con la forma, con la construcción silogística del

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

afamado discípulo de Platón, pero anteponiendo siempre a la primera premisa el ineludible «Magister dixit», monumento a la vanidad humana con rostro de infalibilidad.

Los misteriosos hermanos de la fraternidad lo pusieron en contacto con Platón, apodado «el Divino» por quienes alcanzaban a interpretarlo. El joven ya había leído los «Diálogos», pero fragmentados, al igual que pequeñas partes de «La República»; ahora podía disfrutar de libros más completos, sin agregados fatigosos ni interpolaciones de los traductores, donde se trataba por todos los medios que la apologética brindaba, de hacer decir al amante discípulo de Sócrates lo que jamás había pasado por su mente.

El leer con libertad le iba llevando, inconscientemente, a pensar de igual manera. Lo hacía sin trabas timoratas disfrazadas de virtudes, cual aquellos que creen que el pecado, con solo vestir la toca virginal, se convierte en nobleza y moralidad. Cansado de tanta farsa, devoraba volúmenes impresos y manuscritos durante quince horas diarias.

Un día, su guardián y protector le trajo una Biblia de modelo corriente, mas el joven la apartó diciendo que ningún valor tenía junto a los tratados de la antigüedad helénica. Luego de observarlo un instante, la voz serena y grave del encapuchado le contestó:

—Creo que no te ofenderás por ello, pero debo aclararte que esa actitud es tan torpe como la de un hombre que rechazase una obra de arte en joyería, por ejemplo, por el solo hecho de no haber podido retirar el lodo que la cubre... Mas ahora se te enseña a limpiar esa joya, Pablo Simón, y yo te aseguro que, en cierta forma, esta obra vale tanto como las de Platón y Aristóteles.

—¿Cómo puede ser bello? La he leído y releído mil veces; la sé casi de memoria, y ahora que mi mente ha roto sus temores y puedo pensar con libertad, la veo llena de contradicciones, cuentos fantásticos e inútiles. Además, cada concilio le saca o agrega un trozo...

—Yo no te he dicho: «Ve, toma esta joya limpia, perfeccionada y reluciente». Mas te aconsejo: limpia esto que tienes entre manos tanto como te sea posible; hallarás dentro cosas muy valiosas y todo lo perfectas que humanamente se pueden construir.

—¿Humanamente, habéis dicho? Eso me confunde. Jamás miré la Biblia como obra humana, sino de Dios; y cuando dejé de tenerla por tal, no pude hallarle grandes méritos.

—Es que te ocurre lo mismo que a un niño al que se le hubiese mantenido engañado, en la creencia de que su padre, siendo médico, tuviese el poder de curar todas las enfermedades. Al disiparse el error, caería en el otro extremo y no hallaría nada bueno en su progenitor. Mas si el niño de mi ejemplo razona un poco y busca la justicia y la verdad, tendrá que reconocer que, si bien había exagerado las virtudes del padre, este podía curar algunos males, mejorando en algo la mayoría de los restantes.

Pablo Simón sonrió ante la alusión y pidió tratar sobre ello en forma extensa.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Así lo haremos —contestó el interrogado—, pero deseo que, al hacerlo, olvides toda apologética y todo razonamiento frío, formal. Acudamos, más bien, al sentido común, la sencillez y el pensamiento recto en su fondo, aunque no sigamos los estrictos cánones aristotélicos.

—Lo prefiero así...

—Bien; a la caída del sol vendrán a buscarte y te llevarán hasta mí.

Jamás le parecieron al joven tan lentos los pasos del astro por el cielo. Preguntas que yacían enterradas en su corazón, vagos temores atávicos, razonamientos que apenas aprendían a gatear en su afán de alzarse sobre la duda le llenaban el alma de impaciencia. En el fondo de su subconsciente, él quería comprobar las verdades aceptadas por los antiguos cristianos, discípulos del Maestro, y su desprecio hacia esa literatura no era más que un grito de desesperación, apenas acallado entre las manos piadosas de Platón.

Una cena frugal, imagen de la sobriedad no exagerada que imperaba en aquella exótica comunidad, marcó con su finalización la hora de la cita.

Al ser conducido a la superficie de la tierra, llenó sus pulmones con los perfumes de la primavera incipiente. Hacía ya noventa días que permanecía allí, y el mes de abril del año 1578 comenzaba su carrera hacia la muerte.

Aquel que lo esperaba estaba a veinte pasos de distancia, contemplando los flancos montañosos en los que brillaban puntos de luz: ventanas de hogares campesinos, abiertas sobre una mesa humilde, pero con la inigualable limpieza de las cosas sencillas. Su túnica era oscura, así como las de una docena de encapuchados más que reposaban entre las ruinas. Así vestidos, era imposible divisarlos a más de treinta pasos, y aunque un extraño los viese, pasarían sin duda por monjes de alguna secta poco conocida.

Pablo Simón se dirigió con pasos lentos hacia el lugar que le habían indicado.

—¡La paz sea contigo, Pablo Simón!

—Igual os deseo...

Silenciosos e inmóviles, como figuras de un gran cuadro realizado en sepia, permanecieron junto a los altos muros cubiertos de líquenes. La noche, oscurísima, sin luna, resaltaba el misterioso florecer de las estrellas.

El encapuchado tomó al joven dulcemente de un brazo y lo condujo a un lugar apartado, donde dormían el recuerdo de su majestad las columnas derrumbadas.

—Así caen las obras de los hombres, una vez que el tiempo o el defecto las torna inútiles. Al igual perecen las religiones, luego de llenar su cometido. Pero recuerda, Pablo Simón: como junto a las columnas caídas se construyen edificios nuevos que las reemplazan, al morir una religión la sustituye otra, y otra, siendo todas manifestaciones limitadas por la época y la ubicación geográfica, aunque encarnaciones, sin embargo, de una misma necesidad y emanaciones de una idéntica fuente. Por lo tanto, todas ellas son

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

igualmente divinas, dependiendo su mayor o menor perfección de la calidad del vehículo, llamémosle Maestro, utilizado; y de la colaboración que encuentre entre sus discípulos.

Terminadas estas palabras, el encapuchado le invitó a sentarse sobre unas piedras. Así parecieron asimilarse más aún al paisaje. Tras un corto silencio, el joven interrogó:

—Si la religión cristiana asentó sus raíces en la hebrea, tal como parece evidente, ¿cómo es que aún existen hebreos en el mundo, si el cristianismo ha venido a reemplazar esa antigua religión, y cómo en muchas cuestiones medulares son antagónicas estas doctrinas?

—Dime, amado joven, ¿has visto un río morir en el mar?

—No, pero sé cómo ocurre.

—Conocerás entonces que la separación de las aguas en dulces y marinas es harto difícil e imprecisa; mientras junto a la boca se puede diferenciar la segunda, en otros puntos, a varios kilómetros de la costa, aún se saborea cierta dulzura.

—Eso he leído.

—Hay, de tal suerte, zonas de transición, semimarinadas. Bien, así una religión, por ejemplo la hebrea, dio nacimiento de sí a la cristiana, pero parte de ella continúa con vida propia, cumpliendo su función para cierto número de individuos. Igualmente, del seno de la cristiana nacerá, dentro de quinientos o mil años, una nueva religión que coexistirá muchos siglos con la que le dio origen, la que se verá paulatinamente reducida a congregaciones de bajo nivel numérico. Esa es la ley que nos rige, y su cumplimiento es solo cuestión de tiempo.

—Veo todo ello como muy probable y aun verdadero. Mas, si no es importunaros en demasía, ¿cómo, si esas dos religiones, y aun otras, son inspiradas por la misma fuerza divina, se oponen en ciertos fragmentos de sus doctrinas, y sus partidarios se odian mutuamente? Os advierto que esta pregunta me ha martirizado más de una noche... Y hay otra: ¿es un único espíritu el que anima a estas varias religiones que coexisten? ¿Puede una sola alma vivificar varios cuerpos a la vez? Creedme, misterioso amigo: no os interrogo por el placer de oponerme a vuestros razonamientos, que son los más cuerdos que he oído, sino para apagar, si es posible, mis dudas que, como fuego lento, carbonizan con el tiempo la torre de mis ideas...

—Te seré veraz, Pablo Simón. Trataremos de transmutar el plomo de esas dudas en el oro del recto conocimiento. Vamos por partes. Dices que hay religiones que se oponen y que sus partidarios se odian. A simple vista, tengo que darte la razón, pues tal indican las apariencias. Pero yo te pregunto: ¿se oponen realmente en sus fundamentos o en diversidades secundarias, agregados adheridos al cuerpo central? La circuncisión es, por ejemplo, algo muy principal para los hebreos, y, sin embargo, los cristianos la repudian al extremo de preferir ver a sus hijos muertos que entregados a ese rito. Muy

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

bien, mas ¿es la circuncisión algo fundamental en la religión de Moisés, o solamente una práctica secundaria, con fines más fisiológicos que espirituales, y que al caer en manos de sacerdotes iletrados y pueblos fanatizados se convirtió en algo primordial? No figura en las Tablas de la Ley que, según la tradición, recibió Moisés en la cumbre del Sinaí o «Montaña de la Luna»... ¿Y acaso en las partes en que los evangelistas concuerdan, en aquellas en que es más probable que se haya respetado la palabra de Jesús, hay referencias sobre si se debe o no, obligatoriamente, realizar esa práctica? Tú sabes que no.

Es innecesario hacer citas; todos tenemos la Biblia a mano para consultarla. El mundo está cansado de citas, sermones, concilios y «guerras santas». La Humanidad quiere hechos, realidades. Si predicamos la mansedumbre, no instiguemos a la guerra, ya no solo a los hombres, sino también a las mujeres y a los niños, como ocurrió en las Cruzadas. Al decirnos humildes y seguidores de Jesucristo, no estallemos en ira por la menor ofensa, ni llevemos una vida fastuosa en medio de pueblos desfallecidos de hambre y de frío, pobres esclavos que solo sirven para amasar el pan de los tiranos... Si todos somos hermanos en la fe de Cristo que, como sabes, él mismo fue circuncidado, no nos detengamos en detalles externos, ni expulsemos de los puestos de importancia a los hombres legítimamente capaces para colocar ventajosamente a nuestros parientes. En la actualidad, tal arbitrariedad se ha extendido hasta a los mismos asesinos profesionales y a las mujeres públicas, a quienes se otorgan títulos honoríficos a cambio de sus amores o de su dinero.

La voz habitualmente serena del encapuchado estaba velada de emoción. En una época de injusticias monstruosas y asesinatos de enfermos y niños epilépticos, era muy difícil tener la suficiente visión como para permanecer completamente sereno.

Unos minutos de silencio cayeron como piadoso sudario sobre los fúnebres recuerdos de ambos hombres... En el fondo de sus cerebros, el hijo del zapatero seguía clamando: «¡Madre, madre, me quemó!». Con la imaginación volvían a ver a la mujer sostenida en las llamas por las lanzas que penetraban despiadadamente en sus carnes ennegrecidas y estalladas por el fuego.

—Nos hemos apartado un poco del tema, Pablo Simón; tratemos de retomarlo con la máxi...

El encapuchado acalló bruscamente su voz y se irguió de golpe. Pablo Simón siguió su mirada y vio a uno de los hermanos de la fraternidad, que corría desesperadamente hacia ellos, salvando los obstáculos a grandes saltos. Al mismo tiempo, el resto, veloces y silenciosos, bajaban por las puertas-trampas disimuladas. Parecían espectros absorbidos por las grietas de sus mismas sepulturas.

—¡Hermano, hermano! ¿Dónde está el hermano Doce? ¿Dónde el Dieciséis?

—Junto a la torre, creo... Mas ¿qué es lo que pasa? Pareces muy alarmado, amado joven...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—No sin razón, hermano Once. Grupos numerosos de hombres armados bloquean todos los accesos a esta zona, y por el antiguo camino del portón oeste avanza el padre Pedro al frente de una comitiva de cincuenta hombres armados hasta los dientes, soldados escogidos de la Inquisición... ¡Ya llegan!

El encapuchado que trajese tan nefasta noticia partió como una exhalación en dirección a la ruinosa torre.

Pablo Simón, que lo había escuchado todo, divisó apenas en la lejanía una columna de hombres en marcha. Su rostro, de facciones firmes, se había endurecido notablemente, y los labios finos estaban estirados sobre los dientes apretados con fuerza.

—Ve, Pablo Simón —le dijo el encapuchado con la serenidad y dulzura acostumbrada—. Yo puedo salir con bien de esta; pero si te ven a ti, serás pasto de la hoguera.

—¡No importa! ¡No puedo dejaros solo entre esos asesinos!

—¡Habla bajo! ¡Corre ya o no tendrás tiempo!

—No voy, y ¡ay del villano que os toque o falte en cualquier cosa!

—Te dije que deseaba nuestra unión por el amor y no por el odio...

—¡Mi odio es amor a la Humanidad! ¡Yo no soy un santo! ¡Me indignan las matanzas!

—¡Basta! Ya están aquí; ocúltate donde puedas. No te muevas ni hables, ni te extrañe demasiado lo que vas a ver... De cualquier manera, recuerda que, si huyes, los hermanos de la logia tendrán que impedir que nos delates...

—No me quedo por miedo, sino por gusto... No sé quién sois, pero ¡tened buena suerte!

Pegado a la tierra, se alejó unos pasos y se metió por una grieta entre las ruinas.

Dos hombres silenciosos que se habían acercado al encapuchado se le unieron calladamente.

A cien pasos de distancia se prendieron varias antorchas, y a su luz, un grupo de hombres traspasó la muralla semiderruida que circundaba el antiguo castillo. Pablo Simón, que espiaba por la grieta de un ancho muro, vio cómo los tres encapuchados escondían sus capuchas bajo unas piedras, se ceñían cordones en la cintura y quedaban convertidos en perfectas imitaciones de los integrantes del clero regular... ¿O lo eran realmente?

Entre los hombres que se acercaban, refulgían las armas a la luz de una veintena de llamas. Pronto se distinguió la figura del padre Pedro, alto y grueso, abriendo los

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

brazos para conservar un dudoso equilibrio sobre los escombros que cubrían los antiguos pavimentos. El fuego de las antorchas hacía aparecer aún más roja la cara del obeso clérigo; sus facciones eran delicadas: nariz pequeña, mentón esfumado y ojuelos que relucían pícaramente en el fondo de dos grandes arrugas. No era un hombre de altos ideales, ni de inteligencia poderosa, pero había desarrollado tal viveza mental e ingenio, que en el momento oportuno era un enemigo difícil de vencer.

En ese instante, los primeros portaantorchas llegaron junto a los tres integrantes de la logia. Pablo Simón apenas pudo contener una exclamación de sorpresa: el misterioso encapuchado con el que estuviese departiendo era, en la vida pública, su tan conocido padre Mateos. ¡Con razón le reconocía la voz!, se dijo por lo bajo Pablo Simón. A los otros dos, sólo los conocía de vista; pertenecían a la capilla nueva, sobre las montañas.

—¡Padre Pedro! ¿Qué es todo este muestrario de fuerza bélica? —dijo el padre Mateos mirando a dos hombres que apoyaban sus armas de fuego sobre una columna caída.

—¡Padre Mateos! Veo que, al menos, aún estáis con vida —chanceó el otro irónicamente.

—¿Qué ocurre? ¿Es que mi vida estuvo en peligro?

—No os lo podría asegurar, pero el fiscal inquisidor Longinos, aquí presente, tiene ciertas sospechas.

El tal Longinos entró en la luz de las antorchas, todo manchado de sombras. Altísimo, delgado, íntegramente vestido de negro y con los ojos oscuros, centelleantes, era la real imagen de su nombre: «nacido para herir»...

—Padre Mateos, por gracia de Nuestro Señor, he sabido que en esta zona se reúnen para sus impúdicas bacanales una fraternidad de ateos.

El ex hermano Once tuvo que hacer esfuerzos para no reírse; volvió a prestarle atención cuando el otro decía:

—Temimos por vos, pues hoy es viernes y en tal día acostumbran a reunirse. Sabía que vosotros frecuentabais estas ruinas en vuestras meditaciones, y movilicé a mis hombres a instancias de nuestro amado padre Pedro...

—Os estamos agradecidos, Longinos, pero no hemos visto ni oído nada de anormal —terció otro de los hermanos de la logia.

—De cualquier manera, creo, Longinos, que debéis revisar bien estos recovecos. Quizá halléis algún infiel escondido. ¿No os parece buena idea, padre Mateos?

—No sabría opinar, padre Pedro; mas si vuestro corazón os lo manda, hacedlo...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los hombres armados se desgranaron en patrullas de cinco o seis, y se fueron perdiendo entre las ruinas. Una docena de ellos se quedó con el grupo de eclesiásticos.

—Y bien, padres, ¿cuál es el tema de vuestras meditaciones? —inquirió burlón el padre Pedro.

—La conciencia —respondió el padre Mateos—. ¿No creéis vos que esa voz interna, que tan bien nos aconseja, es, en cierta forma, el Cristo de Pablo que está en el fondo de todos los hombres, y al cual hay que libertar?

—¡Ay, padre Mateos! Vos sois siempre el mismo filósofo; pero con menor filosofía y con más fe, podemos decir que si la conciencia de un hombre es algo grande, la de toda la santa Iglesia lo es mayor. Solo nos basta obedecer sus cánones; ella es el reflejo de Dios en la Tierra, y el hombre no puede pretender competir con Dios...

Mateos se mordió los labios ante aquella exposición interesada, más que en la verdad, en sustentar un ingenio político y un orden social que le convenían particularmente.

Varios minutos transcurrieron en silencio, y los tres conjurados hacían proezas para aparentar calma, mientras las huestes de los inquisidores, reclutadas entre bandidos y matarifes profesionales, pasaban y repasaban sobre las puertas-trampas. Mateos tenía un motivo más de angustia: Pablo Simón. Así, tanto por decir algo como por disimular mejor, preguntó al padre Pedro:

—¿No lamentáis haberos molestado, abandonando el buen fuego de la parroquia?

El aludido se sentó sobre una columna, aún jadeante y, golpeándose el vientre con la punta de sus dedos regordetes, contestó:

—En verdad, preferiría un buen vino de mi bordalesa a este aire frío y húmedo.

—Harías bien en recordar a Isaías, donde indica que el vino puede aun perder a un profeta... —la observación del más joven de los hermanos se excedió indudablemente, cayendo en lo imprudente.

—¡Hay otras cosas más cercanas que Isaías a quienes debemos temer! —estalló con furia—. ¡Longinos! ¡Ve personalmente con las patrullas, que remuevan las piedras de los patios, bajen a los subterráneos y escalen las torres!

—¡Así lo haré, padre Pedro!

La mente del encargado parroquial trabajaba más bien por reacción, y aquella afrenta había despertado su fino instinto de perro de caza.

Mateos se intranquilizó aún más, a pesar de saber que los subterráneos comúnmente conocidos habían sido dejados intactos ex profeso.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El ruido de los escombros removidos se elevaba entre las sombras como rumores de alguna distante batalla.

Por fin, cuando ya el sol se había elevado diez grados sobre el horizonte, Longinos regresó junto al padre Pedro, con las ropas desgarradas y las manos cruzadas por hilos de sangre seca.

—¡Aquí no hay nadie! Descendimos a los subterráneos y estos están desiertos y arruinados. No se halla el menor rastro de infieles. Padre Pedro, mis hombres están cansados, rabiosos y sedientos; os aconsejo me mandéis suspender tanto trabajo inútil.

Detrás de él, una veintena de forajidos apoyaban con fiera actitud el petitorio de su jefe.

El padre Pedro, ambicioso y despiadado, amparaba a estos hombres, tratándolos con especial deferencia y colmándolos de regalos y placeres. Así fue que no extrañó su resolución.

—¡Perros malditos! Nos habrán visto llegar y huyeron. ¡Retira a tus hombres, Longinos, y escóltanos hasta la parroquia!

Un murmullo de aprobación se alzó de la turba, y con aullidos gozosos comunicaron la nueva a sus compañeros más alejados.

Los tres juramentados y sus acompañantes partieron a buen paso hacia el pueblo, dejando a algunos hombres para que montasen guardia hasta que llegase el relevo o se definiese la situación.

Todo el día permaneció Pablo Simón casi inmóvil, emparedado vivo. La grieta donde se había ocultado se abría en un muro romano de tres metros de espesor, y él había tapiado trabajosamente los bordes de ambos lados, cubriéndose a la vez de escombros.

En tan reducido hueco, esperó a que las sombras despintasen lentamente el paisaje, y tratando de no hacer mucho ruido, salió de su prisión.

Unos pocos guardias del Santo Oficio parloteaban junto al fuego líquido de un botellón de licor.

Apenas podía moverse, pues la larga permanencia en tan incómoda posición habíale resentido todos los músculos. Con grandes precauciones pudo llegar hasta una de las entradas secretas, cuya puerta figuraba una pesadísima losa de piedra. El joven, asegurándose de que no era observado, golpeó como lo había visto hacer a los conjurados. Esperó, mas ningún ruido se oyó debajo. Probó a correrla, pero notó que estaban echados sus pesados cierres, y ni aun cien hombres hubiesen logrado deslizarla.

Los pasos de uno de los soldados le hicieron lanzarse en el hueco de un antiguo portal. Desde allí pudo ver cómo las botas lustrosas amasaban en la tierra el efímero recuerdo de los pasos. Cuando el ruido de los mismos se perdió en el viento, abandonó

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

su refugio. Volvió junto a la puerta-trampa, golpeó con un pequeño guijarro, pero no obtuvo la menor respuesta. Una vez más probó a moverla, y notó con alegría indescriptible que, ante su esfuerzo, se deslizaba silenciosamente. Pablo Simón se detuvo, y alejándose algunos pasos, inspeccionó bien los alrededores. Estaba solo; a doscientos metros ardía la hoguera más cercana. Regresó a la entrada secreta y, lo más pronto que pudo, la abrió lo suficiente como para deslizar su cuerpo por el hueco; abajo todo estaba en absoluta oscuridad y silencio. Descendió un par de escalones y comenzó a cerrar la abertura. Cuando lo hubo logrado, recorrió los restantes escalones hasta la galería de acceso. De pronto, se abrió una puerta lateral, a cuya luz pudo verse rodeado de una docena de encapuchados; otras tantas espadas se acercaron lentamente a su cuerpo.

—¿Estás solo? —preguntó una voz.

—Ya lo veis. ¡Bajad esas espadas, hermanos! He logrado burlar a los hombres de Longinos... Luego de haberos conocido no siento la menor atracción por el mundo común.

Las espadas no se movieron, y la misma voz le urgió:

—¡Dinos la verdad! Si algún guardia estaba cerca, es seguro que te ha visto y seguido. Es mejor saberlo; así tapiaremos con derrumbes esta galería y podremos despistarlos. ¡Si vienes huyendo de ellos debes decírnoslo!

—Os repito que nadie me persigue. He permanecido de pie veinte horas para que no diesen con ninguna entrada... Del que no tengo noticias es del padre Mateos. ¡Hermanos, dejadme descansar, por piedad!

Estas palabras del pobre joven bajaron automáticamente las puntas de las espadas, y uno de los conjurados, al parecer un jefe, le acompañó hasta una cámara cercana, diciéndole:

—Debes perdonar, querido joven, el trato recibido; pero Jesús también enseñó que debemos defender lo noble contra las encarnaciones del mal. Para nosotros, esta fraternidad es algo muy noble y mucho más cristiana que otras asociaciones de vanas idolatrías y fanatismos sanguinarios. Es un refugio para los pocos cristianos verdaderos que, aun perseguidos y exterminados, conservan el privilegio impagable de ser buenos, veraces y exentos de odio hacia quienes en lugar de sentir a Dios a través de nuestro dulce Maestro, lo hacen por intermedio de Moisés, Plotino, Mahoma u otro cualquiera. Todos ellos recomendaron el bien y la virtud.. Descansa ahora; aliméntate y luego serás acompañado a tu cuarto a fin de que duermas cuanto quieras. Tal vez mañana esté con nosotros el hermano Once...

Pablo Simón, acomodado en un banco de madera, apuró un gran plato de sopa, pan y varias copas de agua. Pocos instantes después, se echaba vestido en su rústico lecho, quedando dormido de inmediato.

—Buenos días, Pablo Simón.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Allí, sin el capuchón, el rostro del padre Mateos le alumbraba con la mejor de sus sonrisas. De cabellos castaño claro, casi rubios, ojos grises y tez tan blanca como una hostia, el padre Mateos parecía un nórdico, a pesar de haber visto la luz cerca de la costa del Mediterráneo. Era uno de esos hombres extraordinarios que parecen estar tan en su elemento oficiando una misa como tripulando una nave o dirigiendo un ejército. Próximo a cumplir los cincuenta años, aparentaba pocos más que Pablo Simón, y desde la cumbre de su alta estatura, se derramaban tesoros de vital optimismo.

—¡Padre Mateos! ¡Muy buenos tengáis vos! ¿Cómo pudisteis dejar al padre Pedro? ¿Y Longinos? ¿Volvieron los demás hermanos?

—¡Cuántas preguntas! Bueno..., yo también preguntaba mucho al principio... Todo marcha bien. El padre Pedro me cree en viaje por las montañas, y Longinos, aunque me odia tal vez más que el sacerdote, carece, como él, de pruebas y se conforma con aguardar mi caída. ¿No te ha visto nadie?

—No; permanecí escondido hasta la noche. Mas el padre Pedro sospecha de vos y del lugar... Me parece que corremos todos gran peligro...

—No lo creas demasiado grande. Tengo relaciones en la curia que traban a nuestros enemigos, desconcertándolos y haciéndolos luchar unos contra otros; ellos tienen la desventaja de ser muy amantes del oro, la buena mesa y las doncellas. Todo ello, tú lo sabes, Pablo Simón, trae torpeza y debilidad.

—¿Hay cardenales y obispos en las fraternidades herméticas?

—Los hay, y muchos más de los que puedes suponerte.

—¿Cómo, entonces, continúa la Inquisición y el vampirismo económico sobre los pueblos esclavizados por el terror y la superstición? ¿Por qué no reimplantar en Occidente el verdadero cristianismo, inteligente y bondadoso?

—Por la sencilla razón de que, en el plan divino, se reservan esas perfecciones para el futuro. Numéricamente, ellos son cien veces más poderosos que nosotros, y sus medios político-económicos figuran ventajas en parecida proporción.

El semblante del hermano Once se había oscurecido, y las numerosas, aunque finas, arrugas de su frente trazaron signos de preocupación y dolor.

Pablo Simón, ya vestido, le acompañó por las galerías hasta una de las celdas-biblioteca. Al final de diez largos minutos, se quebró el silencio bajo el peso de estas tristes palabras:

—Muy doloroso es confesarlo, mi querido joven, pero la mayor parte del pueblo también está contra nosotros... Los campesinos y operarios, gente buena en el fondo, pero ignorantes y embrutecidos por el fanatismo religioso y el terror político, prefieren un credo que les dice: «Entra en las huestes del Santo Oficio y podrás matar, robar y fornicar libremente a expensas de los infieles; todo te será perdonado, pues lo harás

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

sirviendo a Dios». ¡Ay! ¡Cuánto se ha esclavizado en nombre de la libertad, cuánta sangre derramada mientras se proclama la bondad y la mansedumbre! ¡Llegaría a las nubes la pira funeraria formada con los cadáveres de los sabios inmolados en nombre de la sabiduría!

El sacerdote guardó silencio de nuevo, y poco a poco retornó a sus facciones la habitual dulzura que las caracterizaba. Luego, invitó a Pablo Simón a almorzar en su celda.

La habitación del padre Mateos no era mejor que la del joven, casi tan pequeña como aquella, de muy parecida factura; estaba amueblada con un lecho, un par de sillas rústicas y una mesa de las usadas en los hogares campesinos. Numerosas leyendas y símbolos sagrados, trazados sobre pergaminos o grabados en madera, cubrían casi la totalidad de las paredes.

El cuarto tenía la sobria sencillez y extremada humildad del de un monasterio riguroso, pero no su sensación de tristeza ni de abstinencia forzada por las circunstancias. Muchos de los grabados y dibujos estaban realizados con arte excepcional, y sobre la cama con colchón de paja, campeaba un cubo desarrollado en forma de cruz septenaria, construido en oro macizo.

Uno de los hermanos de la logia les sirvió un sustancioso almuerzo que aprovecharon ambos con buen apetito.

—Dentro de tres horas debo volver a la parroquia —murmuró el hermano Once.

—¡Bien enfurecido estará el padre Pedro!... Padre Mateos, hoy hablabais sobre la idolatría...

—Perdona que te interrumpa, pero te ruego que no me llames padre, pues todos tenemos uno solo, y es Dios. Yo soy tu hermano... Si llego a ser tu maestro, podrás decirme «padre», pero de más espiritual manera.

—Tenéis razón, pero la fuerza de la costumbre es, a veces, más poderosa que la de los aludes y torrentes.

—Los hábitos y costumbres son torrentes morales ante los que hay que construir diques de inteligencia, para que esa fuerza se encauce por los canales de la recta acción y el discernimiento.

—Así debe ser. Os interrogaba, hermano, sobre la idolatría. En sus sermones, el padre Pedro y otros han atacado el culto a las imágenes como obra de infieles, pero ¿no es en cierta forma idolátrico el culto que le rinden nuestros fieles a las estatuas de vírgenes y santos?

—No solo en cierta, sino en toda forma; el crimen es tan malo aquí como en la China, y da igual cometerlo vestido de negro, blanco o rojo. Si criticamos a otros, es servil y canallesco el imitarlos. Dentro del cristianismo es común, en cualquiera de sus

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

sectas, ver signos evidentes de idolatría. En Apologética se nos enseña que los fieles adoran al único Dios a través de las estatuas de los santos o reliquias consagradas; de ser esto así, al cristiano no le importaría adorar a Dios a través de san Ignacio o la Virgen de los Dolores. La realidad es otra: cada cual es devoto de uno o varios de estos personajes, y le resulta muy desagradable rendir el mismo culto a otro que, tal vez, merece las preferencias de su padre o hermano. Encontramos así que el pueblo en su integridad tiene divinidades subalternas, las que, en su creencia, pueden beneficiar el acercamiento al único Dios; y aun eligen algunas de ellas como semidioses familiares o personales.

—Ello ya es una idolatría.

—Sí, Pablo Simón, pero si se detuviese allí, no lo sería en forma completa y quizá se acercaría más a un panteísmo emocional.

—También es cierto...

—El problema es peor; un mismo santo suele adorarse en mil imágenes distintas; pero trata de llevar la imagen de un pueblo a otro, y trae a este la de aquel... Verás que los fieles repudian las imágenes extrañas, reclamando las propias, a las que atribuyen poderes milagrosos, en especial curativos. Muchas veces tropezamos en la curia con el inconveniente de imágenes que, por lo deterioradas, se caen a pedazos; mas es imposible reemplazarlas, pues se levantarían en armas la mayoría de los creyentes. Este estado de cosas no puede ser atribuido al fanatismo de la masa popular, sino a quienes se lo han inculcado, a fin de respetar aquel aforismo antiguo que dice: «Es más difícil manejar a un sabio que a mil ignorantes». Las autoridades, acostumbradas a predicar una cosa al mismo tiempo que realizan otra, se deshicieron en denuestos contra la idolatría, pero la instituyeron en su forma más burda... ¿Conoces las llamadas «vírgenes negras»?

—Sí; se las cree muy milagrosas, y algunas, de origen divino...

El sacerdote no pudo disimular una sonrisa, y exclamó con picardía:

—¡Qué magnífico sentido del humor tiene el Destino de los hombres! Oye, Pablo Simón, esas estatuillas de madera o de piedra negra pertenecen a la época pagana. La mayoría son «Astarté» manufacturadas en el Imperio romano, y otras en especial, cuyo nombre considero prudente reservar, tienen una antigüedad de más de diez mil años. Pertenecieron a un culto desaparecido, en la isla de Poseidonis o sus adyacencias, último resto del continente atlante. Poseen, en verdad, una gran carga energética fijada por procedimientos mágicos, basados en conocimientos sobre la Naturaleza y psicología hoy perdidos, salvo para unos pocos. Una de ellas fue hallada en la arena de una playa, bañada por las olas, y aprovechada en absoluta ignorancia de su procedencia. Ya ves que, a veces, hasta la Divinidad se permite ciertas bromas... Hoy le rinden culto fervoroso como a reliquia cristianísima... Lo que se adora, no te quepa duda, es la propia seguridad, disfrazada de un santo u otro; se requiere protección, la vida del amigo y la muerte de los enemigos. ¿Se pide otra cosa cuando se bendicen las armas antes de un

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

combate? Se dice que nada hay más tétrico ni hediondo que el cadáver de un hombre, mas yo te aseguro, ¡oh, aspirante a la verdad!, que peor y más repugnante aún es el cadáver de una religión. Entre sus maceraciones germinan los gusanos espirituales, y poco tarda lo que fue frente despejada, cubil luminoso de la inteligencia, en convertirse en descarnada concha de un amorfo y venenoso molusco. Para desgracia nuestra, hay religiones que nacen casi muertas, pues a poco de existir se cometen vandalismos en su nombre... Ya es hora de que me marche... A fuerza de aburrirte con mi charla, te enseñaré a no «tirarme de la lengua» —agregó sonriendo.

En pocos minutos se despojó de su túnica y vistió los hábitos del clero regular; volvía a ser, en apariencia, el padre Mateos.

Con los pasos de su bondadoso instructor, se alejaron para Pablo Simón las sensaciones externas. En su amurallado recinto interior crecía un ansia de realización espiritual incontenible. ¡Quería iniciarse en los Misterios! Sí, él, para quien pocos meses atrás la vida no ofrecía una sola esperanza digna de ser acariciada, albergaba ahora la mayor a que puede aspirar un hombre, la promesa de todos los Maestros, de todas las religiones: la perfección espiritual.

Los días fueron transcurriendo serenamente para el joven; todo lo que le rodeaba era noble y puro. En su laboratorio de química había aprendido a metodizar el trabajo, pero de una forma instintiva, rutinaria. En las criptas de «Las Ruinas» su método fue más espiritual: igualdad en el esfuerzo, pero diversidad maravillosa en los encauces del mismo. Todas las jornadas se le figuraban distintas; cada una le enseñaba algo, y su alma, alimentada con los místicos manjares de la paz, la sabiduría y la belleza, crecía sana, alegre, decididamente fuerte.

Los dormidos párpados de los retoños se abrieron en lo alto de los árboles, y la vista del sol llenó sus troncos y ramas de savia nueva. Pablo Simón contemplaba el mundo de las cosas que lo rodeaban cual si lo hiciese por primera vez; todo le fascinaba como a un niño pequeño. Pasaba las horas observando el rápido crecer de los hongos, el retorno de las golondrinas, y oyendo las voces extrañas que se refugiaban en las copas de los pinos durante las noches de tormenta.

Pero el joven enamorado de la verdad sufría, a la vez que gozaba, destino fatal e inevitable de todo aquel que ama... No le hallaba pleno sentido a ese cúmulo de potencias y perfecciones que es la Naturaleza. Lo peor para el hombre es no encontrar fin y sentido a la bondad y a la belleza. Por ese camino se llega, insensiblemente, al concepto salvaje y realmente ateo de un Dios personal que se alegra o se entristece; que, caprichosamente, se deja arrastrar por la ira y tiene pueblos elegidos y pueblos odiados, superando así en torpeza y maldad al común de los mortales cuando son padres y distribuyen sus amores entre todos sus hijos.

Pablo Simón se había liberado de las trabas mentales y psicológicas que le inculcaran en tantos años, pero destruida su vieja choza espiritual, estaba ahora a la intemperie, con su magnífico palacio a medio hacer. Alma demasiado evolucionada

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

para deslizarse al materialismo o al culto estéril de la angustia, esperaba... Un misterioso «algo» le llevaría ante un más misterioso «Aquello».

Los árboles, despertados a un nuevo ciclo de conciencia física, advertidos de su desnudez, se cubrían apresuradamente con ropaje de hojas. El sol cada vez se elevaba más hacia el cenit, y millones de florecillas silvestres realizaban el igualmente prodigioso esfuerzo de enderezarse hacia la luz.

Un día, que le pareció más radiante que los otros, Pablo Simón reunió su atadito de coraje y se personó ante el hermano Once, solicitándole formalmente ingresar en la logia como discípulo. La sola idea de que podía ser rechazado le trababa el habla y ponía un huidizo temblor entre sus dedos.

El hermano Once, con su dulcísima bondad y cordura, luego de felicitarle por tan sagrada iniciativa, le advirtió:

—El camino que eliges es el de las espinas; no escaparás de ellas; ni aun nuestro Maestro Jesucristo logró hacerlo. Como gran instructor en los Misterios tuvo que estudiar, luchar y sufrir proporcionalmente. Oye, Pablo Simón, si te es imprescindible satisfacer tus deseos cada vez que ellos lo piden, no siendo tus esclavos sino tus reyes; si amas más a los hijos de la carne que a los del espíritu; si quieres morir dulcemente recostado en un lecho, huye del sendero angosto, pues él glorifica a los fuertes, pero torna locos y precipita a los débiles.

El sol caía desangrado sobre los picos de las montañas. Ambos quedaron silenciosos, ocultos en un hueco de las ruinas. El hermano Once, sumido en su interior; Pablo Simón, impresionado por el tono y expresión con que le había hablado. Luego, como para suavizar un tanto sus advertencias, el encapuchado agregó:

—Pero algunos que elegimos ese camino hace muchos años lo recorreremos sin demasiada dificultad... y somos muy felices...

Pablo Simón elevó sus ojos hasta los del instructor y los vio contener tanta paz que no pudo evitar un estremecimiento de temor ante lo desconocido. ¿Qué enemigos le acecharían en la «Senda Difícil»? ¿Tendría el suficiente valor? ¿No sería muy tarde para empezar?

Las respuestas corrieron presurosas desde la boca del hermano Once:

—Recuérdalo: el hombre más débil, aliándose a la Divinidad, se hace el más fuerte, y él solo es mayoría frente a todos los demás. Tu edad física te favorecerá. El hombre yerra por ser extremista: no creas tu Iniciación como algo fácil, pero tampoco extremadamente difícil.

El joven no pudo menos que traslucir su asombro ante la facilidad con que habían leído sus pensamientos.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—No es nada extraordinario; todo instructor, aparentemente, lee en el alma de su discípulo, pero más bien en virtud de su experiencia como ex discípulo que por poderes parapsíquicos... No temas al misterio, hazte su hijo predilecto: sabe que el mayor misterio, la raíz misma del enigma es el motor inmóvil del universo, y a él solo puede llegarse por la sabiduría. La acción y la inacción; la bondad y la maldad; todos los distintos reinos de la Naturaleza, visibles e invisibles, no son más que campos de práctica, caminos largos o cortos que llevan inexorablemente a la sabiduría.

—Mas vosotros predicáis, y lo que es más importante, realizáis el bien. ¿Puede el malo llegar a Dios?

—No, si por Dios entiendes el sumo Bien; pero debe, sin escapatoria posible, transmutarse tarde o temprano. La bondad es maldad transmutada a fuerza de evolución, y el mal es bien caído en la involución.

—¿Son, entonces, lo Bueno y lo Malo, en esencia, la misma cosa?

—¿Puede acaso haber dos esencias absolutas? ¿Pueden coexistir dos fuerzas absolutas? Tú sabes que no. Lo esencial debe, forzosamente, ser uno.

—¿Son, entonces, venerable hermano, la misma cosa el bien y el mal, las dos la misma esencia?

—La esencia es una, pero ella está más allá del bien y del mal, tal cual los apreciamos con nuestro presente estado mental. Ella está «detrás», permíteme el término, de toda manifestación. Esto, mal que les pese a los mentalistas que todo lo quieren reducir a lo inteligible y lo inteligente, es una verdad evidente en la Naturaleza, y la ascesis mística lo confirma. El perro es manso y amigo del hombre: nosotros le decimos bueno; el león, por el contrario, parece una encarnación de lo indómito, y, de serle posible, despedaza y devora a cuantos seres humanos se pongan a su alcance: le llamamos animal dañino, malo. Pero ¿son, en realidad, seres buenos y malos? ¿No será, más bien, nuestra personal apreciación emotivo-mental quien juzga por los hechos externos, completamente «a priori»? ¿Es bueno el can para sus víctimas o para los animales que despedazamos a fin de alimentarlo, para las piezas de caza que entrega a la muerte en manos del hombre? Por otra parte, ¿es malo el león para los árboles, las rocas, las mariposas?

—Hermano..., ¿podemos comparar una roca a un hombre? ¿No es este infinitamente más valioso?

—Tal vez a tu vista, pero no a la de la Divinidad que nos rige.

—Perdonad mi insistencia...

—Sólo me preocupa lo que la provoca: el ansia de saber.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Quería deciros que vos mismo habéis afirmado que nosotros solo podemos apreciar lo manifestado, lo formal. ¿Cómo, entonces, conocer la opinión de Dios o la Divinidad, como la llamáis?

—El Dios que tú probablemente concibes, guiado por los conceptos comunes, no es exactamente lo mismo que la Divinidad a que yo me refiero, mas para el caso da lo mismo. Veamos, ¿cómo conoces las opiniones políticas de un compatriota?

—Por lo que dice, escribe o ejecuta.

—¿Y el gusto culinario de otro, no lo notarás acaso por las viandas que elige para su mesa?

—Creo divisar hacia dónde os dirigís...

—¡Hacia la verdad, Pablo Simón! Como en estos ejemplos, puedes conocer los pensamientos de la Divinidad a través de sus obras. El sol calienta a todos los seres, y todo el inmenso venero de los recursos naturales se complementan y balancean entre sí de tal suerte que a nadie le falta lo necesario para su desarrollo. Tan abundantes son las reses para las fieras como las semillas para los pájaros, los elementos químicos, el calor y la presión para las rocas. No vemos en ello preferencia. El alimento de un chacal nos sería repugnante, tanto como a él nuestras comidas finamente aromatizadas.

—De acuerdo, pero ¿es la inteligencia una ventaja?

—Es un don y una ventaja para el hombre, pues tiene sus vehículos físico, emocional y mental adecuados para ello; pero ¿lo sería de la misma manera en otro ser de la Naturaleza sin esa preparación? ¿Acaso una bomba no es un arma de defensa en manos de un hombre y un peligro en las de un niño o un loco?

Pablo Simón notó que una extraña serenidad, que siempre había sentido cantar entre las rutilantes hojas cósmicas del árbol de la noche, descendía sobre él. Ese «algo» tantas veces sentido se le acercaba, creciendo a cada paso en su perspectiva de espera y esperanza. Por fin, se atrevió a otra pregunta:

—¿Es, ¡oh sabio hermano!, la perfección de esos vehículos la que atrae la chispa divina de la inteligencia, o es esta la que pule a los primeros? En otras palabras: ¿está la inteligencia potencialmente en todos los seres, aun en los animales, o desciende de los Cielos como un premio?

—Querido joven, ¿es el río el que labra su cauce, o el cauce natural de las zonas deprimidas el que reúne agua suficiente para hacer un río?

—¡Curiosa pregunta! Creo que los dos factores se complementan.

—Crees bien; pero ¿acaso el agua, que al final será río, no descendió anteriormente del cielo? ¿Y no descendió movida por una ley que responde al llamado de la necesidad y voluntad natural de las cosas? Allí tienes respuesta a tu pregunta: el agua en las nubes es la Inteligencia, mejor dicho, la mente cósmica; el río es la mente

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

humana; y el cauce, los vehículos inferiores del hombre sobre los cuales se asienta y corre.

—He comprendido, hermano, pero de una forma distinta a la que acostumbro a comprender. No ha sido solo mi mente, sino también una especie de poder intuitivo que responde bajo tu voz.

—El término «comprender» tiene un significado mucho más vasto y poderoso del que se le atribuye comúnmente. Sabe por ahora, Pablo Simón, que todas las religiones, en sus más prístinos orígenes, así como la filosofía, en todos los tiempos, consideraron nuestro sistema solar como un gran cuerpo orgánico, cuyo centro y corazón es el Sol, siendo los restantes planetas órganos del mismo. Entre todos ellos se intercambia la energía primordial que, una vez impulsada por el astro rey, recorre sistemas arteriales y venosos energéticos hasta el mismo límite de su reinado o cuerpo. El espíritu que tiene como cuerpo físico todo esto, y cuyo «punto de conciencia» radica en el Sol, es nuestro Dios, el único que nuestras limitadas facultades pueden concebir. Él, a su vez, es discípulo, y está comprendido en otro organismo estelar más grande, y el espíritu de ese otro es su Dios. Te recomiendo muy especialmente que, antes de juzgar lo que te expongo, hagas un esfuerzo por liberarte de todo prejuicio y burdo sentido de lo posible e imposible. Recuerda las palabras del dulce Maestro: «Así es arriba como es abajo»; ese mismo concepto fue vertido por todos los Maestros anteriores, y se seguirá repitiendo. Recuerda a tu filósofo preferido, Platón; su «Conócete a ti mismo» te dará la clave. Si estudias de qué manera se relacionan tus principios sutiles con tu cuerpo y sus funciones, no te será difícil ver lo que anteriormente te señalé en escala infinitamente mayor. En tu cuerpo viven muchos seres... Trata de desvelar este misterio... No pidas más luz, ¡más bien, deshazte tú de la ceguera!

—Todo esto es muy extraño...

—Sí, porque te han educado con otras ideas ya ruinosas por las interpolaciones y mutilaciones, y en ellas no reconoces la estructura general que te he expuesto. Mas, ¡rompe tus trabas mentales! ¡Vuela, oh hijo de los Cielos! Analiza y sintetiza todo muy serenamente, y si luego prefieres lo que antaño te enseñaron, puedes seguir creyendo en ello sin más presión de mi parte. Yo no soy un predicador de ninguna escuela ni religión, pues las estudio todas, y sólo me interesa la esencia común en todas. No te impongo un dogma: te señalo un camino; no te creo obligaciones de sumisión mental: más bien, llamo a tu razón y lo quiero libre; finalmente, no hablo de nada que no crea verdadero ni pido de ti más que lo que yo realizo normalmente. Medita todo esto, Pablo Simón, y si para la próxima primavera estás seguro de querer iniciarte en la ciencia sagrada, en los recónditos Misterios, te haré penetrar en la logia y te abrazaré como a mi hijo.

Los ojos del hermano Once refulgieron en la noche con el brillo de las estrellas azuladas. Apoyó sus manos en los hombros del joven y le dijo en voz muy baja, pero que le llegó hasta la raíz misma de su alma:

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—De lo que ahora te digo, jamás debes olvidarte. Tienes un año de plazo; si en su transcurso cambias de opinión respecto al pedido que hoy me has formulado, para ninguno de nosotros habrá motivo de enojo. Yo te amaré igual, y muy probablemente, si prometes no revelar lo visto y oído, volverás a tu antigua vida, dejando aquí muchos y fieles amigos. Mas, si luego de cumplido el plazo e Iniciado, pretendes hacer una vida común o deshonorar a la fraternidad, te aviso que no tendrás hálito para realizarlo. Aun entonces te marcharás cuando quieras, pero tus votos no se quebrarán ni tan siquiera con la muerte. ¡Piénsalo bien, Pablo Simón!

Las manos bajaron de sus hombros, y el instructor, sonriéndole bondadosamente, le señaló la entrada a los subterráneos.

La presión del mundo oculto se hizo cada vez más evidente para el joven aspirante, y la divina unidad de la Naturaleza se le presentaba por doquier. A medida que los meses descendían al mundo cristalizado de las cosas pasadas, Pablo Simón se sentía más y más compenetrado con la fraternidad, siendo su principal motivo de vida la posibilidad de su ingreso en los Misterios. Como el guijarro lanzado al fondo de un torrente, se iba limpiando de las impurezas adheridas desde hacía mucho tiempo, y el continuo roce con aquel medio transparente y ágil pulía las asperezas de su alma, tornándola lentamente esférica, brillante.

Con la llegada del otoño, ganó en serenidad, y algo que iba a influir profundamente en su vida se acercó a su senda. Le había conocido en la parroquia bajo el nombre de padre Justino. Tan joven como él, poseía una constitución física endeble. De estatura mediana, ojos grandes e infinitamente buenos, rostro de facciones perfectas, aniñadas, aparentaba diez años menos de los que llevaba vividos. A Pablo Simón jamás le había parecido simpático en los varios años que lo conociera. Él, científico pensador, arriesgado y parco en sus expresiones, no podía congeniar con aquel místico extremadamente devocional, tímido, aparentemente incapaz de todo pensamiento abstracto, de cualquier lucha por buena que fuera la causa que la impulsara. Lo había clasificado entre aquel grupo de hombres que, demasiado timoratos o pesimistas para enamorarse de una mujer, lo hacen de Dios, con un amor ciego, estúpido, fundamentado en el miedo, la sensación de debilidad y el morboso placer de automartirizarse.

Pero el padre Justino que había podido conocer en «Las Ruinas» le demostraba diariamente que sus juicios habían sido apresurados e injustos. Debajo de su apariencia débil, femenina, se escondía un corazón inmenso, capaz de lanzarlo a cualquier sacrificio por un semejante. Su voluntad de hierro se disimulaba tras un carácter sumiso y dulce. Lejos del misticismo de los sentidos y los lloriqueos, amaba a un Dios innominado, sin forma ni atributos humanos, a través de la Naturaleza. Era todo él, en fin, imagen del tipo más evolucionado dentro del sendero devocional, al cual perteneció, sin duda, el mismo Maestro Jesús.

Aunque en la logia no se permitía a nadie que no fuera el hermano Once mantener conversaciones con Pablo Simón, se había hecho una excepción en este caso, y casi todas las noches los dos jóvenes conversaban más de media hora sobre temas filosóficos y religiosos; a veces asistía también el hermano Once. Estas charlas le hacían

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

al futuro discípulo un bien invaluable. Abrían ante él la posibilidad que otorga el vivir cerca de un ser con idéntico sueño, al que necesitamos, y para el que a la vez somos necesarios. Comprendió que se puede ser amigo de un joven para otras cosas mucho más elevadas que beber o divertirse burdamente. Pablo Simón jamás había tenido un amigo, y este le alegraba en extremo.

De pronto, el padre Justino, o el hermano Ochenta y Dos, como se le llamaba allí, dejó de asistir a las citas nocturnas. El hermano Once informó a Pablo Simón evasivamente, diciéndole que cosas ajenas a su voluntad le mantenían alejado en la parroquia; pero el joven notaba una alteración y un nerviosismo en todos los hermanos; varios de ellos, los más jóvenes, mantenían discusiones acaloradas.

Por fin lo supo: su amado compañero estaba preso por la Inquisición en la cárcel del pueblo. Había sido juzgado y, ante las acusaciones de Longinos, declarado culpable. Todo ello significaba una sola cosa: ¡la hoguera! El mismo corregidor, tal vez previendo levantamientos populares, se había esforzado por ejecutarlo lo antes posible.

Pablo Simón corrió al encuentro del hermano Once, cuando este llegó a la caída del sol.

—¡Señor! ¿Por qué me lo habéis ocultado? ¡Morirá! ¡Morirá en la hoguera!

—¡Calla, pobre joven! Ahora, ¿qué ganas con saberlo? Dices que morirá: eso es ignorancia; la muerte no existe para los que no quieren verla. La vida sigue indestructiblemente, ora vivificando un cuerpo de carne, ora de energía... Son nuevos objetivos... Ya aprenderás sobre todo esto.

—¡Lo sé, hermano, lo sé! ¡El espíritu no puede morir, pero no lo «siento» en mi corazón! ¡Lo quemarán! ¿Qué hará la logia?

—Todo lo posible dentro de lo sabio.

—¡Asaltemos la cárcel inquisitorial!

—Por favor, Pablo Simón, ¡no te alteres! ¡Hay que luchar por los ideales, no por los hombres! ¿No quieres saber qué piensa el hermano Ochenta y Dos?

—Sí, pero pese a cualquier cosa que diga, sé que en el fondo tendrá miedo...

—¡Te equivocas! Ese joven tiene una gran presencia espiritual y logró en pocos años un alto grado en la fraternidad, acompañado de la correspondiente realización interna. Para él, abandonar el cuerpo no es nada grave; está tranquilo y espera su muerte con excelente humor.

—¡Hermano Once...!

—¡Calla ya, Pablo Simón! No hables por hablar, protestando inútilmente. Medita lo que te he dicho y aprovéchalo, extrayendo enseñanzas. Así lo quiere el joven encadenado, que no te olvida.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Quisiera verlo!

—Tal vez sea posible, aunque lo dudo. Ahora retírate a tu celda. Necesito pensar —agregó con cansancio apenas disimulado.

Pablo Simón se despidió tristemente y se alejó hasta penetrar por la puerta-trampa.

Esa noche se durmió al amanecer. Había tenido el primer choque con la logia. Él no estaba de acuerdo con esa imperturbable serenidad ni con la actitud de mansa aceptación por parte de su amigo. Además, no veía la muerte como todos ellos; aún la temía, aunque sabía que cometía un error. Mil veces se dijo que el hermano Once tenía razón; pero su ira rompía pronto esos pacíficos razonamientos y, con sus pedazos, construía apresuradamente planes absurdos.

Con el correr de los días fue calmándose su ánimo. Por otra parte, era celosamente vigilado a toda hora...

Un día, el hermano Once penetró sorpresivamente en su celda y le dijo:

—Mañana al amanecer será quemado en la plaza del pueblo. Allí tendrás la única oportunidad de verle que puedo ofrecerte.

—¡Ah, hermano! Durante estos dos meses me he hecho a la idea y, sin embargo, de nuevo se exalta mi corazón. Tratad de perdonarme... ¡Hay cosas que no entiendo y me muerden ferozmente!

—Yo las entiendo y, no obstante, a veces aún me atenazan. No te culpo; solo te ruego que trates de no culparnos tampoco a nosotros; eso pondría muy triste al hermano Ochenta y Dos.

—No toméis demasiado en serio mis necesidades, os lo suplico. ¡Pero sufro mucho! No podré verle morir. Decidme, hermano, ¿de qué lo acusan esos buitres?

—Antes de responderte, quiero recordarte que aun esos indignos miembros del Santo Oficio son tus hermanos, y que debes odiar el mal que anida en ellos, pero no a sus personas, simples instrumentos de sus pasiones, temores y creencias.

—¿Acaso no son culpables?

—Sí, pero ¿tienes derecho tú a ser juez? ¿No está para ello la ley divina?

—¿No está en mí también esa ley?

—Sí; mas tú eres su sirviente inconsciente, y si tratas de activar tu rol ejecutivo, puedes excederte y provocar enormes reacciones de esa ley sobre ti y sobre lo que tú proteges. Referente a tu pregunta, te diré que nuestro hermano, el padre Justino, para «los de afuera» posee ciertas facultades psíquicas que, reforzadas por el conocimiento aquí adquirido, le permiten curar, especialmente a enfermos nerviosos. ¿Lo sabías?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—En el seminario oí ciertas referencias, pero no las creí hasta que aquí conocí al hermano Ochenta y Dos.

—Tiene una mente muy dúctil y tan extremada pureza que dispone de gran fuerza vital armonizadora. Créeme, Pablo Simón, es un joven buenísimo, excepcional.

—¡Lo sé y lo reafirmo, querido hermano!

—Pues bien: nuestro común amigo, impulsado por su buen corazón, ha realizado cada vez curaciones más importantes, sin distinguir entre pobres o ricos, cristianos o judíos. Al principio el clero no se preocupó, atribuyéndolo a la oración y los hábitos. Luego se dijo que eso solo no bastaba para dominar así la Naturaleza, sino que estaba afiliado a algún «centro oculto» y, en fin, que era un endemoniado. Hace casi tres meses curó de parálisis al hijito de un ajusticiado por la Inquisición, y esa fue la chispa que hizo estallar la pólvora. Su bondad y mansedumbre han puesto en aprietos al padre Pedro, a Longinos y al tribunal, pues tiene la apariencia perfecta de un mártir, y el pueblo le ama y le teme a la vez; están convencidos de sus poderes mágicos. ¡Y por ello lo van a quemar! ¡Como si Jesucristo también no los hubiese tenido!

—También a Él lo mataron...

—Es verdad... ¡Vendrás?

—Sí... Trataré...

—Te disfrazaremos; nadie te reconocerá si nos obedeces en todo. Espero que no hagas locuras y hundas contigo a nuestra logia. Yo he respondido por ti ante el gran Maestro de la misma.

—Descuidad. Os prometo cordura.

Tres horas antes de que las sombras emigrasen hacia el oeste, Pablo Simón estuvo vestido con los hábitos de una pequeña orden de monjes montañeses. Al salir, lo acompañaban una docena de hermanos de la fraternidad, igualmente disfrazados, y con el rebozo y capucha cubriéndoles casi totalmente el rostro.

Marchaban en silencio, portando sendas Biblias, con la cabeza gacha. El joven aspirante se iba repitiendo que debía guardar serenidad, trascender la ilusión de las formas; pero si su andar era lento y sosegado, su corazón corría alocadamente a enfrentarse con el Destino.

En el pueblo, tan grande como una pequeña ciudad, se notaba una actividad desusada. Grupos de campesinos y representantes de las más lejanas órdenes eclesiásticas convergían hacia la gran plaza central. Los hermanos de la logia iban ahora más juntos y cambiaban frases cortas en voz baja. Uno de ellos, al parecer el jefe, encendió un gran hachón iluminando el paso de los otros, e imitando con ello a los demás núcleos clericales.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los más pequeños heraldos del astro rey habían comenzado a teñir las nubes altas cuando Pablo Simón y sus compañeros desembocaron en la plaza. La iglesia parroquial elevaba su gran torre cuadrada, como monstruoso bastón de mando en una corte de pesadilla.

Poco a poco, todas las cosas fueron tomando un tinte rojizo a fin de ponerse a tono con el sanguinario espectáculo. Allá, en medio de la rotonda, se elevaba el símbolo funesto de toda una edad de la Humanidad, de una época de ignorancia. La rueda cíclica, en su eterno voltear, había precipitado una vez más a Occidente en la anarquía y el fanatismo del culto a los tótems. Los sagrados Misterios de la religión sin nombre de la sabiduría habían sido reducidos a unas pocas ciudades de Egipto, a centros aislados en Grecia y, finalmente, en la Edad Media, los restos diseminados de la antigua fraternidad de la que tan entusiastamente nos hablaron Píndaro, Platón, Protágoras, Juliano y Esquilo, sobrevivían raquíticos pero heroicos en las catacumbas romanas y en los sótanos de toda Europa.

Sí, allá se elevaba la pira de la Inquisición, la amenaza de los librepensadores, poetas, físicos, astrónomos o químicos. Jamás un fuego había provocado tantas sombras como el de las piras inquisitoriales. Sobre la plaza, parecían resonar las palabras del ángel apocalíptico: «¡Ay de los hombres!».

Pablo Simón estaba a punto de llorar de rabia y desesperación cuando un miembro del clero regular se le acercó murmurando:

—Si eres Pablo Simón sabrás que arde el Ochenta y Dos...

—Sí. ¿Quién eres, hermano?

—Poco interesa ahora. El hermano Once me ordenó te rogase tengas a bien seguirme.

Los compañeros del joven aprobaron silenciosamente con sus cabezas.

Caminaron un centenar de metros hasta la calle lateral del seminario; un carro de dos ruedas estaba rodeado por más de cien guardias comunes y otros tantos del Santo Oficio montados en caballos blancos. Uno de ellos les salió al encuentro, y el falso monje le alargó una tablilla de cera con un sello; de inmediato, el oficial dio una orden y se abrió el cerco, dando paso a los dos visitantes. En el negro carromato, el padre Justino, consumido, cubierto de heridas gangrenadas, sucio y vestido de harapos, les aguardaba con la más bondadosa de sus sonrisas. Al ver vacilar a Pablo Simón, le hizo una señal para que se acercase.

Ya junto a él, el joven no podía acabar de comprender cómo dentro de un cuerpo tan lacerado podía habitar un alma tan alegre y dulce, como durante las pacíficas pláticas en «Las Ruinas». Allí había otro aspecto que lo sacudía rudamente ante las puertas de la logia: esa gente había logrado interrumpir mediante su voluntad la común interdependencia entre el alma y el cuerpo.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los guardias se retiraron una veintena de metros, y así pudieron hablar tranquilos.

—¡Pablo Simón! ¡Pobrecillo mío! ¿Por qué te han traído a un espectáculo que en tanto puede afectarte?

—¡Yo lo he pedido, amigo!

—Debí suponerlo... Tal vez te sirva de algo... Luego... Sí, te servirá...

—No sé de qué hablas, pero quiero ayudarte. Le he pedido al hermano Once que te librásemos por la fuerza, para salvarte del espantoso tormento de la hoguera.

—¡Eso le has pedido! ¡Cómo se habrá reído ese sabio!

Sus pálidos labios se extendieron en una franca sonrisa que no tenía nada de triste ni de burlona.

—¿Cómo puedes tener ese ánimo?

—Porque tengo conocimiento y amor a la Divinidad ¿Qué puede ocurrirme «a mí»? El fuego consumirá este ropaje de carne, pero no me tocará; yo no me identifico con mi cuerpo, sino con mi espíritu inmortal e inaccesible a todo daño. Platón lo enseña claramente: todo es cuestión de fijación de conciencia, querido mío.

—Pero ¿cómo, en nombre de Dios, puedes hablar tan serenamente? ¿Puedes acaso evitar el dolor?

—Podría, pero ¿qué virtud hay en ello? Debo reservar mis energías para elevarme hacia los mundos sutiles, desde donde pueda ayudar a la Humanidad y estar más cerca de Nuestro Señor. Sufrir es pagar deudas. El sufrimiento libera y renueva las potencias internas. ¿Existe acaso parto sin dolor? El nacimiento a la vida espiritual requiere sangre y lágrimas. La crucifixión nos dio la resurrección.

—¿Tienes miedo?

—Lo importante no es eso, sino evitar que el miedo nos tenga a nosotros. El hombre debe ser amo hasta de sus debilidades... ¡Vete ya, Pablo Simón! Los miembros del Santo Oficio se están impacientando... ¡Sé siempre bueno, estudia y recuérdame! Yo te recordaré.

—¡Padre Justino! ¡Hermano! —Pablo Simón apenas podía pronunciar palabra, ahogado por el dolor y la indignación, pero una mano de hierro se clavó en su brazo, arrastrándolo rápidamente hacia la plaza.

Esta presentaba su total superficie colmada de gente. A la luz del sol naciente podía verse el palco especial para los clérigos, el del Tribunal del Santo Oficio y la compañía de Arcabuceros Reales que había tomado lugar enfrente de ellos. Las autoridades políticas del pueblo también tenían reservados lugares de privilegio, junto a

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

los eclesiásticos. Bajo unos toldillos, las damas más notables se regocijaban preguntando las emociones de la jornada, interrumpiendo únicamente sus susurros para cambiar significativas miradas con sus confesores.

Grandes núcleos de religiosos rezaban a voz en cuello por la salvación del alma condenada.

Pablo Simón y su acompañante se ubicaron de nuevo con los integrantes de la logia, no siendo pequeño su asombro al divisar al padre Mateos, pálido pero sereno, departiendo en el palco con el padre Pedro, al que en esos días harían cardenal. Su vientre voluminoso y su cara encendida se revolvían inquietos al ver la multitud de campesinos que rodeaba la plaza.

Esa gente buena y simple estaba cansada de la sangría económica de sus amos y de la inoperancia de sus sacerdotes. El padre Justino había curado a muchos de ellos, demostrando tener verdadero poder espiritual y singular conocimiento de las virtudes de los vegetales. Ahora le iban a quemar, enredado en una trama de envidias, odios y falsedades.

Unos golpes lentísimos en una batería de tambores anunciaron la entrada de la carreta en la plaza, rodeada del escuadrón montado del Santo Oficio; por delante marchaban los exorcistas, sacerdotes que, algunos creían y los más hacían creer, tenían el poder de espantar a las huestes diabólicas.

Entonces, la heterogénea multitud se alzó en horroroso alarido. Allí se alzaban los ganchos de hierro de las traperas; allá, los borrachos consuetudinarios manoteaban el aire exentos de la noción de distancia; acullá, los jefes de las órdenes civiles, cargados de armas y de joyas, coreaban el nombre del más humilde, del más manso de los Maestros. En fin, todos los subsuelos de la sociedad humana exacerbaban los ánimos de un pobre pueblo embrutecido de dolor, peste, miserias y supersticiones.

El padre Justino, cubierto íntegramente por una túnica y capucha rojas, con diablos negros pintados, era sostenido de pie por dos miembros del Santo Oficio que lo acompañaban. La caravana se detuvo frente a los palcos en los cuales ondeaban las banderas. Pararon los golpes de los tambores y, luego de un corto redoble, Longinos, sin descender de su caballo blanquísimo, echó hacia atrás la capucha que cubría el rostro del acusado. El aspecto destrozado del padre Justino arrancó una sorda exclamación entre sus compañeros del clero regular y sus beneficiados. Él los abarcó a todos con una sonrisa que se hizo más amplia al enfrentarse con Longinos; el corcel de este caracoleó, dándole la espalda.

El pregón inquisitorial informó de las acusaciones que pesaban sobre el joven. Se le culpaba de practicar hechicería, de tener un diablo dentro del cuerpo radicado en el hígado, de antropofagia con cadáveres de niños degollados y, finalmente, de pertenecer a una fraternidad atea y asesina.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Longinos fue hacia el palco principal y entregó el bando escrito al padre Pedro. Este se puso de pie trabajosamente y, mirando al padre Justino, le preguntó:

—¿Qué contestas, endemoniado? El Tribunal del Santo Oficio ha dictado tu condena; te has revolcado ante los exorcistas y negado a volver al seno de la santa religión. Pero, en recuerdo de cuando eras buen cristiano, te demostraremos nuestra piedad, perdonándote la vida, si reconoces tus culpas y nos ayudas a exterminar a los enemigos de Cristo y de su Embajador en la Tierra. ¡Habla, endemoniado! ¡En nombre de Cristo, vuelve al bien!

El acusado, apoyándose en las barandas del carromato, fue dejado solo por sus dos acompañantes. Miró a los ojos al padre Pedro, y le dijo con voz vibrante:

—¡Acaba ya esta farsa, Pedro! Tú sabes mejor que nadie que, desde que tomé los hábitos, soy lo suficientemente puro y bondadoso como para que no os escandalicéis ninguno de vosotros. No turbéis estos mis últimos instantes en cuerpo carnal, que debería dedicar a la oración. Hermanos que escucháis, Jesucristo dijo: «Por los frutos los conoceréis»; mis obras están desnudas ante vosotros. ¡Bienamados míos, rezad por estos hombres! ¡Ellos mueren, no yo! ¡Ellos son asesinos de sus propias almas! Lo único cierto de lo que han dicho es que pertenezco a una fraternidad mucho más cristiana que algunas Iglesias. ¿Sabéis por qué ingresé? Porque en el culto común los sacerdotes no estudiaban ni meditaban; mezclados en política y dogmatismos interesados, habían olvidado las palabras del Justo. ¡Buscad una Biblia de hace cinco siglos: veréis que no es como la de ahora!

En ese instante, Longinos hizo adelantar su cabalgadura y cruzó el rostro del prisionero con un feroz planazo, exclamando:

—¡Hagamos callar a este demonio; va a corromper al pueblo!

El padre Pedro hizo ademán de impedirlo, pero el fiscal inquisidor estaba demasiado enfurecido como para verlo.

Automáticamente, un alarido de bestia herida surgió de distintos puntos de la plaza. Un núcleo de campesinos, unido a otro de estudiantes, avanzó violentamente hacia la carreta en una heroica intentona de liberar al padre Justino. El padre Mateos se había puesto de pie, y toda la logia, confundida entre el público, aguardaba una señal para entrar en acción.

A los que avanzaban se les cruzó una procesión integrada por miembros de las asociaciones religiosas y núcleos de curas, todos enarbolando gruesas estacas de roble. El impacto fue terrible, y los partidarios del joven condenado se vieron precisados a retroceder, pero algunos se armaron de guadañas, hoces y hachas, poniendo en fuga a buena parte de sus contrincantes.

Longinos, al frente de un centenar de guardias montados, se precipitó sobre el lugar de la lucha, desbandándolos, mientras grupos aislados de adolescentes machacaban los cráneos y las espaldas de los caídos.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Por fin renació la calma y el padre Pedro invitó al detenido a que continuase, pero que fuera breve.

—¡Yo no quería esto! Ha habido muertos y heridos por mi culpa... ¡Acabad de una vez esta farsa! ¡Dejad al pueblo retornar pacíficamente a sus hogares! Dios se apiade de todos... y me dé fuerzas...

El padre Justino, enfermo y cubierto de heridas, no pudo resistir tan violentas emociones, y cayó semidesvanecido en el fondo del carro. Sus dos guardias saltaron junto a él y lo ayudaron a reincorporarse.

Pablo Simón estaba prácticamente inmovilizado por los integrantes de la logia, quienes temían de él una imprudencia.

El padre Pedro hizo una señal y acercaron la carreta a la gran pira, desde cuya cúspide, a casi cinco metros de altura, emergía un gruesísimo madero del que pendían cadenas y cerrojos.

La guardia montada hizo retroceder al pueblo, que gritaba enardecido sin saber a ciencia cierta por qué.

Fue colocada la escalera, y el padre Justino fue llevado a lo alto del cúmulo y amarrado sólidamente con las cadenas. Su aspecto era algo extraño, pues parecía ajeno a todo lo que le rodeaba, obedeciendo como un autómatas; pero al separarse de él los verdugos, recobró su fisonomía habitual y, aunque muy pálido, extendió su sonrisa sobre todos los congregados en su torno.

Un sacerdote, enarbolando una cruz de larguísimo mango, la puso a la altura de los labios, diciéndole:

—¡Oye, Justino! Si logras expulsar el demonio que te inspira y besas esta santísima cruz, donde Dios está clavado, aún tienes oportunidad de salvación, pues la piedad de la Santa Madre es infinita...

El prisionero sonrió tristemente antes de contestarle:

—Me apeno por vos, porque os sé bueno y os veo convertido en malo por un fanatismo para mí incomprensible. Además, y este es mi último consejo, estudiad más las lenguas muertas, pues el término «demonio» significa espíritu, que es, en definitiva, lo que haréis exhalar a mi cuerpo. Os ruego encendáis la pira de una vez, pues estoy muy débil y enfermo por vuestros tormentos, y no quiero que el pueblo interprete mi mal físico como falta de fe o de conocimiento.

—¡Que el diablo te lleve! —masculló el otro sordamente.

El populacho empezó a apedrear la pira y a reclamar el comienzo de lo que era su diversión, con voz tan viva como minutos antes lo había repudiado.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El presidente del tribunal dio una orden y empezó a sonar un fúnebre redoble, mientras que un verdugo volvía a cubrir la cabeza del mártir con la capucha roja pintada con los diablos, y la aseguró con un alambre.

Varios sacerdotes exorcistas derramaban agua bendita sobre el pueblo, que aclamaba el nombre de Cristo, a la vez que blandía centenares de antorchas y arrojaba piedras sobre Justino. Este, en actitud desfallecida, se dejó pender de las cadenas.

Unos toques especiales de tambor hicieron que un verdugo arrojase un brazado de ramas secas encendidas entre los fundamentos de la pira. A su acción se sumaron entonces todos los que portaban fuegos; procesiones enteras enviaban a monjes y dirigentes de los movimientos colaterales a arrojar la antorcha que los simbolizase.

Poco a poco, la enorme cantidad de leña se fue incendiando en medio de grandes llamaradas y aún mayores nubarrones. Como el ajusticiado no daba señales de vida ni alzaba la cabeza, muchos de los feroces muchachos le arrojaban sus antorchas a la cara, a fin de despertarlo y reír con sus contorsiones.

El padre Justino levantó lentamente la cabeza, y su mirada, que ahora se adivinaba tras el capuchón, se derramó sobre sus implacables torturadores.

El padre Pedro no lo miraba; receloso, vigilaba los accesos a la plaza temiendo algún atentado a su persona. A su lado, el padre Mateos parecía una estatua, los músculos en tensión, la mirada hipnotizada sobre la hoguera y cubierto el rostro de una palidez mortal.

El viento llevó una llamarada a poner fuego sobre el capuchón del mártir, de tal manera que su rostro ennegrecido, consumido el cabello y las cejas, apareció ante la gente. Cuando todos esperaron un espantoso alarido o la más terrible de las muecas, aquel hombre que había despreciado la felicidad del mundo venció también su dolor; una sonrisa abierta plegó sus labios semidestruidos y sus ojos se posaron en el cielo.

Luego, el humo, ese humilde hermano del fuego, corrió a ocultar un estertor del cuerpo que, sintiendo el alma alejarse, ensayó su última protesta.

Para Pablo Simón no había existido nada más que aquella sonrisa, grabada sobre el fuego con otro fuego más sutil, el del amor.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

LA CORONA DE RAYOS

La joven virgen de la primavera se iba convirtiendo lentamente en la gran Madre de la Naturaleza; los hombres la llaman verano...

Pablo Simón vestía la túnica blanca de los recién Iniciados; en su brazo izquierdo llevaba el símbolo horizontal de la receptividad, del fundamento y la obediencia.

El hermano Once lo había citado para imponerlo de importantes novedades. La noche de luna llena estaba inundada por torrentes de brisas perfumadas que bajaban de las montañas.

—¡Te saludo, Pablo Simón, o mejor dicho, hermano Ciento Sesenta y Tres!

—¡Salud, venerable hermano! ¡Sentid esta brisa...! ¿Para quién se engalana así la Naturaleza? Su belleza se torna dulcísima, madura...

—Aguarda a su Esposo... para presentarle a su Hijo. ¿No has notado que al sobrevenir la época de las flores, los brotes de las ramas y los nidos a medio hacer esperan algo?

—Sí... Mas ¿a quién?

—También aguardan al Esposo. Él las besa, sale de cacería y retorna a conocer el fruto de su amor. Entonces finaliza el reinado de la Esposa, y la corona, que estaba invertida a manera de ánfora, se vuelve y señala al cielo.

—Ese lenguaje es muy oscuro, pero aunque no entiendo su mecanismo, «siento» el sentido general que encierra. A veces, el hermano Justino hablaba así... ¿Estará contento con mi Iniciación?

—¡Mucho!, si, como creo, la has realizado de corazón.

—No os quepa la menor duda; sólo vivo para servir a la Humanidad a través de la sabiduría universal, en la religión sin nombre de la innominada Divinidad.

—Palabras como esas son el néctar con que los ángeles elaboran la miel de los justos. Ellos la recogen de las almas que florecen... Tal vez un día te cerciores de que lo que acabo de decir es algo más que una metáfora. La Naturaleza es única; nosotros la dividimos, y cuando hecha pedazos descansa en nuestras manos, lloramos porque no la vemos vivir y maldecimos al Dios que la hizo hueca y muerta. Mas, recuérdalo, hermano, nosotros mismos somos los asesinos de la Naturaleza. Únicamente nosotros podemos resucitarla; la ciencia y la religión mancomunadas lo lograrán algún día. Para ello, la primera debe liberarse del estúpido «ver y tocar para creer», así como de la vanidad de pensar que los investigadores modernos son muy superiores a los de los tiempos pasados.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Entonces, en los momentos cumbre de la evolución de las naciones, hubo quienes sabían de la redondez de la Tierra, del sistema heliocéntrico, de la existencia de animalúnculos invisibles y de seres etéreos que evolucionan en ese medio como los peces lo hacen en el agua. Algunas de estas cosas serán públicas en un par de siglos, y otras esperarán algo más; entonces los científicos se reirán de nuestros sabios actuales tanto como estos lo hacen hoy de los de doscientos años atrás.

—«Con la vara que midas serás medido».

—Así es. En cuanto a la religión, está despedazada en varias subreligiones y miles de sectas dentro de ellas. Los hombres, en lugar de adorar a Aquello que señalan los distintos Maestros, ya sea Jesús, Mahoma o Moisés, lo hacen con los «indicadores», cual si fuesen dioses distintos en puja mortal, y no todos encarnaciones o hijos de un único Padre. En tus estudios religiosos verás que todos los instructores de cualquier época enseñaron lo mismo, con diferencias de adaptación histórica y geográfica; que ninguno de ellos se dijo Dios, y que en lo que disienten son las interpolaciones que en cuestiones ritualísimas se introducen con fines inconfesables. Tenemos ejemplos cercanos al ver actuar a una de las formas religiosas que, como la musulmana, está más alterada por elementos militares y políticos ajenos a sus funciones específicas. El sacerdote, que debería ser puro, bondadoso y dulce es, por lo común, antítesis de estas virtudes. Tan venal como el común de los hombres, manda destruir y matar; se mezcla en politiquerías utilizando el sagrado púlpito para lanzar improperios, o simplemente acomete empresas mundanas ajenas al fin con la excusa del cual ha ocupado tan respetable lugar. Durante los autos de fe, en las grandes ciudades, se alternan la matanza de toros con la de los supuestos infieles. ¡Ay de los desventurados Maestros que, desde sus alturas, contemplan sus ideas tan retorcidas, y sus nombres, nacidos para simbolizar la paz universal, servir de adorno en escudos y lanzas de guerra, inclinarse sobre las hogueras fraticidas y ser bandera de ejércitos asesinos de niños, mujeres y ancianos!

Aunque el hermano Once no pronunció más palabras, Pablo Simón supo cuál era el recuerdo que le había inmovilizado; una leve sonrisa alumbró su rostro y movió levemente su brazo derecho en señal de despedida.

El joven trató de divisar algo delante del sacerdote, pero solo la blancura de los mármoles y la oscuridad de sus grietas se entrelazaban por doquier. La luz de la luna caía casi vertical, dando al paisaje, de por sí extraño, un aspecto sumamente impresionante.

Pasados unos minutos, que al discípulo le fueron interminables, el filósofo dijo:

—Quería comunicarte que desde mañana, si no te opones, puedes volver a tu trabajo en la parroquia y en el laboratorio. Todo está preparado para simular tu arribo desde un lejano seminario. Permanecerás en íntimo contacto con la logia y conmigo, siendo tú un nuevo foco de luz entre las tinieblas que envuelven a esos miles de corazones. ¿Lo deseas?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—No lo he meditado, pero creo que sí; me preocupan mucho esos jóvenes que crecen oprimidos, fanatizados. No podría permanecer en los brazos de la sabiduría mientras tal vez un hermano se desangra a un paso de llegar... ¡Sí, hermano! ¡Deseo con toda el alma volver entre esos pobres hombres y ayudarles en lo que pueda! Enseñarles que no se debe matar ni a un insecto, y cuánto menos a un ser humano...

—Vas muy bien encaminado. Una de las vallas más difíciles que se le presentan al principiante es la creencia ilusoria de que la suerte de sus congéneres ya no debe afectarle, y que él puede estudiar y actualizar sus poderes espirituales evitando todo contacto con sus hermanos. Yo te digo que, hasta que la última alma que evoluciona no llegue al reino de los Cielos, ninguno tendrá verdadera felicidad. Cuanto más apresures la marcha de los débiles, tanto menos tendrás que esperarles luego... Bien, mañana tomarás el coche que viene del seminario que te mencioné; los restantes pasajeros son de la logia, así como los servidores. Todo saldrá bien.

Las manos delgadas y firmes del hermano Once palmearon afectuosamente los hombros del joven y le indicaron la puerta de los subterráneos.

Pese a las sospechas del padre Pedro y los sorprendidos interrogatorios de Longinos, Pablo Simón, convenientemente aleccionado y apoyado por las poderosas influencias de los miembros actuantes en el alto clero, salió triunfante y continuó sus antiguos trabajos.

Buenas fatigas le costó ampliar su laboratorio particular, pero logró hacerlo, y con él trabajaron otros dos hermanos en calidad de ayudantes-aprendices.

Lentamente, del concepto materialista de que los metales eran sustancias sin vida, inertes, o milagros regalados por Dios, Pablo Simón pasó al conocimiento oculto de los mismos. La alquimia, la que sería química del futuro, y no la charlatanería de los supersticiosos con la cual habría de confundirla la posteridad, ocupaba la mayor parte de sus jornadas.

Supo que los metales correspondían a un grupo de almas «esbozadas» en evolución, y que también había entre aquellos, seres avanzadísimos y otros más torpes. Notó que toda la Naturaleza estaba traspasada por hilos, a la manera de los que, a la vez, mantienen varios títeres en retablos superpuestos. Estas «leyes trascendentes» comunicaban determinadas partes de los distintos reinos, uniendo simpáticamente minerales, vegetales, animales y astros, o mejor dicho, Espíritus Guardianes de los Cuerpos Celestes. Así, los astros eran los vehículos materiales de seres tan evolucionados y completos, tan difíciles de concebir en la proporción en que a un parásito intestinal le sería difícil captar la identidad del hombre que lo lleva.

Aprendió que los minerales también nacen, crecen, se reproducen, soportan enfermedades y mueren. Estudió la vida de los metales; no le parecieron más «muertos» que los animales, pues estos manifiestan su vida por medio de movimientos y traslaciones, mientras que aquellos lo hacen resistiendo las presiones externas y los esfuerzos por desarraigarlos. Reconoció las señales del cansancio mineral, que hace que

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

un metal, sometido a un trabajo superior a sus fuerzas, deje de cumplirlo casi totalmente, debiéndosele dejar reposar para que recobre sus virtudes primitivas.

Muchos de estos conocimientos sobrevivían deformados y parciales entre los pueblos campesinos, últimos recuerdos de más espléndidas épocas.

Nuevos inviernos le mostraron lo efímero de las cosas terrenas, y otras primaveras, el renacer eterno de la vida en nuevas formas.

En las primeras lecciones de su condición de discípulo en la logia, le habían confiado algo que guardaba como la más preciada joya de conocimiento. Ella era la «llave maestra» que le abría numerosos, si no todos, arcanos de la Naturaleza.

En ese entonces, había tomado fama en el pueblo una joven, por sus curaciones mágicas y maravillosas. Tuvo gran sorpresa cuando una noche en que llegaba a «Las Ruinas», el hermano Once se la presentó como miembro de la logia.

—Hermano, esta es tu hermana Hipatia.

—¿Hipatia? ¿Has tomado el nombre de la mártir despedazada por orden de Cirilo?

—Es el que me han dado los hermanos mayores...

La voz de la joven, como toda ella, era suave, extremadamente delicada. La túnica blanca y el cabello renegrido daban a su rostro delgado el pálido matiz de los valles en las noches de luna. Imagen de una pureza más angélica que humana, trasuntaba la comunión que sentía con Dios.

Su saludo fue simple, casi aniñado. El hermano Once, a la par que se alejaba, le recomendó dulcemente:

—¡Cuídate, Hipatia! Tu cuerpo es un vaso muy débil y debe contener fuego...

—¡Lo haré, hermano...! ¡Qué bueno es! —agregó para sí.

—Sí, y muy sabio... ¿A qué te dedicas, hermana? Quiero decir, ¿a qué trabajo dentro de la ciencia sagrada? —preguntó Pablo Simón.

—Parece mentira, hermano, pero las preguntas que se expresan más fácilmente son las más difíciles de responder... Yo veo las cosas que han ocurrido y las que han de ocurrir, como si fuesen las raíces y el follaje de un gran árbol, cuyo tronco fuese el presente... Sé que eres curioso; yo no siento curiosidad, pero sí angustia...

—Si ves la vida actuante como una resultante del camino recorrido y el por recorrer, como una huella más en un único sendero; si tienes el convencimiento de que eres eterna, morador incorruptible de lo efímero, espiritualmente contenedor de todo lo contenido, ¿qué puede angustiarte?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Oh, todo lo que no sé, lo que no realizo, el cúmulo inmenso de seres ignorantes del porqué de sus penas, a los que no puedo auxiliar!

—El hermano Once me ha dicho que en el conocimiento de la Ley está la lima que consumirá los barrotes del sufrimiento...

—Mi angustia no es precisamente lo que se entiende por sufrimiento. Te repito que no me pesa el dolor en sí; me preocupa la ignorancia general de sus causas. En esa ignorancia, los hombres, a la vez que pagan, contraen nuevas deudas. Yo ansío llevar la liberación a los hombres; hacer penetrar en mí ese «algo» que me llama... Una o dos veces he alcanzado a rozarlo, mas luego volví a caer.

Los ojos de la niña, que apenas si contaría quince o dieciséis años de edad, se entornaron húmedos, llenos de extraños fuegos azules. Al poco rato se despidió de Pablo Simón, penetrando en los subterráneos, pero él se quedó de pie junto a un portal derruido, buzo indómito del mar del misterio.

Aquella joven mujer estaba marcada con un sino que él no alcanzaba a definir; a la vez que demostraba estar muy por encima de toda emoción, hasta convertirse en un ser parahumano, vivía una devoción emocional contraria a todo espíritu de investigación y especulación abstracta. Pablo Simón se sentía atraído a la vez que rechazado por esa rara personalidad.

Arrastró distraídamente el polvo de las grietas con sus dedos, y se volvió dispuesto a retirarse al pueblo, pero vio al hermano Once, que se dirigía a su encuentro. Él le dijo:

—¿Qué piensas de Hipatia?

—Que es muy rara..., muy distinta a cualquiera de nosotros. No comprendo: su alma es a la vez débil y fuerte, implora y manda... ¡No sé!

—Me imaginaba tu desconcierto, pues cunde entre todos los que la conocen. Su nombre entre los hombres es Voluspa, y quedó huérfana de una familia proveniente de los mares cercanos al Polo. Dícese que su madre era griega, mas como ella era muy niña, solo recuerda su nombre. La recogimos en la casa del hermano Ochenta y Ocho, que tú conoces bajo el nombre de Gabriel, el fabricante de ejes para carruajes; tiene su herrería sobre la loma grande.

—¡Lo conozco! ¡Jamás lo hubiese creído miembro de la logia!

—Él también tiene su misión en ella. Volviendo a nuestra hermana, has de saber, querido joven, que hay hombres que reciben más Iniciación de los ángeles que de los sabios humanos o Maestros. No tienen forzosamente que estar más avanzados en el camino espiritual, ni más atrás que nosotros; pueden estar a la misma altura y, sin embargo, sernos extraños y hasta repelentes en algunos detalles. Piensa un poco en este ejemplo: dos barras metálicas paralelas no son necesariamente de oro ni de hierro; su dirección relativa no hace a la sustancia que las compone. Así, el conocimiento y la

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

realización pueden tender a un mismo fin, aunque tengan modalidades diferentes y actúen a través de distintos instrumentos. En la Iniciación humana, el oro de la virtud se obtiene por elaboración de todos los metales innobles, o sea, por la conversión de defectos en perfecciones. La Iniciación angélica otorga el oro, y la lucha no está en elaborarlo, sino en impedir que se corrompa. Todo esto es dentro de un determinado lapso de tiempo, pues superada esta etapa evolutiva sobrevendrán otras compensando las deficiencias de la actual. Y, como dentro de la instrucción que conoces hay modalidades distintas, también lo existen en la angélica, mas en estas últimas notarás cierta dificultad en la utilización del vehículo mental, a la vez que tienen en menos, por lo general, al razonamiento, especialmente en lo abstracto.

—¿Entonces decís que nada tienen que ver los ángeles con la mente?

—Hasta cierto punto. Pero recuerda que me refiero a lo que, para nosotros, es edad presente, pues en el comienzo de este universo, la mente nació del corazón de un ángel. De los anteriores conceptos podrás entresacar uno o dos indicios útiles en la interpretación de algunos pasajes de san Pablo.

—Si me permitís, hermano...

—¡Pregunta! ¡Esa es mi alegría!

—Varias veces se me han hecho referencias a esta y otras edades que, según entiendo, abarcan muchos millones de años. ¿Cómo y por qué se renuevan las edades? ¿Cómo es que tienen leyes distintas?

Temiendo que en la abstracción de la conversación fuesen sorprendidos por algún extraño, Mateos rogó al joven que pasasen a una de las criptas. Así lo hicieron, y allí, luego de beber una reconfortante tisana de hierbas, prosiguieron tratando el tema.

—Oye, ¡oh aspirante a la Luz! El alma de un universo está formada por la «suma» (no corresponde este término, pero no hallo otro) de las almas de todos sus integrantes, al igual que lo que ocurre en pequeño con tu alma. Te ruego esfuerces la atención a fin de no confundirte: tu alma es individual porque así la ves a través de tu conciencia, y como tal la utiliza la chispa espiritual que la motiva. Los hombres han hecho una tremenda confusión entre «alma» y «espíritu», de tal manera que los consideran idéntica cosa. Así, cuando traducen la Biblia la llenan de torpezas; pero tú aprende a distinguirlas. Te decía lo anterior a fin de que, con recto discernimiento, te sirvas de la ley de analogía. Sabes, por lo que has leído en Platón y Homero, que el hombre utiliza su cuerpo al igual que durante la vida terrestre se sirve de un traje; una vez usado, lo desecha y adquiere otro.

Así se pule para ser «perfecto como nuestro Padre, que está en los Cielos». Poco a poco gana esa perfección, y sus deseos incumplidos de una vida son las causas motoras de las oportunidades y capacidades en las siguientes, dentro de lo permitido por el buen o mal destino que ha ido labrándose con sus acciones a través de centenares de vidas.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Perdonad la interrupción, hermano, pero el historiador Diógenes enseña que, en opinión de los pitagóricos, el hombre en virtud de sus malas acciones podía reencarnar en un animal. ¿Es eso cierto?

—Este Diógenes no era filósofo sino cronista, y como tal, ignoraba todo o casi todo lo referente a la doctrina secreta que Jesucristo había comunicado a muy pocos, perseguidos luego por las turbas de mendigos, leprosos y aventureros que se apoderaron del movimiento. Jamás ningún pitagórico iniciado en los Misterios pudo sostener lo que a la mirada de la filosofía es una verdadera ridiculez. Solo en casos muy excepcionales, uno entre cien mil millones, puede el hombre demasiado perverso perder momentáneamente el legado de Prometeo, la inteligencia y forma humana. Es triste que los enemigos de la filosofía, en lugar de rebatir sus razones con otras, utilicen la burla, la mentira y la hoguera. Pero nos apartamos del motivo central de nuestra conversación.

—Me han sido muy útiles esas explicaciones, hermano Once.

—Bien, entonces verás claro, según la ley de analogía que hemos invocado en nuestro auxilio, que si el universo material que nos rodea es similar a nuestro cuerpo físico, y tal como este es la «corteza» de un ser espiritual, esa corteza cósmica muera periódicamente, se disuelvan en el espacio sus mundos, y el espíritu vuele liberado hasta que, prosiguiendo su ruta de perfeccionamiento, necesite otro cuerpo, y lo habite cuando está en condiciones. Ahora bien, supón por un instante que tu anterior encarnación hubiese sucedido en el Egipto de los Ptolomeos, dos o tres siglos antes de Cristo. ¿No te regirían en aquel tiempo otras costumbres, no utilizarías distintos alimentos, adorarías a Dios de diferente manera?

—Así tendría que ser.

—Transporta ese panorama a lo cósmico. Ese Ser, cuyo vehículo es el universo material, al remanifestarse en otro semejante, ¿no variaría en cierta forma sus características, adaptándose a su instante evolutivo? Si así lo reconocemos, solo podremos hablar de las leyes que rigen «nuestra edad», y aun dentro de esas grandes leyes, las pequeñas que nos rigen personalmente.

—Pero la Ley es una...

—Exacto, querido joven; así como el agua es una y, sin embargo, se adapta a las múltiples formas de las vasijas, la única Ley respeta sus recipientes, que son motivados por la necesidad.

Esa noche, ni Maestro ni discípulo descansaron. El misterio, esa ninfa dormida que todos llevamos en el alma, es terriblemente seductora. Cuando despierta, ella toca con su varita mágica todo lo que nos rodea, tornándolo cristalino, haciéndonos amigos de las cosas y del mundo, pero no tolera que se la ponga a los intereses mundanos ni a la fatiga. Ella es esclava y dueña del verdadero filósofo, aquel que se amamanta directamente de los senos de la Esfinge, símbolo maravilloso de la vida.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Pablo Simón, poseyendo lentamente el «Ankh» o llave de realización y sabiduría, iba abriendo una a una las puertas de la Naturaleza. Con firme voluntad y recto conocimiento fue despertando su ojo interior, mientras sus ojos externos adquirieron la propiedad de ver en los planos sutiles, donde habitan los gnomos, las ondinas, las hadas, los elfos y todos esos seres de los que hoy tan solo guardan recuerdos antiguos libros sagrados, tan despedazados que ya no sirven para otra cosa que no sea entretener a los niños.

Además de estos seres, el joven Iniciado aprendió a observar los cuerpos sutiles de los hombres recientemente muertos, así como la película e irradiación luminosa que recubre todos los seres y cosas.

Todos estos avances requerían de él un dominio absoluto sobre sus expresiones, a fin de que ninguno de los enemigos que lo rodeaban pudiese comprobar lo que algunos ya sospechaban, y terminar sus días en la hoguera.

Una noche de llovizna con que el otoño adelantaba sus huestes de silencio y melancolía, Pablo Simón se había detenido en una de las criptas de su laboratorio. Un discípulo dio paso a un personaje arrebujaado y chorreando agua.

—¿Quién es, José?

El joven aprendiz de alquimista señaló silenciosamente el rostro del recién llegado. Sólo entonces Pablo Simón cayó en la cuenta de su identidad.

—¡Hipatia! ¿Qué hacéis aquí a estas horas? ¡José, quítale el abrigo a esta joven y bríndale un cordial!

Pero ella se negó a esas atenciones con enérgico ademán, diciendo con un hilo de voz:

—Hermano Pablo Simón, perdonad esta intromisión y mi resistencia, pero debo partir al instante. Decidle a los hermanos que muy pronto Hipatia podrá ayudarlos desde el cielo...

Pablo Simón mandó retirar a sus asistentes y contempló a la muchacha que se había dejado caer en una silla. Prestando más atención, notó que debajo del amplio capote sólo vestía ropas de dormir. Temblaba, y parecía a punto de desmayarse, por lo que el joven, haciendo caso omiso de sus débiles protestas, la despojó del capote, arropándola con una manta junto al fuego. Le hizo beber un cordial, y luego le dijo:

—Algo grave os ha traído en este estado y a tan altas horas de la noche. ¿Vinisteis sola? ¿No habéis tenido miedo?

—¿Qué más da, hermano! Puede detenerse la mano que arrojará la flecha, pero esta, una vez lanzada, vuela fatalmente hacia su blanco. Mañana, al amanecer, caeré en manos de los soldados del Santo Oficio...

—¿Cómo lo sabéis?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Lo he «visto», y «sé» que he de morir de la manera más espantosa y canallesca...

—Últimamente estáis muy débil, Hipatia; tal vez todo fue una alucinación...

—No... Yo jamás tengo esa clase de alucinaciones...

—¡Huid, entonces! ¡Aguardad aquí! ¡Yo iré a «Las Ruinas» y consultaré al hermano Once!

—¡No hagáis tal cosa! ¡Por Dios, hermano! Aunque murieseis todos conmigo no torceríais mi destino. Yo no temo la muerte; solo me inquieta pensar en los martirios, pues mi cuerpo enfermo me traicionará...

—¡No habléis más de ello! ¡Aguardadme!

Con estas palabras, Pablo Simón salió apresuradamente de la cripta dejándola en compañía de José y los pocos sirvientes.

Al regresar, la lluvia había aumentado su caudal, y el amanecer ni se insinuaba tras las nubes. José salió a recibirle ligeramente pálido.

—¡La hermana Hipatia se ha escapado! Simuló dormir, o lo hizo de veras, y cuando la dejé sola para buscar mantas, ya no estaba...

—¡Desdichada! ¡Otra víctima más! ¡Ah, José! El día que la Humanidad se encuentre con el destino que ha elaborado en estos últimos siglos, cuando sobre los ojos de sus dirigentes futuros llueva toda esta sangre, la suerte de las religiones antiguas en cuyos templos hoy pasta el ganado, les parecerá suerte envidiable y gloriosa como la aureola del sol...

Pablo Simón se arrancó las ropas de lona encerada arrojándolas en un rincón. Su estricto sentido de la justicia y la energía que le hacía saltar todo obstáculo, unidos a un aún imperfecto control sobre su mente y emociones, le transportaban en instantes como ese a francos accesos de ira, la «santa ira» de la cual no pueden liberarse ni siquiera los dioses de los hombres.

Haciendo un tremendo esfuerzo y luego de ingerir algunos medicamentos de su invención que le permitían sobrellevar fácilmente el cansancio y nerviosismo sufridos, se vistió nuevamente, dirigiendo sus pasos al colegio parroquial. Apenas hubo llegado, fue urgentemente llamado por el padre Pedro, quien hacía ya varios meses había ingresado en el Santo Colegio. Sus nuevas ropas, más lujosas, resaltaban su figura. No disimulaba el disgusto que le causaban quienes le rodeaban, pues él vivía ahora en una ciudad mucho más grande, y sólo llegaba a esa villa universitaria y rural ocasionalmente.

—¡Pablo Simón, en nombre de Cristo: vuelve a esta bruja a sus sentidos! Ninguno de los médicos puede... Tal vez alguna de tus misteriosas pócimas...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Mis pócimas no son misteriosas, monseñor; vos las habéis visto, y muchos otros también...

—¡Tan ignorantes en alquimia como yo! A ellos los engañarás, pero no a mí. Tú sabes más de lo que aparentas. ¡Vuelve en sí a esta pecadora! Si no lo haces o la matas, el tribunal hará freír la grasa de tus carnes...

Pablo Simón, con gran esfuerzo, pudo contenerse y examinó a la joven. No parecía haber bebido ningún estupefaciente, sino que, en virtud de su voluntad y poderes, se había retirado del cuerpo a fin de descansar y evitar interrogatorios.

El joven pidió que fuesen a su casa a solicitar un licor a su ayudante. Cuando lo tuvo, introdujo algunas gotas entre los dientes de Hipatia e iluminó sus ojos con un espejo, abriendo lentamente sus párpados. Pronto la joven recuperó su conciencia y paseó alrededor una mirada recelosa.

—Está muy débil; cuidadla si la queréis mantener con vida —susurró Pablo Simón en el oído de Pedro, a fin de que no la mandase a tormentos.

—¿La conoces? —preguntó el prelado.

—De vista; se llama Voluspa.

—¿O Hipatia?

La voz seca de Longinos había resonado a sus espaldas. Pedro tamborileaba sus dedos sobre el vientre, señal infalible de ansiedad y nerviosismo. El joven Iniciado se volvió y preguntó al fiscal con fría serenidad:

—¿Podría yo saber otro nombre que el que le dan todos?

—Sí, si eres miembro de la logia... —Longinos estaba en tensión como un perro de caza.

—¡El temor os hace ver visiones! —exclamó Pablo Simón.

—Perdona a Longinos; pero así como tu trabajo es investigar en los metales y elementos, el de él es hacerlo con los hombres... ¿Cómo sabes eso, Longinos? —preguntó el inquisidor.

—La madrastra de esa bruja, monseñor, me ha revelado «involuntariamente» que así se llamaba a sí misma en sus oraciones al diablo. Creeréis que exagero, pero en este pueblo hay centenares de conjurados: profesores, eclesiásticos y militares son miembros de la logia.

Los ojos negros del cardenal se movieron temerosos y despidió a Pablo Simón con un grito histérico. Este ejecutó una profunda reverencia y se retiró.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Un mes más tarde, mientras contemplaba absorto la silenciosa muerte de los copos de nieve sobre el alféizar de una ventana en el colegio parroquial, Pablo Simón fue llamado nuevamente al despacho del director, que ahora ocupaba el padre Antonio, de corazón bondadoso, pero fanático sirviente de la Inquisición.

En el salón estaban sentados, junto a las paredes, los principales personajes del pueblo y eclesiásticos llegados especialmente desde las ciudades cercanas. Pedro estaba sentado en la cabecera de una mesa que completaban Mateos, Antonio, Longinos y otros tres miembros del Tribunal del Santo Oficio.

Al entrar, un anciano, que oficiaba como jefe de ceremonias, le señaló un asiento, anunciándolo a la mesa.

Pablo Simón se dedicó a estudiar a la concurrencia; había allí no menos de cincuenta personas y, entre ellas, varios miembros de la logia, tal vez diez o doce. Con la llegada de un oficial de caballería del Santo Oficio, se pudo empezar la sesión.

El nuevo cardenal, luego de las saluciones de práctica, informó:

—El Tribunal del Santo Oficio ha declarado culpable a la hechicera Voluspa o Hipatia, como su vileza le inclinaba a llamarse. Este tribunal, con la anuencia de la Santa Cofradía, ha dejado en nuestras manos el tipo de muerte que merece, y demás detalles. Esta vez no se recomendó directamente la hoguera, como es costumbre en la ejecución de estos perdidos, porque parece ineficaz, toda vez que cuantos más herejes se queman, mayor es el número de discípulos que consiguen y no pequeña masa de pueblo los admira y protege. ¿Cuál es la causa de este desastre? ¿Tal vez nuestra excesiva blandura para con los centenares de astrónomos, químicos y aun eclesiásticos que, de una manera u otra, libran opiniones contrarias a la santa Biblia o a la interpretación que de ella hace la Santa Hermandad? ¡Hablad, hijos!

Profundo silencio siguió a las palabras de Pedro, pues los no muy influyentes temían hablar, y los otros meditaban mucho antes de hacerlo. Pero a los pocos instantes, Mateos pidió la palabra.

—¡Hermanos! ¿Nos hemos reunido para matar a más personas o para hallar una fórmula que fortifique la Iglesia y retorne a su seno a los disidentes? Vemos que cada ajusticiado nos reporta cien enemigos más y mil amigos menos. ¿Debemos seguir tan insensata carrera? En el norte de Europa, Asia Menor y África, millones de creyentes se han escindido en los últimos cien años; aun en estos países buena parte de la nobleza, el noventa por ciento de los intelectuales y la mitad de los artistas nos vuelven las espaldas. Os hablo como miembro de la Iglesia: si seguimos por este camino fatal, en cinco o diez siglos quedarán muy pocos católicos y, lo más triste, no solo caerá en descrédito la Iglesia, sino también Jesucristo, y aun toda forma religiosa. ¡Hermanos, recapacitemos! ¡Dejemos de quemar a locos, enfermos y hombres que no piensen como nosotros! ¡Suspended las ejecuciones, cuidad más la manutención del clero en las aldeas apartadas, aunque en las ciudades nos resten menos comodidades! ¡Utilizad a los solda-

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

dos del Santo Oficio para perseguir a los salteadores de caminos y piratas: veréis qué pronto resurge la Iglesia!

—¡Por Dios, padre! Si seguimos esos consejos, los herejes nos quemarán a nosotros, y mis hombres se convertirán en simples fuerzas armadas al servicio de los intereses económicos, y no de Dios —protestó Longinos, lívido de ira contenida; la jerarquía y fama de Mateos le impedía todo ataque ostensible.

—Tú, Longinos, que por tu oficio conoces los crímenes y atentados que se cometen, ¿son asesinados los peregrinos, los solitarios curas de las aldeas, por los juramentados?

—¡No, porque son pocos!

—Sabes que no, Longinos; no son tan pocos y más que suficientes para dar muerte o despojar a un anciano. Es que la Iglesia se ha vuelto su enemiga, pero ellos no lo son de la Iglesia.

Un amplio murmullo fue ganando rápidamente todos los ámbitos del salón, y muchos se preguntaban cómo Mateos se atrevía a tanto. Pablo Simón, clavado en su silla, escuchaba con los dientes apretados y los ojos fijos en aquel hombre excepcional.

Antonio, en su calidad de director de aquella casa de estudios, no pudo permanecer por más tiempo callado, y su voz firme y apasionada se abrió un camino de silencio en la maraña de murmullos.

—Yo pido consideración y benevolencia de críticas para con el padre Mateos, pues a pesar de conocerle desde hace pocos meses, le sé un ejemplo de virtudes cristianas que deberían aprovecharnos mejor a todos. Es puro, sabio y bondadoso, pero, triste es confesarlo, tiene una extremada indulgencia y simpatía hacia las fuerzas organizadas del enemigo de Dios. Yo comprendo vuestra santa ira, hermanos inquisidores, pero no entiendo cómo un padre tan bueno y valiente como lo es Mateos pueda recomendar tibiezas cuando lo que hace falta es extremar el rigor y escarmentar a esos depravados de una vez por todas. A mí me agradaría conocer a los dirigentes de esa famosa y temida logia para ver si pueden dar la más mínima señal de virtud y si merecen algún perdón. Aunque yo opino que si quemándolos aún crece su número, ¡qué no sería de darles libertad! Ved a esa pobre niña Voluspa, convertida en Hipatia, sacerdotisa de quién sabe qué diabólico y sangriento culto, a juzgar por el nombre maldito que tomó: ¡Hipatia, símbolo del paganismo y la idolatría!

Antonio volvió a sentarse y Mateos prefirió tragarse las palabras que le venían a la boca. Tras largas horas de conciliábulos, en los que solo se podía optar por una opinión, se resolvió someter a la joven a la llamada prueba del agua, pues según numerosas declaraciones no había testimonios suficientes de que esta se dedicase a la hechicería. El tormento, probablemente el más torpe y cruel de los muchos usados por la Inquisición, consistía en introducir al acusado, maniatado, dentro de un saco, clausurar su boca y arrojarlo a un río o lago bien profundo; si el infeliz lograba mantenerse a flote

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

algunos instantes, se atribuía el hecho a sus poderes mágicos, por lo que era retirado y conducido a la hoguera. En cambio, si se hundía inmediatamente, se pronunciaban oraciones en el lugar, se cantaba y elevaban símbolos religiosos, y una vez rescatado el cadáver del ahogado, se procedía a enterrarlo en sagrado, felicitando a los parientes por el éxito de la operación.

Pablo Simón salió asqueado de aquella farsa, envenenado por la ira impotente y la fingida piedad de aquellos verdaderos Judas.

Esa noche, al retirarse de las sesiones en que su grado oficiaba en la logia, lo alcanzó Mateos, invitándolo a su celda. Una vez allí, le dijo:

—Antonio, el director del colegio parroquial, viaja mañana hacia una ciudad próxima. He organizado un asalto a su carruaje a fin de poder conversar con él. Es un buen hombre, pero está cubierto del barro de los dogmas y las «autoridades». Luego, tú harás un viaje al extranjero: Longinos sospecha de tus experiencias y a la menor prueba te mandará a la hoguera. Mis vinculaciones ya no pueden protegerte.

—¡Hermano Once, no quiero irme de vuestro lado! ¡Vos también peligraríais!

—Pero yo soy imprescindible aquí, y mis cargos oficiales harían vacilar mucho a los fiscales del Santo Oficio antes de decidirse a acusarme. Por lo demás, yo ya había programado un viaje para ti; todo discípulo, tarde o temprano, debe realizarlo...

—¿Y adónde me enviáis?

—Al Asia Menor, India, tal vez China. Ya veremos eso luego. ¿Deseas asistir a la entrevista con Antonio?

—¡Sí, hermano!

—Entonces quédate tranquilo y aguarda mis noticias.

A la caída del sol del siguiente día, disfrazados de bandidos y muy bien armados, se emboscaron junto al Camino Real unos veinticinco juramentados. El cielo aparecía acolchado de nubes plomizas y los bosquecillos, que matizaban la amplia llanura al pie de las montañas, se hacían grandes, confundidos con sus sombras. Las promesas celestes de las primeras estrellas se mostraron a través de una rotura de las nubes, y a lo lejos brillaban otras dos luces que no eran las del cielo.

Instantes más tarde, el coche del padre Antonio estaba detenido junto a un árbol que cruzaba el camino, y los ocho hombres de su escolta del Santo Oficio fueron presos sin mayor resistencia. Estos, conjuntamente con el secretario personal acompañante y un licenciado que llevaba de pasajero, fueron amarrados, amordazados y llevados en andas hasta la vieja estructura de un molino abandonado.

Allí, en el salón que otrora sirviera de depósito del grano, quedaron solo Antonio, Mateos, otro hermano de la logia y Pablo Simón. El eclesiástico fue desatado e

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

invitado a sentarse. Los tres esoteristas llevaban sendas capuchas oscuras, por lo que el director les reprochó:

—¡Bandidos, impíos! ¿Por qué no nos robáis y me dejáis continuar mi viaje en paz? ¿Ya ni respetáis a los soldados de Cristo?

—¿Soldados? No sabíamos que Cristo os pagase para que le sirvierais... En cuanto a impíos, vuestra vida os está desmintiendo —exclamó el hermano Once, haciendo esfuerzos por no reír ante la cara de asombro que mostraba su interlocutor.

—¿Quién sois? No habláis como un soldado...

—Dicen «los que saben» que «un rey no habla con la lengua de un esclavo, ni este con la de un rey»... Padre Antonio, ¿prometéis no revelar nuestras identidades si os nos mostramos?

—Si con ello no daño a la Iglesia, sea.

—No empleéis sofismas: sí o no. Yo no soy el jefe de la logia, pero tengo suficiente grado como para representarlo... ¿Prometéis?

—Sí, os juro no revelar jamás vuestras identidades.

—Bien... ¡Descúbrete, Pablo Simón!

—¡El joven químico! ¡Tenía razón Longinos! ¡Ah, descarriado!

Hubiese seguido amonestando media hora si, al ver el rostro de Mateos, no se hubiese quedado mudo de espanto, asombro e ira a la vez. Mas, antes de que recuperase el habla, tuvo que reconocer en el tercer encapuchado a un profesor de griego del propio seminario.

—Es poco el tiempo que poseemos, padre Antonio. Oídmeme bien y, sobre todo, medita lo que oís; no me agradecería haber arriesgado la vida de más de veinte hombres inútilmente.

—¡Hablad!

—Gracias... Quiero que sepáis, ante todo, que lo que comentan sobre las logias herméticas es pura habladuría. Habrá fraternidades ocultas en las que se practique magia negra y se degüellen niños, no lo niego; pero nosotros nada tenemos que ver con ellas, así como vos no sois responsable de los crímenes que pueda cometer un cristiano sólo porque sea cristiano...

—¡Eso es una calumnia!

—Así exclamarán los eclesiásticos dentro de cinco siglos cuando se les acuse de pertenecer a la misma Iglesia que hoy quema a tantos inocentes.

—¡Se quema a los endemoniados!

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Jesucristo curaba a los endemoniados, no los mataba! Por lo demás, si creéis que la dulcísima, la mística criatura, tan pura y digna de ser santa como la que más, que dentro de unos días morirá a vuestras manos, está endemoniada, sería el demonio mucho más piadoso que Dios... ¿Pueden varios eclesiásticos ostentar parecidas virtudes? No es cuestión de llevar el crucifijo sobre el corazón, sino de colocar el corazón en el medio de la cruz, la cruz de la vida... El Cristo-Jesús que tan imperfectamente conocemos no es, en esencia, distinto de los Maestros que vinieron antes que Él, ni de los que se acercarán en el futuro. Lejos de todo personalismo, el verdadero cristiano debe amar la verdad a través de Cristo, el musulmán hacerlo por intermedio de Mahoma, y así todos. ¿Por qué luchar si todos tenemos idéntico Dios y sostenemos las mismas verdades? ¿No dijo Jesús: «Mis ovejas pertenecen a muchos rediles»? ¿No era la única verdad que hablaba por su boca la misma que, desde los libros que vos criticáis sin conocer de una de las religiones orientales, expresa: «Cualesquiera que sean los caminos por los cuales los hombres llegan a Mí, yo los recibo con los brazos abiertos»?

Antonio se revolvía inquieto en su banco; parecía estar sosteniendo tremenda batalla interior. Por fin, estalló:

—¡Todo eso es muy lindo! Pero Nuestro Señor supo quitar a latigazos a los mercaderes del templo, y eso es lo que hacemos con los infieles que profanan la sociedad cristiana. Si no les gustan nuestros países, ¿por qué no se van a otros, mahometanos o protestantes?

—Siempre que lo hicieron los exterminasteis junto con sus protectores. Monstruosamente amancebados van los religiosos y los políticos a través de toda la historia; la política está al servicio de la religión, y esta, desgraciadamente, al de la política.

—Gracias a ello, la Iglesia ha fundado una sociedad de naciones, uniendo pueblos que hace mil años estaban en continuas guerras.

—Sí, los une para luchar contra otros. Además, antes de que la Iglesia fuese lo que es hoy, en todo el mundo —y no en su cuarta parte— imperaba la religión de los Misterios; con sus restos construís cuevas, y aún os vanagloriáis. Esas serpientes misteriosas que habéis visto en México, en la India, Egipto o la Tracia, fueron en un tiempo símbolos mucho más universales que cualquiera de los ahora conocidos. La historia que habéis estudiado está tamizada por la Escolástica; mas si queréis ser justo «oíd las dos campanas». ¿Leeríais acaso pura y exclusivamente a historiadores contrarios a vuestra religión? ¿Por qué no han de ser leídos tratados de toda índole, a fin de conocer la verdad?

—Es que lo que vos llamáis «tratados de toda índole» son, precisamente, sostenedores de opiniones contrarias a la Iglesia.

—La culpa es de la misma Iglesia, que se ha hecho enemiga de la libertad.

—La fe excluye la libertad.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Pero la libertad no lo hace con la fe. Esta debe surgir de la comprobación de los hechos, como mensajera y augur de otros más elevados, resultantes de los primeros, y no cual una fuerza opuesta a todo lo razonable, contraria a cualquier progreso, enemiga de los que sienten, de los que piensan y de los que aman. Si la doctrina cristiana es fuerte, ¿por qué, en lugar de matar y perseguir a todo el que no la sigue, no lo rebate y humilla con el peso de la verdad, a través del razonamiento, de la pureza y amor de sus ministros? ¡Arracad ya todos esos dogmas de afirmaciones ridículas que Nuestro Señor jamás enseñó, y colaborad con la filosofía o como la queráis llamar, en la búsqueda de la realización, más allá de las formas en disonancia!

Hermano mío, el mundo está asqueado de «haz esto y no mires si yo lo hago». ¡Menos consejos y más ejemplos! Es una burla despiadada el creer que una mujer pecadora, asediada y acorralada por el deseo y la necesidad, se reforme luego de haber practicado una serie de ritos y oraciones. La desesperación y escepticismo que la embargarán, terminado que haya con esas prácticas, al notarse igual que siempre, la precipitarán aún más. La mujer de mi ejemplo «siente» que son mentiras y formalismos, pues el mismo sacerdote que la absuelve la ha criticado, y lo seguirá haciendo conjuntamente con las nobles señoras de las asociaciones religiosas. No hallará ella compasión, sino escarnio. ¡Ah, hermano Antonio! Tal vez no haya mujer en la tierra más despiadada para con sus congéneres que nuestras piadosísimas y refinadas señoras...! ¡Cuánto se esconde bajo las blancas tocas y recatadas mantillas! ¡Cuántos pecados frustrados, no por virtud, sino por falta de oportunidad, se visten ahora de angélicos sentimientos!

—Cierto es lo que decís, mas el sacerdote se ve obligado a criticar a los pecadores para que el mal no impere. Padre Mateos, ¿nuestro silencio no sería un poco cómplice ante toda amoralidad?

—Os agradecería no me llamaseis padre... No soy vuestro Maestro, y menos aún el Padre que mora en los cielos...

—Yo también que no me dijeseis hermano...

Mateos sonrió tristemente pero no cejó en sus esfuerzos. Sabía que el corazón de aquel clérigo era excepcionalmente bueno y puro. De costumbres ascéticas, pleno de caridad, solo estaba envuelto en dogmas como la mariposa en el capullo a punto de romperse.

—¡Sea! Sois mi hermano y no mi padre, ni yo el vuestro. Esa es la realidad; todo lo demás no tiene importancia. Nuestro único Padre es Dios, y nuestra sola patria, el universo.

—¿Y cuál es «vuestra Iglesia»?

—Si con ese término os referís a la organización religiosa encargada de adoctrinar a los hombres, os diré que la forman todos los seres más evolucionados de cada grupo, los más sabios y buenos, el alma de todas las religiones, mas sin banderías

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

político-religioso-sociales ni mantos de colores que los distinguan como «superhombres» ni «regaladores de salvación». Por el contrario, sus personas deben ser humildes e insignificantes en toda su apariencia, pues así sus obras aparecerán más grandes e importantes. Serán, ante todo, servidores de Dios, y no de causas económicas y sociales que cambian como el viento. Si vuestra pregunta se refería al local material donde se oficia, os respondo, querido Antonio, que ella es la Naturaleza toda, porque si las iglesias las erigieron los hombres para llegar a Dios, los maravillosos templos naturales los construyó la Divinidad en su afán de acercarse a los hombres.

—Todo eso es maravilloso, pero impracticable y no aconsejable, querido Mateos. No renunciemos al auxilio de Jesucristo. De no ser como somos, seríamos peores... Cae el sol... Más vale que me dejéis libre y os ocultéis en el lugar más lejano...

—¡Que no conturbe vuestro corazón mi seguridad ni la de mis compañeros! Todos hemos ofrecido nuestra existencia terrena en bien de la Humanidad, y poco nos importa que se termine dentro de dos meses o veinte años.

—Pero ¿qué ganáis o qué ganan los hombres con nuestra actual conversación?

—¡Mucho! Vos sois ahora el amo, en cierta forma, de este poblado; están entre vuestros dedos la vida de Hipatia y cientos como ella. ¡No cedáis ante las intrigas de Longinos, menos aún frente a la presión del terror en que nos tiene monseñor Pedro! Razonad un poco: si amáis lo que queda en forma original del mensaje de Jesucristo, luchad por detener, aunque sea en esta villa universitaria, la corrupción y el asesinato.

—¿Qué es eso?

—¡Callad!

Dos hermanos de la logia se habían precipitado dentro del cuarto.

—¡Apagad los fuegos y no hagáis ruido! Una partida del Santo Oficio se ha detenido frente al molino...

—Soltadme... ¡Yo los despistaré!

—¡Silencio, Antonio! Aún no terminó nuestra plática... Si vuestros compañeros de viaje intentan llamar la atención, los acallarán por la fuerza; en vos confío, y antes de amenazaros os ruego colaboréis para que esto acabe pacífica y fructíferamente.

Un juramentado, que se había adelantado con sogas y una mordaza, depuso su actitud al oír estas palabras.

Pablo Simón volvió desde uno de los ventanucos, anunciando:

—¡Desmontaron! ¡Vienen hacia aquí!

—¿Cuántos son?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Está muy oscuro..., pero no suman menos de treinta. ¿Qué hacemos, hermano Mateos? ¿Les salimos al encuentro?

—¡Calla, Pablo Simón! Derramando sangre no se solucionan las situaciones... Arriba hay un altillo bastante grande; allá ocultaremos a los prisioneros bajo unas bolsas en desuso, y lo mismo haremos nosotros.

El fragor de la puerta del molino al ser resquebrajada a culatazos los hizo apresurar y tomar precauciones extremas. Cinco minutos más tarde todos los pasajeros de la diligencia, excepto el párroco, yacían bajo montones de telas polvorientas, atados y amordazados, con sendos puñales amenazando sus gargantas.

—Estos métodos me repugnan, pero si no los utilizo, mando a la muerte a todos mis hombres, y tal vez a muchos de los vuestros —murmuró Mateos al oído del padre Antonio.

Este se removió intranquilo, arrebujándose bajo los sacos.

En ese momento, la vieja aunque sólida puerta del molino cayó pesadamente, resonando su grito de agonía en todos los rincones de la antigua construcción. Las botas claveteadas y el rumor de las armas se unieron en una sola ola sonora que se extendió rápidamente.

De pronto, uno de los presos, guardia del Santo Oficio, dio un puntapié a un tonel e intentó gritar. La pesada empuñadura de una daga le golpeó rudamente en el cráneo, y cayó desmayado.

Casi instantáneamente fue levantada la puerta-trampa, apareciendo por ella, como un engendro abismal, vestido con los rojos resplandores del fuego, el implacable y sanguinario Longinos. Tras él saltaron varios guardias armados de espadas. El fiscal inquisidor hurgó con su hierro los montones de escombros del suelo y echó a rodar varios barriles de los más cercanos, exclamando luego:

—¡Esto es perder el tiempo! Ya nos avisaron los campesinos de la partida de esos infieles criminales.

—¡Señor, abajo hay vino! —gritó un matarife que permanecía en la escalera.

—¡Pues bebed! Mas al primero que se emborrache le haré despellejar la espalda a latigazos y le colocaré dentro de un barril de sal. ¡En diez minutos partiremos tras esos endemoniados!

Una vez acalladas estas palabras, la negra figura se hundió por el hueco del que surgían blasfemias, vahos alcohólicos y luces vacilantes.

Cuando la horda inquisitorial se hubo marchado, llenando ese vacío el silencio y la oscuridad, los miembros de la logia descendieron llevando a sus prisioneros. Todos ellos, excepto el párroco, ignoraban la identidad de sus raptos, y fueron abandonados en el depósito del molino, sólidamente amarrados y amordazados.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Estos lugares se han hecho peligrosos, Antonio; os llevaré a nuestro «monasterio secreto».

—¿Cómo os confiáis?

—¿No nos habéis prometido no revelar nada? Además, os vendarán los ojos de tal manera que no sabréis adónde nos dirigimos y os desorientaremos en cuanto a distancia y direcciones.

Aprovechando las sombras de la noche, pequeños grupos de hombres, celosamente arrebujados en capas oscuras, fueron llegando a «Las Ruinas».

Ya en la celda de Mateos, desvendaron los ojos del párroco y quedaron a solas con Pablo Simón.

—No creo que estemos lejos de la parroquia —aventuró Antonio.

—¿Qué más os da? ¿Veis esa lámpara?

—Sí..., su luz es extraña, absolutamente blanca, y el pabilo surge de un licor dorado...

—¿Sabéis lo que es?

—No... —los ojos del fraile se elevaron lentamente hasta los de su interlocutor; había un vago terror en ello cuando preguntó—: ¿Es acaso una de esas luminarias diabólicas que arden siglos enteros sin que se les renueve el combustible?

Mateos no pudo menos que sonreír; no así el joven que observaba la lámpara con los ojos agrandados de asombro, y tan pálido como la luz que lo alumbraba.

—Sí, esta es una de aquellas a las que la ignorancia de la gente común le adjudica origen extraterrestre —aclaró el instructor—. Mas no temáis, Antonio; fue construida por mí mismo hace unos doce años, y su licor, a base de oro, ha sido destilado por el jefe de esta logia. No hay en ella milagro ni pezuñas de diablo, sino industria, paciencia y la mejor buena voluntad de servir a la Humanidad. Últimamente, el caballero chipriota Podocataro ha escrito sobre ellas en «Cosas de Chipre», en 1566. Y mucho más antiguos son los datos de Clemente de Alejandría, Hermolao, Plinio, Buratino, Citecio, Liceto y tantos otros que, estando más o menos iniciados en los Misterios, las conocían y fabricaban. ¿No os es sugestivo este pasaje del Éxodo, XXVII, 20?: «Manda a los hijos de Israel que te traigan el aceite más puro de los árboles de olivos, sacado a mortero, para que arda siempre la lámpara». Aquí, sobre los velos del original, se han agregado algunas palabras que desorientan al estudioso, mas sin entrar en polémicas sobre terreno tan delicado, se ve bien claro que el gran Iniciado hebreo conocía las «lámparas eternas» y su utilización en magia ceremonial.

—Por lo que entiendo, Mateos, los filósofos siempre afirman que las sagradas Escrituras están adulteradas en toda parte no acorde con sus sistemas.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—De ello se pueden inferir dos ponencias, a saber: que los filósofos mienten a fin de desprestigiar a los eruditos de moda, o que todo aquello que concuerda con la filosofía ha sido adulterado ex profeso. Mi opinión, así como la vuestra, son interesadas; recurrid a las Biblias de hace doscientos años y comparadlas con las de ahora; luego, al ver tales variantes, deducid el tamaño de las efectuadas en un milenio y medio de continuas traducciones y recopilaciones, sin contar con las afirmaciones «ex cátedra» y el fruto de los concilios.

—En la actualidad se intenta volver a la versión estrictamente original del Antiguo Testamento; los doctores de la Iglesia pasan años y años investigando... Dominan el hebreo...

—¡No, querido Antonio! ¡Utilizad vuestro discernimiento, atreveos a pensar!

—¡Padre Mateos! ¡Yo no soy un mozo de mulas ni un herrero!

—Pero los prejuicios y las supersticiones os impiden utilizar ventaja alguna. Lo que se intenta es presentar los textos de tal manera que Jesucristo resulte el único Maestro divino, y que, aunque otros anteriores hayan dado las mismas enseñanzas, estas sean malignas y diabólicas. ¿Cómo puede una misma verdad ser buena hace mil quinientos años y mala tres mil años antes por el solo hecho de ser entonces proclamada por un Hermes Trimegisto o un Orfeo? ¿Cómo pretender, dentro de los límites de la lógica y la justicia, que el niño Apolo en brazos de su madre es una «réplica anticipada por el demonio» de la Virgen María portando al Niño? ¿En qué se fundamenta la creencia de que algo anterior sea plagio de lo posterior, si en todo caso lo evidente es lo contrario? Podréis oponer aseveraciones prepotentes a mis palabras; mas el cielo seguiría viéndose azul a pesar de que cien o mil locos asegurasen enfáticamente que es verde... La verdad no es obra de los hombres; estos solo pueden descubrirla...

—¡Ay, callad esas blasfemias! Os lo ruego, no confundáis mi espíritu...

—Si vuestro espíritu se confunde ante la verdad, arrancáoslo, pues ese es solo un ladrón disfrazado de rey. Sacad al usurpador, asead el palacio y veréis cómo su legítimo dueño despierta y corre a habitarlo.

—¡En nombre de Dios, oídmel! ¿Qué parecido halláis entre el perfectísimo Padre universal, suprema fuente de bondad y justicia de que nos habla Jesucristo, con el Júpiter pagano, rodeado de rayos mortíferos y cometiendo incestos con sus hijas?

—El mismo existente entre Ju-Piter, Padre espiritual omnipresente, causa de las causas, raíz de toda deidad, unido con Juno, el espacio primordial, su contraparte femenina, y el Jehová que pintan las leyendas de la Biblia tomadas en su faz externa. ¿Acaso no es ese un dios insaciable, injusto, pues cría deformes a sus hijos y luego los castiga por defectos de los que no tienen culpa? ¿No se funde con ellos, haciéndolos pecar, y es a la vez padre incestuoso y provocador de toda clase de adulterios? ¿No se compra y se vende por unas dádivas, pisoteando la moral y la justicia? ¿Su propio

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

nombre, por fin, no significa escrito en hebreo «macho-hembra», imagen saturnal de las potencias sexuales y perversas del Abismo?

—¡No le describió así Nuestro Señor!

—No le describió de ninguna manera. Pero como tal aparece en el Viejo Testamento, y vosotros lo habéis reconocido y afirmáis que Jesucristo es su único Hijo... Así habéis destruido su obra. Él vino para elevar una religión envilecida, para «hacer cumplir la Ley», que yacía aplastada bajo el formalismo más absurdo, y a su nueva ley la habéis reducido al mismo estado, bajo la ignorancia. Se nos enseña que el Maestro fue perseguido por curar enfermos en día sábado. ¿Y hoy no se persigue igualmente al que trabaja los domingos, o al que da de comer a un perseguido hebreo, protestante o simple pensador?

—¡Callad, callad, os lo ruego! ¡Me hacéis daño, mi corazón sangra!

—¡Dejadlo que sangre, que es una prueba de que aún vive! El dolor forja el autorreconocimiento espiritual y solo ello permite mejorarnos y hallar la senda de Dios... ¿Podéis oírme en paz?

—No podría tener paz en estos instantes, pero tampoco dejar de oíros...

—Bien... Ante todo, yo no os digo que la Biblia sea un gran cúmulo de vanas leyendas y necedades. Eso os lo diría un materialista de los que surgen como lógica reacción ante la imposición de los credos reñidos con la razón y la lógica. La verdad habita en las páginas de ese libro, sí, pero oculta bajo velos y alegorías. Jesús reconoció que al pueblo no iniciado le hablaba sólo por medio de parábolas y que reservaba los Misterios del reino de los Cielos para sus discípulos directos. Desgraciadamente, hoy se han despreciado las claves internas y se ha reducido este libro sagrado a un cadáver sin alma, manojo de cuentos infantiles, absurdos e irrisorios si se toman al pie de la letra... Por ejemplo, cuando Caín mata a Abel, y va a buscar mujer a la tierra de Enoch, ¿qué mujer iba a hallar si la única entonces era su madre Eva?

—Esos son los Misterios de la Biblia... Más vale callar ante lo que no se sabe.

—De eso se trata, de guardar silencio y de no enseñar cosas que, ignorándolas, pueden ser dañosamente interpretadas. Habría que dejar a cada uno interpretar estos pasajes según su grado y modalidad personal, o bien borrarlos de las ediciones públicas.

—¡También a vos os atacó la Reforma!

—¡Ay, Antonio! La Reforma y todas sus escisiones son solo los comienzos de la desintegración de toda una máquina colosal, muy bien montada, pero con arena en sus cimientos. Solo el conocimiento de la verdad hace libres a los hombres, y las distintas sectas parecen rivalizar en ignorancia. ¡Inútil es cambiar de yugo: lo esencial es dejar de ser buey! Oíd mis palabras, Antonio, porque ellas son los heraldos de la fatal realidad de los hechos. Los siglos venideros reirán ante los «cuentos» bíblicos, frente a su aparente cronología en la que los hombres disminuyen ochocientos años de longevidad en media

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

docena de generaciones, y del desmañado «pueblo elegido». Estudios arqueológicos, fisiológicos y etimológicos, pulverizarán la letra muerta y solo los no instruidos creerán en eso, mientras que los inteligentes comenzarán por ridiculizar la Biblia para terminar negando a Dios. Cuando el mundo advierta que detrás de esa letra muerta hay un espíritu de verdad poderoso, que son anales extraídos y recopilados de otros decenas de veces milenarios, que allí todo es simbólico y que el mal no estuvo jamás en ellos, sino en las mentes de quienes coartaron la libertad de pensar, será tal vez demasiado tarde. Entonces, otra vez la voz de la Divinidad retornará a la Tierra, y este mundo nuestro se hundirá en el olvido, junto a tantas y tantas religiones que, llenando un papel fugaz en la Historia, han dejado paso a las formas que todos conocemos. Nos enseña Platón que las cosas duran tanto como aquello con lo que se identifican: si la fe se hubiese identificado con la verdad, esta sería eterna; mas sus uniones ilegítimas con la violencia, la prepotencia intelectual y la impureza, solo pueden concebir hijos bastardos que, en breve tiempo, tal vez cinco o seis siglos, mutilarán a su madre hasta matarla, dando paso a un espantoso ateísmo, tumba de todo lo real, de todo lo bueno.

—¡Perdón, Mateos, mas ya no puedo pensar! ¡Necesito dormir, estar solo!

La voz del párroco se había elevado violenta y torturada, enronquecida de angustia, tal vez de remordimiento...

Dos días después, Antonio se disponía a partir de las catacumbas; su rostro figuraba algo avejentado. Indudablemente, había sufrido mucho en sus monólogos mentales, pero en su frente se asomaba una expresión de pensamiento; muy trabajosamente había superado su ceguera, reemplazándola por el conocimiento divino, lógico ante la razón y armónico ante la Naturaleza. Para él, los hombres habían dejado de ser criaturas malditas, juguetes de un Padre que, no sabiendo qué hacer con su propio poder, creaba seres a fin de que le sirviesen y le cantasen loas. No: el horror de creer en la injusticia de Dios, de aceptar que Él pudiese enfurecerse, y que más que la virtud de las obras pesasen las etiquetas que garantizaban en nombre de qué religión se habían efectuado, había terminado como una pesadilla; ahora amanecía lentamente en su horizonte espiritual.

Conocía, al menos, los esbozos de la Ley única y universal que, adaptándose a las necesidades de cada ser, se transformaba en multitud de leyes armónicas, cíclicas, eternas dentro de un período de manifestación objetiva. Ahora a la Divinidad la concebía como el compendio maravilloso de todas las almas del universo, coronadas por el Inescrutable Silencioso; sabía que la mayor o menor perfección de los seres dependía de ellos mismos, que eran todos herederos de sus propias obras, que el «Rey» era el más puro y el más sabio, no importando qué nombre se le diese a la Divinidad, ni la época en que hubiese actuado en cuerpo carnal. Anaxágoras, Platón y Aristóteles no tenían que ser forzosamente condenados por el solo hecho de haber nacido antes de Cristo, sino que sus virtudes pesaban tanto entonces como diez o veinte siglos después. En fin, que lo que contaba para la reintegración de las almas individuales al Hogar Único, no era el pertenecer a una u otra religión sino sus virtudes y realizaciones, pues el ser inmortal se pulía poco a poco a través de distintas experiencias, hasta ser «perfecto

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

como su Padre en el Cielo», y que antes de tener el carácter de hombre, tuvo que pasar por actuaciones en otros mundos, en los reinos mineral, vegetal y animal.

Antonio temía que los clérigos advirtiesen su aventura; se sentía distinto. Él mismo confesó a los hermanos que lo iban a despedir:

—Llevo «algo» muy grande dentro; temo que me rebase por los ojos y...

—¿Teméis morir, Antonio? —le preguntó burlón Mateos.

—Vos no sabéis cómo está mi alma. Antes creía que los ajusticiados por la Inquisición eran bestias demoníacas, incapaces de sentir ningún dolor; ahora los sé seres humanos, con familias carnales y familias de sueños, con proyectos y esperanzas. ¡Yo he ayudado a matarlos! ¡A cuántos niños habré puesto tristes; cuántas esposas estarán desamparadas y empujadas al vicio; cuántos criminales satisfechos con los despojos! ¡Ah, Mateos, no quiero volver allá; dejadme despegarme del alma todo este lodo!

Su voz se hundió súbitamente en un sollozo y se hincó de rodillas, abrazado a las piernas de su instructor. Este lo alzó prontamente y con las palabras más firmes y dulces lo llevó consigo a su celda. Pablo Simón quedó ayudando, junto a los demás hermanos, silencioso y profundamente emocionado.

Mateos y Antonio retornaron a los pocos minutos; al último se le veía extraordinariamente pálido, pero más sereno. Uno de los conjurados se acercó con una venda.

—¡Ya no necesitáis cubrirme los ojos; esta es mi casa y vuestro ideal es también el mío!

—Lo siento, Antonio —le respondió Mateos—, pero si bien nos está permitido arriesgar nuestras personas, no ocurre lo mismo respecto de la logia.

Antonio aceptó la venda y cerró apretadamente los ojos, como un avaro que clausurase las tapas de sus arcones con el fin de retener su fortuna.

El tiempo prosiguió su marcha, dejando la huella de los días pasados sobre el mundo. Otra vez la nieve amortajó las ramas peladas de los árboles, pero ellos no estaban muertos; solo dormían.

Mientras tanto, Hipatia yacía en un calabozo subterráneo, casi agonizante, en medio de crisis nerviosas y largas jornadas de aparente torpeza. El párroco, influenciado por su conciencia y por la logia, hacía lo posible para atemperar los odios de los inquisidores.

Pablo Simón se tornaba cada vez más silencioso, y sus paseos campestres se alargaban. Varias veces había intentado visitar a la pitonisa, pero sin éxito. Ella, por su parte, se negaba obstinadamente a todo esfuerzo por salvarla. Solo deseaba morir, pero las torturas físicas, psicológicas y mentales a que la sometían convertían ese deseo en una farsa. Sus carnes eran atenazadas y su moral se relajaba, o intentaba relajarse, con actitudes y conversaciones obscenas. El fruto de tales atrocidades era un miedo pega-

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

joso que se adhería al alma de la joven, deformándola lentamente, y separando por fuerza sus principios morales lejos del cuerpo.

Un mediodía en que Pablo Simón pasaba junto al patio interior de la cárcel inquisitorial, anexa a la casa parroquial, vio a través de la mirilla de la puerta a un ser que emitía los más espantosos gritos que hasta entonces había oído. Era una anciana harapienta, de cabellos cenicientos y putrefactos, que trataba desesperadamente de huir del sol, siendo obligada a permanecer bajo sus rayos por unos guardias armados de látigos cortos. Pablo Simón se estremeció y apartó la vista horrorizado; quiso volver a mirar, pero un guardián entró en ese momento dándole orden de marcharse.

—¿Y quién es esa anciana? —preguntó con la garganta seca y áspera.

—¿Esa? Es una bruja. Se hace llamar Hipatia. Le ha dado otro de sus ataques.

La pesada puerta cerrándose tras el soldado, le salvó de dos manos de hierro que, crispadas, habían saltado en dirección de su garganta.

Solo un esfuerzo grandioso, utilizando al máximo las ventajas logradas por la disciplina integral a que se había adaptado desde que pertenecía a la logia, le permitió retirarse sin ruido. Con los dientes apretados hasta hacer brotar sangre de sus alvéolos, y las uñas cortando la piel de sus palmas, empezó a caminar como una máquina, sin rumbo ni sensación de cansancio.

Los hombres desesperados deben infundir miedo y horror en los seres simples de la Naturaleza, pues sus antiguos amigos, los pájaros, huían despavoridos ante sus pasos, y los árboles parecían acallar los mil labios verdes de sus hojas al acercarse el joven Iniciado.

Al fin, se le doblaron las piernas y cayó exhausto, de cara contra el césped. No tuvo noción exacta de cuánto tiempo permaneció así, pero al reintegrarse su conciencia, se vio en medio del maravilloso bosque de cedros que llevaba a un profundo valle, a unos diez kilómetros de «Las Ruinas». La oscuridad era casi nocturna y el cielo aparecía sombrío y amenazador.

Pablo Simón consultó su reloj de bolsillo y consideró que no habían pasado más de cinco horas desde su terrible descubrimiento. El brutal recuerdo le conmovió como un hálito helado.

El silencio era acentuado por la oposición de truenos formidables que resonaban en las laderas de las montañas vecinas. Los pajarillos se apresuraban a rebuscar y revolver entre el colchón de hojas caídas y el musgo, a fin de resistir la lluvia y el frío bien alimentados. Toda la Naturaleza estaba a la expectativa, en silenciosa tensión. Pablo Simón, atrapado por el encanto primitivo de la escena, fue un ser más en la espera de la tormenta. De cuando en cuando, ráfagas cortas y violentísimas quebraban las ramas altas, pero estas no llegaban al suelo, pues sus hermanas más humildes, como reconocidas ante el sacrificio de quienes señalaban el Cielo, las sostenían sin dejarlas caer.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

¡Qué buen ejemplo para los hombres!, pensó el joven. Entre estos, cuando cae uno de los que forman las avanzadas a las más altas capas sociales, los de abajo le ayudan... ¡a precipitarse más rápidamente! En cambio aquí, en el bosque, los árboles tronchados mueren en los brazos de madera de sus hermanos.

El fogonazo vivísimo de un rayo le arrancó de su contemplación y vio cómo gruesísimas gotas comenzaban a martillar las hojas, los troncos y el suelo. Pablo Simón caminó unos pasos y se refugió bajo un árbol de excepcional follaje. Una música monótona y mágica empezó un «crescendo» a su alrededor. Pero era una música muy particular, pues por tal los hombres entienden un conjunto de sonidos armónicos en un todo opuesto al silencio. Esta asemejaba la danza del alma del silencio, que festejaba su soledad y el reencuentro consigo misma: era una danza hecha en puntas de pie...

Los ángeles del perfume iban surgiendo del seno de los vegetales húmedos, al insistente llamado de las gotas. El encantamiento se hizo profundo y poderoso; el agua cristalina, resbalando por las ramas del árbol, bajaba por su enorme tronco en murmurante cascada. Una gran mancha de espuma se fue extendiendo entre las raíces esparciendo aromas tan exquisitos y raros que Pablo Simón, hipnotizado, terminó por sumirse en un estado de dulce abandono, próspero a toda introspección.

De pronto, como dibujada en la cortina de lluvia, fue apareciendo una forma blanquecina, rodeada de un halo sonrosado. Imposibilitado de moverse y de pensar claramente, sólo pudo ver y oír; ambas cosas parecía hacerlas al mismo tiempo, pues percibía más bien las vibraciones compenetradas. La visión se hizo súbitamente clara y precisa, ganando en profundidad. Era Hipatia, sí, Hipatia, que se hallaba parada ante él, con aspecto muy sufrido y fatigado, pero sonriente. Se le acercó más aún y le tomó de la mano; instantáneamente, y sin notar la sensación de traslado, vio un paisaje semejante pero distinto del que antes le rodeaba. Se veía él mismo, pero vestido diferente, bajo un gran árbol, junto a un hombre alto y delgado; llevaba atavíos parecidos a los de los peregrinos montañeses...

Cuando el joven retornó a su conciencia normal, se vio igual que hacía unos minutos, al pie del gran árbol, pero poseía algo nuevo. Realizaría el viaje; debía buscar aquel lugar y a aquel hombre.

A medianoche, Pablo Simón llegó a «Las Ruinas». Allí le esperaba Mateos, quien le informó:

—Nuestra hermana Hipatia ha perdido la razón al mediar la tarde...

—No fue ella, Mateos, sino su cuerpo carnal, que se ha separado de su alma. Ella se va conmigo al Oriente...

Mateos, por primera vez, contempló con franca admiración a su discípulo que, para su fortuna, paulatinamente dejaba de serlo...

A medida que se aquietaban las aguas del estanque, se dibujaba la mancha ovalada de un rostro. Finalmente, se precisaron los rasgos: cabeza y cara rapadas, ojos ligeramente hundidos y mejillas enjutas, pero firmes. Sí, ni él mismo podía reconocer en aquella apariencia al Pablo Simón Fosoletoe, aquel profesor de química del colegio parroquial, o al discípulo vacilante y un poco atormentado del hermano Once.

Hacía ya diez años que había abandonado «Las Ruinas», y más de seis que estaba unido al filósofo mendigo, al gurú¹ que recorría la India y la China dejando una estela de paz en las almas y salud en los cuerpos enfermos.

—¡Lanú!,² ¿Dónde estás, «hijo mío»?³

—Aquí, Maestro, contemplándome en las aguas...

—Cuida de no creer que el reflejo eres tú...

El que así hablaba tenía una edad extremadamente indefinida, pequeño, de cuerpo enjuto del color del oro, con la cabeza y el rostro rapados; podía contar cincuenta años como cien o más. Una túnica blanquísima de lino y una especie de capa de lana toscamente tejida, sin teñir, eran todo su ropaje. Un par de anillos y un collar de extraños metales y piedras preciosas completaban misteriosamente su atavío. Tal vez, lo más extraordinario de esa personalidad eran sus ojos, de tal profundidad y poder que atraían con el hechizo de las estrellas en las noches serenas.

—¿Así que estabas contemplándote en las aguas? —preguntó el asceta sonriendo bondadoso—. Pero me parece que no te veías...

Pablo Simón, o Sani, como se llamaba en Oriente, sonrió a su vez, captando el doble sentido de la frase.

—Hablé impensadamente, seducido por Maya...⁴

—Ese es uno de los mayores errores de los hombres; saben cómo hacer las cosas, pero llegado el momento las realizan como si no lo supieran. Ya lo ves, el problema no está en saber más, sino en vivir lo que se sabe. Tu confusión ha traído a mi memoria una parábola de ese gran instructor religioso que fue Sidharta Gautama, el Buda, pero tú la conoces tanto como yo...

¹ Maestro, instructor en asuntos espirituales.

² Discípulo aceptado.

³ Denominación que solo recibe el discípulo con cierto grado de Iniciación en los pequeños Misterios, por parte de su Maestro.

⁴ Ilusión, lo relativo al mundo objetivo.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Pero me encantaría oírlo de nuevo de tus labios. Siempre será la misma, pero a la vez diferente, como las flores que observamos todos los días con renovada satisfacción.

—Dícese que hace más de dos mil años abundaban extraordinariamente las manadas de elefantes en los grandes bosques, y uno de ellos, macho de singular corpulencia, había intimidado a su paso a un monje peregrino, quien se ocultó a fin de protegerse y observarlo a su gusto. El animal, que parecía encarnación de la potencia física, se acercó a un estanque y estiró la trompa para beber, pero ni bien vio su imagen en el agua, retrocedió espantado y sus trompetazos retumbaron a gran distancia.

Al peregrino le tomó ante ello una gran risa, y se burlaba a grandes voces del paquidermo. El Iluminado, que debía pasar por allí, lo encontró y reprendióle por sus mofas hacia un animal como el elefante, agregando que él era tan digno de burla como la bestia. «¿Por qué, hermano?», inquirió el monje. Y Gautama le respondió: «Porque también te engañas. Te ríes del elefante pues él creyó ver otro elefante enorme amenazándole y, en cambio, afirmas que se veía a él mismo... ¡Gran error! Tan solo miraba la imagen de uno de sus vehículos, el más denso; no se veía a 'él'. Así, los hombres observan su cuerpo y dicen 'este soy yo', mas el 'yo' no debe identificarse con ninguno de sus siervos. De este modo, una vez liberado alcanzará el Nirvana, o sea, la actividad pura en el seno del Amor y de la Mente de Dios, lejos de todo movimiento grosero, pasiones, psiquismos y angustias, motivos todos de los sucesivos renacimientos. Mientras queráis vivir en el mundo, aquí viviréis, pues los deseos del hombre trazan su ruta futura». Así habló el Buda, ¡oh, lanú!, y sus palabras, junto a las de los demás Maestros de la Humanidad, son nuestras amorosas lámparas nocturnas...

—Mas ¿es plena verdad que la voluntad del hombre forja los límites de su libertad futura? —preguntó el discípulo.

—Tú sabes lo que es el karma...

—Sí, es la ley de causa y efecto que rige los mundos manifestados. Me has explicado, ¡oh, sabio!, que ella es semejante a la corriente de un río.

—Así es; si un hombre sumergido en él se deja arrastrar inerte por la corriente, el agua le choca suavemente solo para impulsarlo, y él ejecuta el menor esfuerzo posible. Si, en cambio, se aparta neciamente hacia las orillas sembradas de peñascos, o se rebela contra el impulso del río, nadando aguas arriba, recibirá el encontronazo de las olas, tan grandes cuanto lo sean sus esfuerzos. A la corta o a la larga, el nadador retorna al centro del río sin más luchas, pues el impulso del agua no conoce el cansancio, ni disminuye, ni aumenta; el nadador vuelve al seno de la ley en virtud del cansancio y el dolor producidos por él mismo. Así, lanú, contempla que el dolor es el más piadoso de los dioses, pues anuncia las irregularidades, y siempre trabaja a nuestro favor. Él es la prueba palpable de nuestro relativo libre albedrío, pues de no tenerlo, no podríamos (no querríamos) oponernos en nada a la Ley, y el dolor sería desconocido. No accionando, no provocaríamos reacción.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Hermano, ¿y aquellos que mediante esfuerzos se adelantan a todos, y los trabajos que realizan en bien de la Humanidad les proporcionan un sinfín de dolores?

—Esos tampoco van en brazos de la ley normal, del río que lleva a todos los demás hombres; esos, amado joven, por seguir otro río más celeste, superior a los conformados de agua, se adelantan a la corriente y tienen que combatir con su relativa inercia; a mayor esfuerzo en lo físico, cosechan más dolor, pues el ángel que cuida su evolución individual carece de la visión que tienen los hombres cuando penetran en los Misterios Internos del Templo del Servicio. Al fin de una época, llegan al lago en que desemboca el río, y los muy piadosos suelen lanzarse de nuevo a la corriente, a fin de ayudar a sus hermanos. A estos, en Oriente, los llamamos Nirmanakayas, los que renuncian por amor al Nirvana o Moksha, el lago tranquilo y sereno, el Cielo o Paraíso de los occidentales cristianos .

—Sí, gurú; mas a ese río, la gran Ley que llamamos Dharma, ¿quién le dio impulso? ¿Por qué marcha el río llevando en su seno a los hombres y a todos los seres de la presente emanación?

—¿Quién motivó las alternativas de tu actual existencia física?

—Yo mismo; se me ha dicho que soy el heredero de mis propias obras, y así lo reafirma la vida a mi alrededor.

—¿Y no se te ha dicho que «así es arriba como es abajo»? El discernimiento y la intuición son auxiliados eficazmente por la ley de analogía. Tú mismo has dado el primer impulso, y tú sofocarás el último. Cuando algún viajero suele visitar estas regiones, se burla del brahmán que dice en sus letanías: «Yo soy Brahma», o sea, «Yo soy Dios». Pero ese está más cerca de la verdad y la Naturaleza que todos los filósofos especulativos y los teólogos dogmáticos de las religiones populares. En verdad, él, tú y yo somos Dios, pues de no serlo, la Divinidad estaría limitada por nosotros, y eso no es posible.

—Así debe ser.

—Toda especulación sobre la Divinidad es muy hermosa, pues nos enseña a mirar hacia lo alto, pero es tan inútil como hacer agujeros en el agua. Nuestra mente es finita; como tal, trabaja con elementos finitos, aun en las abstracciones, así que le es imposible comprender o abarcar lo infinito. Tú vienes de Occidente; allí se acostumbra a hablar y discutir sobre Dios; lo limitan, lo personifican, lo reducen a un ser común, el mayor, pero no distinto en su bondad ni en su ira al resto de los manifestados, de los limitados.

El concepto oriental, aun el de las religiones en su faz externa, es distinto e idéntico al que tenían los filósofos occidentales en épocas anteriores a la floración y ruina del gran Imperio romano. El oriental afirma que el hombre sólo puede conocer a «su Dios», es decir, al espíritu regente de este sistema solar, pero jamás al Absoluto. Antes de proyectarse a las alturas, conviene a todo aspirante a la sabiduría conocer el

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

mundo en que vive, pues en él están los arcanos, las llaves de los otros superiores. Buscad vuestra alma y hallaréis el alma de Dios; estudiad la génesis de los cuerpos y deduciréis otras creaciones más sutiles; investigad sobre los gnomos, hadas, silfos y demás «elementales», y entonces estaréis en condiciones de tratar sobre los ángeles o demonios, como aquí los llamamos.

—¡Occidente algún día resurgirá del pozo en que está sepultado y se lanzará al encuentro de su destino que, según entiendo, no es el de servir de matadero de hombres ni de cementerio de ideales espirituales!

—Si eso lo dices por simple amor a los hombres, me congratulo contigo; mas si tan solo impulsan tus palabras un nacionalismo o sectarismo atávico, te digo que lo importante es que la Humanidad se eleve sobre las miasmas de la ignorancia, la crueldad y el egoísmo; no importa qué pueblo la encabece, sino que ninguno quede retrasado. Y, más allá de ese trabajo, queda todavía establecer una síntesis filosófica que nos permita ver el «tablero de ajedrez» totalmente, quiénes juegan y para qué lo hacen. Se puede matar con el análisis, pero tan solo vivificar con la síntesis, la integración.

El instructor cesó de hablar y se quedó contemplando cómo pasaban a la carrera, a la distancia, por un sendero, unos muchachitos renegridos, sucísimos y casi desnudos. Se habían acostumbrado a correr agachados, como las bestias débiles de la selva. Sani se volvió hacia él, preguntándole:

—¿No se puede hacer nada por estos infelices «parias»?

—Esos tienen un karma muy malo, pues todos los egos de inferior evolución encarnan en los cuerpos de su raza; pero son un ejemplo viviente de la corrupción brahmánica, en lo que a lo popular se refiere. En la Antigüedad, los brahmanes más inteligentes y elevados eran los protectores amorosos de las clases inferiores, y colocaban a sus componentes en trabajos adecuados, simples, mas no humillantes, sencillos sin ser inhumanos. Pero, poco a poco, se «emborracharon» con su fuerza, y los que antes eran hermanos menores se convirtieron en despreciables semihombres, los «intocables». El Buda vino para restituir la primitiva grandeza de ese culto, así como Jesús procuró regenerar el hebraísmo primitivo, tan corrompido en la época de su advenimiento... Ambos instructores fracasaron parcialmente, pues los que verdaderamente siguen sus ejemplos y enseñanzas son relativamente pocos; los más permanecieron en su degradada situación moral o invocaron aquellos nombres santos para arrogarse el derecho de matar, robar y destruir en provecho propio. Todas estas religiones son, ¡oh, lanú!, fracasos que acumulan en los hombres y en sus rectores inmediatos experiencia suficiente para arribar en el fin de esta época a la gran religión universal, sin sectas, dirigida únicamente al «sin-nombre» Dios del Amor, y serán sus representantes en la Tierra todos los hombres puros, buenos y sabios.

Nuevamente calló el instructor y marchó lentamente hasta la cabaña de ramas y piedras que les servía de habitación. Esas tierras, nevadas y frías en invierno, gozaban ahora de una exuberante vegetación de arbustos al amparo de la cálida temperatura.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El sabio peregrino se entregó sin más trámites a su meditación del atardecer; frente a él ardía una lamparilla alimentada con aceite de secreta y complicadísima obtención.

Sani lo imitó silenciosamente, y fijó sus ojos de firme mirada en el rojizo disco del sol poniente. El verdadero yoga, no consistente en los diversos ejercicios de purificación o Hatha Yoga que habían trascendido hasta Occidente; la real unión con el yo superior mediante la meditación; el estudio de la Naturaleza y la recta acción, lo habían hecho dulce y caritativo para con los otros, pero férreo, estricto y exigente para consigo mismo. La bondad, la pureza y el trabajo le habían tornado poderoso. Veía indistintamente a los seres que se revestían con cuerpos físicos. Conocía muchas secretas virtudes de las plantas y las piedras preciosas. Los animales del monte venían ya a comer en sus manos, y mantenía frecuentes entrevistas con misteriosos seres que habitaban en las cumbres de las montañas y en el corazón del gran desierto.

—¡Sani! Escúchame... —la voz del anciano atrajo su atención y el joven estuvo a su lado de inmediato; su acento parecía emerger de las mismas mansiones del Misterio; tenía solemnidad.

—Esta noche consultaré a los ángeles del Fuego sobre el derrotero de tu viaje. Me acaban de avisar que debes continuar sin mi presencia física...

—¡Oh, amado instructor! Creí que a tu lado lograría la liberación... En verdad, no deseo separarme de ti ni aun físicamente. En tu compañía aprendí a entender el misterio del murmullo de las hojas, el de los rubíes en el centro de las rocas y la voz misteriosa del mar, que siempre repite la misma nota musical y atestigua la misma palabra: AUM... Tú me has iniciado en lenguas sagradas, que son más antiguas que la forma de los pájaros...

—¿Y todo eso te dio liberación, paz, bondad, sabiduría interna?

—Si no todo eso, me proporcionó parte de esos divinos atributos.

—Bien, ahora te abandono para que halles el resto. Las virtudes del alma, querido joven, son también seres vivos; si se las disecciona sin habilidad y no se unen a tiempo sus partes, todas ellas mueren y se pierde el trabajo. Gran mal es en el hombre no discernir con claridad; muchas veces intenta extraer más pulpa de un fruto al que tan solo quedan semillas y cáscaras. No: cuando una fuente nos ha dado todo, debemos buscar otra que nos dé más, pues nosotros no nos enamoramos de las fuentes, sino del agua que en todas mana. Hay un período en la evolución del individuo en que este necesita amar al Maestro en sí para progresar; pero luego, superada esta infantil etapa, ama la sabiduría única en todos los Maestros. No debemos amar a las personas por su divinidad, sino a esta a través de las personas.

—Comprendo, ¡oh, Sin Edad! No me pides que no te aprecie, sino que lo haga extensivo a todo el universo, pues lo que amo en ti es el mismo Dios; dentro de quinientos o mil años te encontraré nuevamente y tendrás otro rostro. Sin embargo,

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

igual te amaré, pues tú no varías de expresión; tú trasciendes las formas. Yo lo sé, pues también las trasciendo...

—El espíritu no nace ni muere, sino sus misteriosas proyecciones e imágenes. Todo es ilusión, efímero juego de las líneas, asesinas del cuerpo de lo real.

—¿Y para qué, gurú, oh santo Iluminado, todo este juego diabólico de imágenes, de formas precederas, de chispas alocadas que suponen tener distinto fuego?

—¡Ah, tu mente occidental! No sabes por qué sube la savia por los troncos de los árboles ni qué civilizaciones aducían sus ideas y obras hace cien siglos, y quieres conocer la razón de la existencia del universo y aun la de la Divinidad...

El misterioso viejecillo sonrió un poco burlonamente para luego agregar:

—Tomemos algún alimento y a medianoche interrogaremos al Gran Devorador.

Sani lavó su escudilla en el arroyuelo y marchó a caminar bajo la impalpable lluvia de la luna. El silencio era cortado de cuando en cuando por los aullidos de las fieras lejanas o por los extraños murmullos que siempre pueblan los grandes bosques y extensiones agrestes. Los pocos árboles, de copas chatas y altas, formaban algunos grupos que emergían como islas en medio de aquel mar de arbustos espinosos y altos y duros pastos.

Por fin, el joven se detuvo frente a una pequeña gruta abierta en la ladera de las montañas que, casi insensiblemente, se elevaban sobre los terrenos más bajos. Un extraño cansancio pasó sus adormecedoras caricias por todos sus miembros y se echó en el hueco con intención de dormir. Sus ojos entrecerrados divisaban sombras blanquecinas y pequeñas danzando en los claros sin árboles y sin las espesas sombras enemigas de esos adoradores de la luna. A lo lejos, la techumbre de un templo señalaba silenciosamente la ideal morada de los hombres: el cielo.

Una visión bien conocida del aspirante a los Misterios se acercó lentamente a su escondite.

—¿Eres tú, Hipatia? —preguntóle con voz bajísima y emocionada. El estado hipnótico que le embargaba hacía que no viese otra cosa ante sí y le imposibilitaba el menor movimiento de su cuerpo.

La visión afirmó con la cabeza. Sus diversos ademanes demostraban alegría, mientras que el aura que la enmarcaba se teñía con matices no conocidos en la Tierra, parecidos a los que guardan en el corazón las piedras preciosas.

—Dime, Hipatia, ¿por qué, a medida que pasa el tiempo, te veo más esplendorosa y nítida, salvo tu rostro, que se torna más indefinido paulatinamente?

Por toda respuesta, un brazo espectral señaló el cercano desierto y toda ella se desintegró en manos de la brisa.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Sani quedó profundamente dormido, y en su sueño volvió a repetírsele la primera visión de un gran árbol, y debajo, un peregrino desconocido de mágica y penetrante mirada.

La luz de una antorcha llamó suavemente a las puertas de sus ojos. Ante él, su Maestro, imagen de bondad y sabiduría, le observaba sonriente.

—Ya es casi medianoche, lanú; debemos consultar a los espíritus del Fuego...

—La he visto otra vez, ¡oh, sabio!

—¿Qué te ha señalado?

—El gran desierto... Su rostro, amado gurú, se ve cada vez más borroso... ¿Qué significa eso?

El anciano sonrió enigmáticamente y emprendió el regreso en silencio.

Un viento fuerte y frío llenaba las copas de los árboles de ruidosos pájaros ilusorios, y la luna se velaba de cuando en cuando con antifaces transparentes de nubes.

Ambos hombres caminaban con paso vivo y seguro hacia la residencia temporal del filósofo-mendigo. Una vez allí, el anciano recogió unos manojos de hierbas secas y extrajo de su túnica algunas cintas de seda vivamente coloreadas. Con un gesto indicó a Sani que llevase el primitivo instrumento con el que encendía el fuego.

La luna, al dar sobre las joyas del anciano, despertaba en ellas extraños reflejos, tal vez adormecidos hacía docenas de siglos. Al cabo de media hora de marcha se detuvieron en el borde de una meseta cuyas bases se asentaban en el desierto de grandes piedras y finísima arena.

Sin decir palabra, el sabio hizo sentar a su discípulo en la posición correspondiente y trazó en el arenoso suelo algunas figuras que, aunque se parecían a círculos entrelazados, no lo eran. Seguidamente, tomó un mazo y empezó a hacerlo girar en el «Yoni», matriz de madera de donde el elemento masculino hacía saltar la chispa. La difícil operación se concluyó al encenderse el primer manajo de hierbas, que el Iniciado colocó sobre los símbolos, conjuntamente con otras ofrendas. Tomando la posición necesaria, pareció evadirse del mundo unos instantes, y cuando reabrió los ojos, su rostro se transformó en una gloriosa máscara de poder. Sani jamás había colaborado en esa ceremonia y se esforzaba por cumplir a la altura de su Maestro.

El fuego, que ardía vivamente, reparado por las salientes del terreno, se tornaba cada vez de color más oscuro; por fin, tomó una tonalidad lila en el centro, teniendo los extremos de las lenguas un azul oscuro. El discípulo no pudo reprimir un ligero estremecimiento; ante él estaba el «Fuego Negro», uno de los engendros mágicos más terriblemente peligrosos. Solo un profundo conocedor de la Naturaleza y de sus más recónditas leyes podía conjurar tan gran poder y utilizarlo.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La hoguera había irradiado primero enorme calor, pero poco a poco este disminuyó y, aunque Sani no pudo comprobarlo, le dio la sensación de que se había tornado frío; sí, era un fuego oscuro y helado...

Lentamente, un extraño ser fue objetivando su cuerpo en medio del humo. Se parecía en algo a los ángeles de las figuras pero tenía apariencia menos humana. Sus alas, si podían llamarse así, estaban unidas a lo largo de todo su cuerpo, como ocurre con algunas mariposas, y constituían su parte menos densa, la de más alta frecuencia vibratoria. Sani tenía que recurrir a su visión interior para poder apreciarlas en algún detalle. Su cabeza estaba rematada por un cono agudísimo, parecido al bonete de algunos magos occidentales, y sus piernas aparecían unidas a algo semejante a un tallo, delgado y flexible.

El anciano extendió sus manos a través del fuego hacia la visión, y violentísimas ráfagas de viento sacudieron el lugar sin afectar a los arbustos más lejanos, a la vez que todos los animales de los alrededores gritaban desfavoridos. La Naturaleza parecía querer expresar algo; tal vez adoración, tal vez miedo u horror.

La voz del sabio sonó baja e impersonal. Pronunciaba las palabras muy lentamente.

—Este es un deva (ángel) de la Naturaleza, un dios del aire. Él te servirá hasta que abandones el desierto. Ámalo. Pronto le dejaré en libertad, pues sufre mucho permaneciendo inmóvil; es contrariar su tónica vital... Ahora, el fuego te señalará la dirección; marcha hacia ese punto y no te vuelvas para despedirte, pues en verdad no nos separamos. No caigas en la red de Maya.

El deva se había esfumado y, a los pocos minutos, ante un nuevo montoncillo de hierbas arrojadas en sus fauces, el fuego saltó formando una gran llama de color más claro; esta vaciló ante el empuje de nuevos golpes de viento, pero, al fin, se inclinó en dirección al norte, y se separó varios palmos de la raíz del fuego, reintegrándose casi instantáneamente.

Poco tardó en apagarse el fuego, y el médico-mago quedó otra vez inmóvil para retornar a sus facciones habituales, de extremada e infantil dulzura. Sani meditaba en silencio. Le debía tanto a ese hombrecillo que no quería dejarlo. Le había visto hacer tanto bien y ser tan austero que le parecía una monstruosidad abandonarle en aquella inclemente región infestada en peligros de toda índole. ¿Valía más su paz interna que el amor sencillo y puro hacia el anciano? Su voz lo extrajo del laberinto mental en el que deambulaba.

—Manú nos dice en su libro de leyes que «así es como, por un despertar y un reposo alternativos, el ser inmutable hace revivir o morir eternamente a todo este conjunto de criaturas móviles e inmóviles». Por lo tanto, siendo estas palabras acertados reflejos de la verdad que ya presentes, no te esclavices a la forma, porque ella es efímera ilusión. Ve hacia el desierto, busca y medita. De mí no te separas; es mi cuerpo el que se aleja un poco del tuyo.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Así diciendo extrajo de su seno un medallón que pendía de su cuello y se lo colocó. Consistía en una piedra preciosa parecida al jade, y conformada con un arte casi sobrehumano en la figuración de una flor delicadísima. Tal vez fuera una flor verdadera convertida en piedra por un proceso alquímico que redujese a horas el tiempo enorme que la Naturaleza tarda en la petrificación de los vegetales, pensó Sani. Con un esfuerzo dolorosísimo saludó respetuosamente al sabio y empezó a descender hacia el gran desierto de Gobi, sin volver la cabeza.

Sus suprasentidos, activados mediante la práctica, le dirigían rectamente al norte, no desviándole de su ruta la tendencia física de andar en círculos cuando se carecen de puntos de referencia. El desierto, con sus extensas planicies medanosas y esas extrañas formaciones de rocas sueltas que lo caracterizan, lo fue tragando lentamente; ahora intentaría digerirlo, trastornando su psiquis y disecándole el cuerpo. Al mediodía el calor era enloquecedor y, tal cual lo calculara, llegó hasta los restos de una pagoda budista del siglo II a. C., junto a la cual manaba un arroyuelo que moría entre las arenas, a pocos metros de distancia. El lugar era refugio apropiado para cuantos peregrinos sufriesen las pruebas del desierto.

Sani se encontró con un asceta de la escuela Karma Yoga que estaba entregado al éxtasis meditativo. Pareció no reparar en él, y más semejaba una estatua cubierta de polvo que un hombre vivo.

Aplacó su sed y llenó su cántaro. Con no poca sorpresa, halló entre sus ropas una pequeña torta de arroz preparada al estilo tibetano. No recordaba haberla tomado, pero otros prodigios parecidos había efectuado su instructor en su presencia.

Descansó hasta la caída del sol y, luego de realizar los sacrificios acostumbrados, retomó la ruta del norte. El asceta, inmóvil y con los ojos cerrados, no había efectuado la menor señal de actividad biológica en más de seis horas.

La marea de las sombras fue sumergiendo las hondonadas y, poco a poco, alcanzó las cúspides de las rocas más altas. El «buscador de la verdad» avanzaba ahora guiado por las estrellas, pero lo hacía con dificultad, pues el frío había compartido el imperio de las sombras, y las piedras, hasta hacía pocas horas recalentadas por el sol, crujían al perder temperatura violentamente. Sani estaba muy acostumbrado a las terribles peregrinaciones a través de desiertos y selvas, en donde se arriesgaba la vida física cada vez que se daba un paso, o se dormía, o se comía. De otro modo, hubiera sentido terror al verse en medio de aquella infinita soledad.

Ni pájaros ni insectos, tal vez ni serpientes, vivían en el enorme desierto del Asia Central. El río Amarillo corría a la derecha, a no más de cinco jornadas de marcha, pero no podía desviarse de su camino por ninguna ventaja. Lentos, pero inexorables, sus pasos lo iban acercando al lugar de la extraña cita. No importaba si era un dulce Maestro, o la tortura y la muerte; detrás de todo ello estaría la Verdad.

Sani sabía que no podía dormirse de noche en esa región, pues el frío acababa con el imprudente. Por el contrario, apresuró la marcha y realizó, mientras tanto,

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

ejercicios de respiración a fin de cargar de energías su cuerpo. Anduvo toda la noche y recibió el sol como una bendición de la Divinidad. Pero una nueva molestia intentó interrumpir su viaje: un fuerte viento que levantaba las arenas y abrasaba la nariz, la boca y los ojos. Instintivamente, ante una ráfaga que por poco lo derriba, apretó con su diestra la medalla, obsequio de su gurú, y pudo apreciar cómo a su alrededor los vientos se entrechocaban, no llegando hasta él la más pequeña ráfaga. Confortado por la maravillosa experiencia, continuó su camino, agradeciendo mentalmente a los Blancos Maestros de Compasión la instrucción y protección brindadas.

Aún no se había elevado mucho el disco solar sobre el horizonte cuando, tras aplacarse un remolino de arenas, a mil metros delante de él, vio surgir de las mismas una estructura colosal, parecida a un gran templo cuadrado, de piedra rojiza y una altura superior a los sesenta metros. La soberana imponencia y sobriedad del edificio le hicieron detener nuevamente a pocos pasos de su puerta. Le recordaba una versión primitiva y ciclópea de los grandes templos egipcios. Sin sus relieves, columnatas ni detalles delicados, los superaba en tamaño y fuerza. Una línea de bastas columnas casi dolménicas sostenían su frontis desnudo de imágenes y adornos de toda especie. Las piedras aparecían en parte carcomidas por las arenas y en numerosos lugares faltaban tales trozos que se formaban pequeñas cavernas.

Sani ascendió por la escalinata semiderruida con gran dificultad, pues los escalones tenían casi setenta centímetros de altura. Detrás del templo erigía su pico una pequeña montaña que le doblaba apenas en altura. El hueco de la puerta, de unos diez metros de alto, carecía de hojas, por lo que Sani se aventuró en lo que le pareció la más negra oscuridad. Había dado dos pasos cuando una voz hueca y metálica resonó varias veces en la gran sala. Sorprendido y atemorizado llevó sus manos hacia el medallón, pero nada ocurrió, y la voz que al principio había sostenido confusamente varias notas musicales, empezó a articular palabras:

—Nada temas, salvo de ti mismo. Escucha, extranjero. Este desierto fue un mar, y en ese mar se levantaban islas y costas donde crecían las flores vegetales y humanas. La revolución de los tiempos llevó ciudades a los desiertos y convirtió en desiertos las naciones poderosas. ¡Nadie escapa al karma! La Humanidad envilecida degeneró y degeneró; ahora trata de levantarse de entre el polvo. Lo logrará. Estas ruinas aguardan para mostrarse al mundo el día en que este, demasiado orgulloso de sus obras, crea haber llegado al máximo. Aquí se conservan tesoros artísticos y científicos tales que los hombres bajarán las cabezas, pues verán que aun los pueblos más encumbrados, los que vencen las enfermedades, descienden al fondo del mar y rozan los astros, caen y se transforman en salvajes si no son morales, bondadosos y espirituales. ¡Oh, hombres! ¡Temed las potencias del Alma del Mundo! Decid a vuestro arte sensual, a la ciencia sierva del odio y la injusticia y a las actuales e infantiles formas religiosas que el hombre es mucho más grande de lo que creen, y que cíclicamente cae sobre sus rodillas porque no se atreve a ser un dios y volar a los cielos.

Sani quedó confuso y anonadado. Al alzar la vista creyó ver formidables ángeles que lo observaban desde las bóvedas superiores y complicadísimas figuras geométricas.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Acometióle tal sensación de pequeñez e impotencia que huyó a toda carrera hacia el desierto. Bajó a saltos los pocos y altos escalones desenterrados, y empezó a ascender los inseguros taludes de los médanos. Un viento terrible quitó el apoyo de sus pies y, semiinconsciente, casi sepultado, yació varios minutos boca abajo.

Al ponerse de nuevo de pie, el templo estaba casi totalmente cubierto y trombas enormes desplomaban sobre él centenares de toneladas de arena.

Largo rato permaneció pensando si no había sido una engañosa ilusión de sus sentidos, víctimas propicias del desierto.

Reanudó la marcha cabizbajo, mientras las dunas, a su alrededor, cambiaban constantemente de forma y lugar. Un montículo, al desintegrarse, le mostró varias ánforas de belleza indescriptible. Corrió hacia ellas, pero al tocarlas se pulverizaron entre sus manos. Esa prueba, aunque efímera, bastó para convencerle de la realidad de todo lo observado.

Mientras andaba, recordó algo que le había enseñado hacía ya dos años su último instructor. Era referente a la antiquísima civilización desarrollada centenares de miles de años ha, en aquellas hoy terribles y desoladas regiones. Recordó también la advertencia de que nadie podría penetrar en esos templos ni rescatar sus objetos, pues aún no había llegado la época de su revelación. Esos tesoros los guardaban los «Battis», raza de elementales poderosísimos que sobrevivirían hasta el momento adecuado. Nadie que hubiese intentado robar algo a esos centinelas había salido vivo del desierto; cuanto más, unos pocos que lo probaron sobrevivieron algunos meses en estado de absoluta y desesperada locura.

Tendido a la sombra de una caverna, durmió un par de horas, pero estaba demasiado anhelante de llegar a su meta y, forzando sus músculos doloridos, los obligó a funcionar, llevando un paso rápido y seguro.

Las rocas eran cada vez más escasas y de menor tamaño, reemplazándolas amplias llanuras de arena gruesísima y muy suelta. La poca agua que llevaba se le había acabado hacía más de doce horas, y el sol abrasador lo castigó penetrándole hasta los huesos.

Luego de la meditación que acostumbraba efectuar al ocaso, notó, al reanudar la marcha, que el frío le afectaba más y un extraño sueño lo asaltaba traicionándolo. Sani sabía lo que significaba dormir de noche en el desierto, y él quería llegar. ¿Adónde? No lo sabía, pero donde fuese, le aguardaba la verdad, el amor, el rostro fecundo y maravilloso del Misterio.

Al amanecer comprobó que, despreciando el sufrimiento físico, paulatinamente lo había anulado; casi no padecía el terrible cansancio que por poco le había abatido horas antes, y su garganta, seca y áspera como la piedra pómez, apergaminada, parecía adaptarse y tornarse más suave. Cuando el sol estuvo alto, se echó a dormir bajo el saliente de una roca. Más de diez horas permaneció alejado del mundo; cuando desper-

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

tó, su piel ennegrecida estaba resquebrajada y ardiente por los rayos. Un hormigueo terrible le recorrió los miembros a la vez que le latían las sienas.

Muy difícilmente, logró alzarse sobre sus vacilantes piernas, pero sólo pudo llegar hasta un hueco en un conjunto rocoso de las cercanías. Allí, mediante su Iniciación en los misterios de la Naturaleza, fue retomando el control de todas las partes de su cuerpo y armonizando su corriente energética. Practicando ejercicios respiratorios largo rato, se sintió ágil, fuerte y optimista, deseoso de ganar el mayor provecho de la jornada.

Al efectuar los sacrificios del poniente cayó en la cuenta de que se le había acabado el incienso, y como si ese detalle fuese la última gota que rebasa la copa, sintió que una angustia terrible lo anegaba y se reconoció solo, solo en toda la extensión de la palabra. Olvidó maestros, ángeles guardianes y destrezas psíquicas y mentales. Únicamente sabía que estaba solo; ni siquiera sentía miedo. Aun el miedo es compañía, pues es una forma de la esperanza, de algo que se acerca. Asimismo, el dolor lo hubiese aliviado, pues el dolor no deja pensar. Pero Sani no sufría; su cuerpo reconstituido prácticamente por el poder de su voluntad permanecía silencioso y no temía, pues no esperaba nada.

El paisaje, sombrío y estático, se le asemejaba la imagen de un recuerdo, definitivamente inmóvil, sin posibilidades de cambio.

Reconoció la existencia de la Divinidad y la multitud de seres que conforman el universo, pero los sentía lejos. Las arenas diminutas que pisaba se le figuraban tan inaccesibles como las otras cósmicas que tocaba con su mirada. Él estaba en el medio, suspendido. ¡Solo, solo, solo!

Miró una vez más el bien delimitado horizonte y, con un grito sollozante, cayó de bruces en la arena. Entorpecido de angustia, permaneció largo rato echado, como muerto.

De pronto, sintió frío; las piedrecillas se iban tornando heladas y un viento gélido daba aullidos lobunos en lo alto de las raras formaciones rocosas; era su grito de guerra. Sani notó el impacto y se arrebujó en sus vestiduras sucias, raídas. Echó a andar, inconsciente de lo que hacía, mas pronto se detuvo. Una gran sonrisa asomó por su boca y agradeció con una profunda mirada a todas las estrellas. El hechizo maligno se derrumbaba; ahora tenía algo en común con muchos otros seres: tenía frío, tenía angustia.

En un primer momento le alegró ese hecho y, mentalmente, trató de comunicar su resistencia a todos, hombres y bestias que estuviesen en sus mismas condiciones. Aunque no más fuese el dolor, le había hermanado con otros hombres sufrientes; pero poco a poco los dolores de su cuerpo cedieron, y los superiores de su alma le hicieron experimentar profunda vergüenza ante sus debilidades y egoísmos.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Para el común de los hombres es normal que el fuego de la estufa parezca más cálido cuando se sabe que afuera de la casa reina el frío, y que muy pocos estarán tan cómodos. Asimismo, el dolor «duele menos» si se sabe que algún otro lo comparte; nada hay mejor para un tuerto que ver pasar a un ciego. Pero a un filósofo no le deben hechizar tales sensaciones; más bien, sufrirá si hay alguien con frío estando él caliente, o si un ser cualquiera tiene sufrimientos, no importando si él los padece o no.

Todo esto lo sabía Sani, y el no haberlo cumplido le llenaba de íntima humillación. ¿Había estudiado, viajado y hecho tales esfuerzos para llegar a ser un hombre tan débil y ruin como cualquier otro vulgar enamorado de su abrigo, su comida caliente, su paz fisiológica? ¿Es que el sobrehumano ejemplo de tantos sabios y las secretas lecciones del gurú no habían valido nada para él? ¿Había engañado a sus Maestros?

—¡Triste sería el mundo e inútil el sacrificio de la Divinidad al volcarse a través de seres tales como Buda, Lao Tsé o Jesús, si todos sus habitantes fuesen tan míseros como yo! —exclamó en voz alta, poniéndose a caminar casi a la carrera.

Insensible al cansancio y al frío, pero no al remordimiento, se fue sumergiendo en la distancia, ansioso de lavarse en el choque con las olas del viento...



EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

GIORDANO BRUNO

El invierno había caído sobre el desierto de Gobi; las grandes piedras semejaban canosas cabezas de gigantes sumidos en meditación, enterrados por el acopio de centenares de siglos.

Sani, tras larga caminata, había logrado allegarse, piel y huesos, a un antiquísimo monasterio budista que, aun antes del advenimiento de Siddharta Gautama, ya había servido al «budismo primero», la religión de los Iluminados. Sus misteriosos moradores, casi sin dejarse ver, le habían facilitado una celda en el más nuevo de los pabellones.

La construcción, edificada junto a un gran manantial, rodeado de tierras fértiles, estaba circundada por una gran muralla que la protegía y, a la vez, ocultaba sus jardines a la vista profana. Estos eran de maravillosa hermosura, pues los monjes poseían desde la Prehistoria los más íntimos secretos en lo que a la vida vegetal se refiere.

Imposible sería comentar las maravillas que los Adeptos realizaban en dichos templos, y la inconcebible aura de paz y salud mental que irradiaban hacia el mundo. Quienes no tenían el suficiente conocimiento como para haber vivido con ellos, lo ignoraban, y quienes lo hicieron debían guardar el más estricto silencio, a riesgo de olvidar lo que sabían y dar informaciones falsas.

Por ello, Sani era solo un refugiado que esperaba algo, sin saber a ciencia cierta qué era y si ya estaba allí. Convivía con esos sabios, pero seguía permaneciendo solo, pues ellos tenían sus trabajos.

Le habían facilitado un antiguo tratado sobre la evolución de los planetas, en lengua sánscrita, y el discípulo pasaba largas y maravillosas horas estudiándolo. Lo grande y lo pequeño se esfumaba ante el sol de la realidad. Sobre las milenarias páginas, confeccionadas con fibras minerales, percibió el tan íntimo parentesco entre mundos y átomos y sus dioses comunes. ¡Qué lejos estaba el vulgo de esas ciencias y, en especial, el pueblo que lo había visto nacer! ¡Cuánto, oh cuánto —pensaba Sani— tardarían los hombres en conocer los misterios básicos de la Naturaleza! Sin embargo, lentamente, y creyendo a cada paso que ya lo ha descubierto todo, avanzaría la Humanidad a través de la escuela del dolor, hasta el sitial celeste que le correspondería a su hora. De no haber mediado las guerras, persecuciones y brutalidades de toda índole, ya se tendría avanzado mucho más camino, y se habría caminado en paz...

Estas y muchas otras ideas llenaban la mente del joven. Su vida, en ese corazón vivo del desierto, era pacífica y sedentaria, armónica. Comía y dormía con moderación, sin caer en los extremos de los «hombres-niños» que juegan a la filosofía. En medio de aquella Naturaleza imponente, era una parte más...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Uno de los Adeptos, el que se le había presentado en una visión cinco años atrás, le dedicó no pocas tardes y le contó gran parte de la historia de la raza de los hombres. Supo que aunque estos solo guardaban anales de unos pocos miles de años, la gran logia blanca atesoraba recuerdos de las primeras razas de gigantes, instruidos directamente por los dioses. Conoció el proceso por medio del cual, al ir «refinándose» la creación toda, las formas se fueron dulcificando y reduciendo el tamaño de los cuerpos; ello ocurrió tanto en los vegetales como en los animales y los hombres. Dos continentes se habían hundido con sus respectivas civilizaciones, tal como un día se destruiría la presente; solo las tierras vírgenes habían sobrevivido, pues no tenían aún causas acumuladas sobre sus espaldas.

Según le refirió el Adepto, el hombre había tomado cuerpo físico paulatinamente; tomó «vestido de piel» y, al principio, fue andrógino. Más tarde, los sexos se separaron, hacía de esto unos dieciocho millones de años. Desde entonces, dos grandes razas o conjuntos de civilizaciones habían desaparecido: la «lemur», por el fuego, y la «atlante» por el agua. A la raza actual le esperaba también desaparecer por fuego.

Sani sabía todo esto, pues sus estudios sobre «El banquete» de Platón, la Cábala, la Biblia y los libros sagrados hindúes le habían dado datos abundantes sobre el tema.

Mas ¡qué pálidos parecían esos bosquejos junto a la enseñanza detallada de aquel Adepto! ¡Cómo, oyéndolo, veía correr ante su imaginación cientos de imperios tan grandes como el romano o el musulmán! ¡El hombre era tan viejo y tenía tantas posibilidades de progreso...!

El joven filósofo estaba entusiasmado y sólo vivía aguardando las visitas del hombre enigmático, sin edad, de rasgos distintos todos los días y voz tan dulce como la esperanza. ¿Sería ese el Maestro esperado? ¿Él daría los últimos toques a la Iniciación que estaba a su alcance? ¿Se acercaría así a la liberación? Todo su futuro lo veía en brumas, bajo el signo misterioso de la incógnita.

Al quinto mes de permanencia en el refugio del desierto, sobrevino la primavera. En ese tiempo se realizaban grandes festejos entre los Iniciados, y las columnas de discípulos menores recorrían los jardines esparciendo perfumes y cantando composiciones sagradas.

Sani recordó a Platón y a Píndaro en sus narraciones de los Misterios, cuando los «Mistae» entonaban canciones mágicas al amor y a la belleza.

En tal éxtasis estaba cuando su amigo, el Adepto, se le acercó para preguntarle:

—Hermano, ¿deseas asistir a la ceremonia religiosa que se efectuará en el templo externo? Cuando el cuerpo de Nuestro Señor parezca tocar el horizonte, comenzará el oficio.

Sin agregar palabra ni esperar respuesta, se alejó sonriendo bondadosamente. Sus ojos negros, ligeramente oblicuos, aparecían esa tarde más grandes y extremadamente luminosos. La túnica color del oro tenía la incomparable dignidad de lo simple.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El discípulo sintió que su corazón se inflamaba con la noticia. Sólo en ese día excepcional, aquella escuela esotérica tan estricta podía permitir que un pequeño Iniciado, no perteneciente a la misma, contemplase el más pequeño Misterio.

Un poco antes del tiempo fijado, Sani dirigió sus pasos hacia el gran templo; pero, al bordear un bosquecillo, se encontró con el Adepto, que parecía aguardarlo. Lo miró fijamente, y leyendo sus ideas, le dijo:

—Tú sabes que la religión de los Misterios, alma y origen de las religiones populares, es la misma en todo el mundo, no importando dónde se la profese. Así que no te extrañe mi invitación, pues eres nuestro hermano, como todos lo son en la Naturaleza, y también eres nuestro hermano en las ciencias ocultas. Recuérdalo: no verás más de lo que debas ver. Aunque te lo mostrasen, no lo verías; así, no temas ver.

—Entonces, oh sabio, ¿por qué tanta reserva, por qué lo oculto?

—Porque lo que no se comprende, generalmente se interpreta mal, torcidamente, y aquello que se ve sin pureza interior, deja en su lugar un vacío terrible para el alma. ¿De qué valdría a un profano contemplar los Misterios? Solo para confusión, camino seguro hacia la locura y el descreimiento. Más vale mostrarle cosas a su alcance y no «sentirá el vacío» ni abrazará el error, sino que aprovechará al máximo sus potencialidades espirituales; de ahí la utilidad de las religiones exotéricas. El gigante no puede calzar la sandalia del enano, ni a este le sirve la de aquel.

—Es verdad; por eso los Maestros tales como Buda y Jesús tuvieron un círculo de discípulos directos y otro círculo mucho mayor de externos a los que solo hablaban por medio de parábolas simples de fácil comprensión, exentas de todo aspecto científico y filosófico.

—Dices bien, pero es hora de que marchemos al templo; sus puertas se cerrarán de nuevo en pocos instantes.

Apenas traspusieron el gran umbral, las puertas de piedra empezaron a moverse lenta e inexorablemente.

A Sani le costó habituar la vista a esa penumbra; estaba en una especie de antecámara con muros cubiertos de signos y algunas pocas figuras de divinidades. El ambiente saturado de incienso le produjo al principio cierta somnolencia, pero se acostumbró y pudo permanecer atento. Luego de un buen rato, el Adepto hizo una señal silenciosa, y una pequeña puerta disimulada en el muro dio paso al interior. Entonces advirtió Sani que diez o doce monjes surgían de los oscuros rincones y huecos de la estancia, en la cual, gracias a la escasísima luz de la lamparilla que pendía de lo alto, habían pasado por estatuas de ascetas meditando.

La gran cámara del templo externo tenía la forma de un cubo de quince metros de lado, y también en ella la luz era muy escasa.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El oficio tuvo la sencilla grandeza de la Divinidad. Una gran estatua del Buda fue mudo testigo de los sacrificios de los hermanos recientemente iniciados, los que, en la comunidad, hacían los trabajos más rudos y materiales. Nunca como entonces había notado la inmutable impersonalidad de la imagen del Buda. Esta característica atraía poderosamente al occidental, pues en dichas estatuas no se representaba a Siddharta Gautama, llamado «Buda» sino a todos los «budas» (Iluminados) en general. Por ello es que, aun miles de años antes del nacimiento del Maestro de la Serenidad, ya existían religión y templos budistas, movimiento espiritual que fue perdiendo fuerza poco a poco, hasta llegar al extremo de que cuando nació Siddharta Gautama, no quedaban sino pocos centenares de cultores escondidos en los templos protohistóricos del desierto de Gobi y los Himalayas.

Absorto en la contemplación de la ceremonia, Sani, avanzado estudiante de magia, no experimentó gran sorpresa al ver que un bonzo se elevaba en el aire y encendía una de las lámparas laterales, a ocho metros del suelo. Conocía el arte oculto de hacer que la potencia atractiva de la Tierra rechace un cuerpo y lo aleje a voluntad de ella; pero lo que vio a continuación lo llenó de admirativo asombro.

Uno tras otro, todos los discípulos, algunos de ellos adolescentes, fueron elevándose a la misma altura y encendiendo las lámparas. Él mismo sabía levitar, pero le requería algo de esfuerzo y no lograba elevarse mucho, y aun eso no lo conseguía siempre que lo intentaba; frecuentemente, sólo podía separarse del suelo unos centímetros. Los participantes de la ceremonia lo hacían con aparente facilidad y ninguno sufría el menor retraso ni inconveniente. Como le tocase el turno a él, se volvió angustiado hacia el Adepto, esperando que lo excusase del vuelo, pero este le sonrió alargándole la antorcha y señalándole la próxima lámpara. Sani quiso hablar, pero un gesto del Adepto le hizo cambiar de idea e intentar la experiencia.

En un minuto logró despegarse del piso y realizó lo mismo, tan perfectamente como todos los otros.

Esa noche la pasó en vela, meditando, llena su alma de optimismo y guardando su conciencia en contacto con los mundos de la intuición pura. Poco antes del amanecer, al tomarse algunos minutos de descanso, se le presentó la visión que siempre le había anunciado los grandes acontecimientos: la imagen de Hipatia. Esta vez, aún más que de costumbre, aparecía su rostro esfumado; podría decirse que no tenía rostro. Una gran aura blanca la rodeaba, pero sus formas eran muy indefinidas.

Sani la interrogó mentalmente. Como toda respuesta, la imagen alzó el brazo en señal de despedida. Él no pudo comprender el sentido de esta aparición, pero intuyó que era la última.

Algo muy indefinido se albergaba en su alma, alegría a la vez que tristeza; una sensación parecida a la que causa abandonar la casa, ciudad o país que nos ha visto nacer, en busca de otros horizontes que se presenten mejores y más propicios. Angustia mundana, pero que a los seres esclavos de lo material, de la cadena de la reintegración periódica, les parece real y espantosa. ¿Sería esa extraña sensación la premonición de su

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

definitivo paso adelante, de su liberación del mundo de las pasiones, de su reencuentro con el yo?

Los días subsiguientes le parecieron al aspirante un sueño. Vivía a medias: lo hacía aguardando ese «algo».

Su sabio amigo, el Adepto, había dejado de visitarlo, entretenido en quién sabe qué misteriosos trabajos. El libro de hojas de asbesto que tanto lo había absorbido yacía olvidado en un estante de su celda. Sani no solo aguardaba con todas las células de su cuerpo, sino que su emoción, mente y alma participaban del doloroso placer de la espera.

Los arbustos, ahora cubiertos de flores rojas, guardaban silencio ante su pregunta; las aguas del estanque continuaban absortas en su murmullo; los muros del templo estaban demasiado sobrecargados de imágenes pasadas y en sus anales no se hallaba una brizna de futuro. A veces, elevaba la vista hacia las pocas nubecillas blancas y se fundía con ellas en un intento por observar desde esas alturas mayor porción del desierto. ¿Se acercaría ya el misterioso personaje que debía completar su Iniciación?

Solo las estrellas, con su brillo inmutable, le decían: «Espera; ten perseverancia; la paciencia es un ensayo de eternidad». Sani se quedaba largas horas mirándolas, en éxtasis de arrobadora paz. Pero luego recomenzaba la angustia; para él la vida toda se encerraba apretadamente en una palabra: ¡espera!

El inexorable paso de los días y el deslizar de las noches fue moderando sus ansias y llenó su corazón de activa serenidad. Volvió a sus estudios cosmogónicos y astronómicos, a sus sacrificios y regulares meditaciones, a sus «tatrac»⁵.

Los dedos invisibles de la primavera hurgaron y abrieron cada capullo, dando follaje a todos los árboles, y nidos a los pájaros.

Una tarde en que el sol empezaba a declinar sobre el horizonte, una sombra se proyectó en el estanque en que Sani tenía fija la mirada. Al volverse, vio ante él al Adepto. Su alma, sumida en un ciclo de gran serenidad, no se asombró ante visita tan desusada. El sabio, luego de inclinarse levemente a modo de saludo, le anunció:

—Hermano, te aguardan en el extremo norte del bosquecillo.

Sani tomó la noticia con indiferencia, tal vez porque no comprendió su tremendo significado; pero, al tropezar con la mirada del Adepto, sus ojos se abrieron asombrados y un poco temerosos. Aquel rostro de estatua viviente, aun dentro de su impasibilidad, trasuntaba una alegría poco común, y aun cierta ironía al percibir la sorpresa del joven occidental.

Un gesto silencioso del Adepto le hizo marchar prestamente hacia el lugar indicado.

⁵ Ejercicios psicofísicos hindúes que consisten en fijar la vista y la mente en un solo punto.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El verano inminente ponía fuego en los rayos del sol, y sombras húmedas bajo las copas de los añosos árboles. El extremo norte era el más alejado de los edificios, y las ramas de los altos vegetales asomaban por encima del muro de circunvalación.

El sendero le llevó hasta un claro junto a la muralla. Bajo una gran pinácea, un hombre alto, vestido con una especie de túnica y capucha marrón, le mostraba la espalda. Los pies de Sani, tal vez algo indecisos, se arrastraban levemente sobre las grandes piedras del camino y el desconocido volvióse lentamente. Entonces sufrió un impacto psíquico tan violento que por poco se doblan sus rodillas: ¡ese era el hombre que había conocido en la primera visión que le mostrara Hipatia! ¡Y ese era el paisaje! ¡Al fin lo había hallado!

Su alma, subyugada, solo atinó a hacer inclinar su cuerpo en una profunda reverencia.

—¡La suprema felicidad sea contigo! ¡Te aguardaba..!

El que así hablaba poseía una apariencia inolvidable. Alto, de tez cobriza por la intemperie y ojos negros enormes, parecía la encarnación de un dios de la voluntad y la fuerza moral. La basatura recia, la nariz levemente aguileña y la boca grande, de labios finos, que se abrían apenas sobre un mentón firme, cuadrado, reafirmaban la primera impresión.

Una gran bondad y armonía emanaban de su porte, y la casi imperceptible sonrisa dulcificaba tan imponente potencia volitiva. Su humilde vestidura estaba adornada por un cinto grueso, un bolso de cuero y un medallón triangular de oro y esmeraldas que pendía de su cuello. Sandalias bastas y gastadas protegían sus pies cubiertos de cicatrices.

Tras unos instantes de silencio, Sani pudo articular palabra, y preguntó:

—Eres el que espero, ¿verdad?

—Sí y no... Tú aguardas la liberación, el reencuentro con Dios; ese es el retorno a ti mismo, al Dios que mora en tí, aunque no tengas conciencia de ello. Así, soy el que esperas, pues la Divinidad está también en mí; y no lo soy, pues el único Maestro real que tienes te aguarda en tu propio espíritu.

—Sí, pero intuyo que tú me enseñarás el camino. ¿Cuál es tu nombre, oh, sabio?

—Por muchos me llaman, pero Occidente me conoce bajo el de Giordano Bruno.

—¡Occidente! —repitió Sani como en un sueño—. ¡Cuánto hace que mi cuerpo no habita en esos países! Hoy su recuerdo me llega velado y manchado de sangre. Aquí, en la paz sacrosanta de este monasterio, parece mentira que en alguna parte de la Tierra puedan existir las crueldades que recuerdo...

—Parece que has sufrido mucho allá...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Tanto! Mis seres más queridos fueron asesinados o torturados hasta enloquecer. He quemado el incienso de toda mi juventud en el altar de la pureza y el conocimiento; y en pago me dañaron y persiguieron con tal crueldad que hubiese parecido excesiva aplicada al más venenoso de los insectos.

—¡Ah!... Pero ya no puedes quejarte de ellos, pues no te hieren más; ni ellos se quejarán de ti, puesto que les has cedido el campo...

Una sonrisa triste había aparecido en los labios de Giordano, y sus ojos taladraban los de su interlocutor. Este se sorprendió grandemente ante estas palabras, y una sensación dolorosísima, mezcla de horror y humillación, subió lentamente a la superficie de su alma. Intentó una protesta, pero su vista cayó vencida y se refugió entre los pastos que crecían a sus pies. Un mar de ideas contrarias y confusas le impidió hacer uso de la palabra.

Giordano, luego de palmear afectuosamente su brazo, le dijo casi al oído:

—Piensa mucho en ello: el pasado ya no podrás cambiarlo, pero el futuro es aún niño y posible de transformaciones. Te veré dentro de tres días.

Cuando el discípulo volvió su atención a las cosas externas, el sabio ya se había marchado; sobre su cabeza se insinuaban las primeras estrellas. La campana de madera y metales alquímicos espantaba los malos espíritus desde la torre del gran templo.

Sani regresó a su celda y, en esos tres días, no vio la luz del sol ni probó bocado. En tan breve lapso comprendió algo que no había podido interpretar en largos y numerosos años.

Todo discípulo cree, durante sus primeros pasos, que los peligros se llaman lujuria, gula, pereza, violencia o dogmatismo; que tan pronto como aleje de sí esos vicios será un iluminado, tendrá grandes poderes para ayudar a la Humanidad, y escapará de los renacimientos forzosos. Así lo había creído él también. Ahora miraba el rostro espantoso de su error. Sabía que, aun cuando se superan esas formas groseras de la ignorancia, quedan otras más sutiles y, por ende, de mayor peligrosidad.

Enemigos invisibles, disimulados, se esconden en el seno de cada acción y de cada inacción. ¡Difícil es el «camino estrecho»! La capacidad de discernir es lo principal en un aspirante a los Misterios. El mal, o sea, el «menos bien», se torna inteligente a medida que pierde brutalidad; y lo bueno para un estudiante puede no serlo para otro. Llegado a tal punto del sendero, cada uno debe consultar consigo mismo y depender cada vez menos de las ayudas externas, llámense Maestros, ángeles o dioses.

La armonía no proviene del juego de los iguales, sino de los opuestos; de tal forma, nadie sabe mejor qué es lo que duele a un aspirante sino él mismo; en él está el mal, y en él, el remedio. ¡Cuánto había leído y escuchado sobre el tema! Sin embargo, sólo ahora comenzaba a vivirlo.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

En un libro hindú muy antiguo había encontrado cierta frase enigmática que, luego de su diálogo con Giordano, aparecía transparente y luminosa: «Muchos pueden entrar en el Nirvana, pero ninguno lo gozará hasta que el último de los prometidos haya penetrado en él».

¡Qué significado hondo y magnífico cobraba a sus ojos la enseñanza de Jesucristo sobre la caridad! Ya no era una frase llamada a cumplir un fin más bien emotivo que práctico, sino una realidad evidente y necesaria.

¡Cómo relumbraba, asimismo, la «no violencia» y «respeto por todas las vidas» que aconsejaba el Buda! Así como una pequeña llave suele abrir grandes puertas, las palabras del filósofo de los ojos de fuego eran claves que habían descornado para él sombríos cortinados de ignorancia.

En honor a la verdad, el discípulo Pablo Simón se había convertido en «Sani» sólo para desarrollarse espiritualmente y regresar junto a sus hermanos más oprimidos de Europa a fin de iluminarlos y ayudarlos a traspasar triunfalmente el valle de sangre y lágrimas en que habían caído. Pero, seducido por el hechizo de la autosuperación, había olvidado el fin primordial de ese viaje que, de no mediar la presencia del sabio Giordano Bruno, hubiera resultado sin retorno.

¡Sí, él debía volver a Occidente! ¿Qué importaba su liberación si a otros millones de hermanos les estaba vedado pensar, creer, amar?

Porque muchos filósofos emigraron buscando sus serenidades personales, Occidente había decaído desde el siglo de Pericles hasta el de las hogueras. ¿Dónde estaba la medicina moral y psicosomática de Hipócrates; dónde la ciencia de Pitágoras y Euclides; en qué lugar florecían inteligencias como las de Sócrates, Platón o Aristóteles? Perdidos los conceptos de las leyes cíclicas, la redondez de la Tierra, las altas matemáticas y la medida áurea en arquitectura; suplantados los antiguos templos, donde la Divinidad descendía dulcemente en los corazones de hombres y mujeres libres y puros... Tal era el cuadro que se presentaba ante el nuevo Pablo Simón, pero él ya había elegido: volvería a Occidente, con Giordano o solo, pero antes de una semana debería partir.

Al amanecer del cuarto día, apenas finalizados los sacrificios al espíritu del Sol, se presentaron en su cuarto el Adepto y Giordano Bruno; ambos, de tan dispar figura, sonreían de una idéntica manera.

—Sé que nos dejas... y te felicito. Mi hermano te guiará eficientemente en aquello en que aún lo necesites. Que los dioses te sean propicios...

Sin otras palabras, el Adepto oriental se inclinó levemente y abandonó el cuarto.

—Veo que leéis fácilmente mis pensamientos; eso demuestra que, aun en mi pequeñez, tengo afinidad con vosotros, ¡oh sabios!

—Así es. Si no tienes inconvenientes, partiremos al amanecer de mañana.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Tardaremos mucho en llegar a Europa?

—Un año, tal vez menos.

Esas veinticuatro horas le parecieron al aspirante cortas y, a la vez, largas. Sentía impaciencia por partir, pero al mismo tiempo no podía evitar algo de tristeza al abandonar tan maravilloso paraje de paz y sabiduría. ¡Tanto le había dado Oriente! ¿Y su gurú? Tal vez ya sabía de su partida; aquel sabio y humildísimo anciano había colaborado no poco en su perfeccionamiento espiritual, e impulsado a retomar el sendero del servicio, de la recta acción.

El sol se elevaba pocos grados sobre el horizonte cuando, acompañado por la presencia silenciosa de Giordano, dejó atrás la puerta de la muralla.

El viento del desierto fue borrando presuroso los pasos en la arena pedregosa, tal cual borran los vendavales del tiempo el efímero paso de los mundos, identificándolos en el seno de la inmutable realidad.



Así como los distintos seres de la Naturaleza se adaptan progresivamente a un nuevo medio de vida a medida que penetran en él y se ven forzados a reaccionar, los dos filósofos peregrinos sumergíanse en la convulsionada zona de influencia europea. Giordano, con la fuerza incontrastable de quien se conoce; Pablo Simón, llevado de la mano por la ronda de sus proyectos, de sus ansias de liberación y de servicio.

Hacía siete meses que a sus espaldas se habían achatado las cúpulas de la Ciudad Sagrada, en Gobi, bajo el peso creciente de la distancia... Pablo Simón recordaba el largo viaje, mientras la barca que ocupaban era empujada por la corriente del Nilo, cercano a resolverse en el mar. El motivo de la visita a Egipto era una incógnita para el discípulo. Habían embarcado sigilosamente cien kilómetros más arriba, y lo único que sabía era que en cierto lugar del delta les esperaba un antiguo colaborador de Giordano .

La barca, viejo conjunto de gruesos maderos, flotaba pesadamente, casi a la deriva. Media docena de indígenas la guiaban con sus larguísimas varas que, a la vez, apartaban los macizos de camalotes. Las aguas, siempre crecientes, se habían tornado rojizas en los últimos días, portadoras de aquel limo característico del Nilo, que convierte países desérticos en una de las zonas más fértiles del mundo.

Paulatinamente, las espumosas ondas que se sucedían de cuando en cuando ensanchaban el cauce y cubrían las ruinas que señalaban el paso de razas de hombres ya olvidados, de naciones que abandonaron a otras el cambiante escenario de la Historia. Los marineros entonaban una extraña canción; según ellos, habíanla aprendido del viento al pasar entre las grietas de la Esfinge.

Pablo Simón se sentía impaciente; intuía que aquella entrevista, la primera desde su arribo a Occidente, con aquel miembro de las fraternidades secretas, tenía una importancia enorme y de proyecciones imprevisibles. Para aquietar sus ideas, se echó a andar por la cubierta. Giordano, inmóvil, sumido en sus abismos interiores, estaba sentado en proa, inclinado sobre las aguas. El que oficiaba de patrón del buque, un sirio de rostro enjuto y tizado por el sol, dirigía aquel extraño coro en sus letanías; de la ancha faja que ceñía su túnica sobresalía la cubierta de un libro.

El detalle intrigó sobremanera a Pablo Simón, pues aquel hombre difícilmente sabría leer, y menos en lenguas europeas. Debe de haberlo robado; tal vez sea algo interesante, pensó, a la vez que interrogaba al patrón en la difícil lengua del país.

—Este libro lo traía un hechicero de túnica negra..., un infiel que acompañó al ejército que arrasó nuestro puerto, mató a los niños y se llevó a nuestras mujeres como juguetes que luego arrojarán al mar... El hechicero quemó a nuestros magos y astrólogos. Después utilizó mi barca, que entonces era un hermoso velero, para regresar a Sicilia; en el viaje se emborracharon todos y se mataron los unos a los otros...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Quién mató al hechicero? ¡La verdad!

—Mis hombres lo arrojaron por la borda...

—Eres musulmán, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y acaso el fundador de tu religión no enseñó que debían amar a todos los hombres, aunque no fuesen musulmanes?

—Sí... Pero ¿no es asimismo cierto que el Profeta de los cristianos les enseñó la mansedumbre y el error de matar? ¿Cómo entonces sus fieles ocupan nuestras tierras, bloquean nuestro comercio y queman a cuantos les place? ¿Por qué tratan de arreglarlo todo por las armas?

Pablo Simón se quedó mirando, silencioso, a aquel hombre de relativa cultura y buena posición económica al que habían empujado a ser un oscuro patrón de barca, rodeado de salvajes, a mil kilómetros de su patria. ¿Qué le podía contestar a ese testimonio viviente de la actuación de la llamada civilización europea? A sus espaldas, Giordano lo hizo por él:

—He oído lo que has dicho, buen Abdul; óyeme ahora. Si uno o dos de tus hombres enloquecieran e intentaran estrellar la barca contra la orilla occidental, ¿enloquecerías tú también y tratarías de hundirla en la oriental o, manteniéndote cuerdo, apresarías a esos marinos y mantendrías la embarcación en el medio del cauce?

—Haría lo último..., pero esto...

—¡Óyeme! La Humanidad también es una barca en el río de la vida; si los miembros de una religión se trastornan y pretenden destruirla y matar a la mayoría de los pasajeros, ¿por qué las demás religiones han de imitarlos? ¿No es esa una forma de servilismo, de obediencia? Si os invaden, defendeos, pero sin odio... Las semillas del odio, Abdul, florecen en desastres. La acción siempre engendra reacción. No seáis violentos, y tarde o temprano cesarán de violentaros... No olvides lo que te he dicho ni lo pases por alto; tal vez tu vida y la de tu raza dependan de que se cumplan o no estas normas.

—Tus palabras, ¡oh sabio!, se vuelven vaticinios tan negros como las nubes de tormenta, pero tal vez se apliquen mejor a los cristianos.

—Ellos también tendrán su merecido y cosecharán tanto dolor como el plantado. La ley de Dios es justa y no tiene «pueblos elegidos»; aun el Sol es injusto a su lado...

El patrón volvió dubitativo a dirigir los cánticos, que habían decaído, y Giordano, apoyado en la borda de proa, siguió escrutando las aguas.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Adónde vamos, Giordano? Todos huyen de la gran creciente y los islotes se tornan trampas sumergidas... ¡Mira los cocodrilos cómo buscan sus presas entre los infelices animales cercados por el agua!

—En dos horas más llegaremos...

—El delta está a la vista... ¿Dónde nos espera?

El interrogado, dirigiéndose a Abdul, le dijo:

—¿Podremos llegar al templete de Isis antes de que lo sumerja la gran onda?

—Sí, estoy seguro... ¿Hacia allá vamos?

—Esta bolsa de oro es tuya si veo sus muros antes de que brillen las estrellas.

Abdul no pudo contener una mirada codiciosa a los dineros, que triplicaban largamente el precio convenido para el viaje.

Pablo Simón observaba con gran interés los templos y pirámides de ambas orillas, y las misteriosas montañas orientales. El sol descendía rápidamente acentuando el sangriento tinte de las aguas. Ahora los marineros trabajaban afanosos y jadeantes en la conducción de la barca a través de los cenagosos canales semibloqueados de camalotes, maderos y cadáveres de ganado arrastrados por la inundación. Grandes bandadas de ibis, el otrora pájaro sagrado, pasaban rozando el mástil único de la barca.

Cada ruina que se avizoraba conmovía a Pablo Simón, que interrogaba a su Maestro con la mirada, por saber si era el templo de Isis.

El sol estaba muy bajo cuando desembocaron en un canal ancho y de turbulentas aguas; sus orillas, cubiertas de vegetación exuberante, se diluían en la corriente. De pronto, los marineros se volvieron airadamente al patrón, envolviéndolo en gritos y ademanes amenazantes. Este les habló breves palabras, y luego de repartir algunos estacazos entre los más acalorados, les obligó a continuar sus tareas.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo Simón.

—Los egipcios de esta región creen que en el templete de Isis habitan los fantasmas de los antiguos sacerdotes y temen sus maldiciones ante nuestra cercanía... Esta es la tercera vez que Abdul me trae aquí y siempre ocurre lo mismo...

—¿Funciona una logia en él?

—Sí y no. Ya sabrás más al respecto.

—¿Puedo preguntarte quién es el que nos espera?

—El caballero de Venti, sabio muy destacado en la ciencia sagrada.

—¿Pertenece a las logias de Milán?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Sí, y aun actúa en los Estados Pontificios y en todos los ducados de la península.

A proa emergía, en medio del cauce, asentado sobre un islote sumergido, una construcción cúbica, sin bajorrelieves, pero coronada por especies de almenas que figuraban pimpollos de loto. La puerta de acceso constituía una sola hoja de piedra herméticamente cerrada, a la cual las olas ya llegaban a su marco inferior. El sol, casi cubierto, teñía fantásticamente el paisaje, y el templete destacaba blanquísimo en medio de un río de lacre fundido.

La maniobra de atraque fue difícil, pues las aguas venían cada vez más velozmente y las grandes ondas se habían convertido en oleadas de formidable potencia y peligrosidad. Por fin, con la ayuda de un cable, los dos filósofos saltaron sobre la escalinata sumergida que conducía a la única puerta. Giordano despidió con una señal al barquero, que apretaba contra su pecho la voluminosa bolsa de oro. La embarcación se alejó rápidamente empujada por la corriente, y hasta que la misma no desapareció por uno de los canales laterales, el instructor permaneció inmóvil, insensible al peligro de las olas, que al embestir la escalera los empujaba íntegramente.

Por fin, Giordano pareció despertar de su abstracción y dio unos veinte golpes con su cayado sobre un rincón de la puerta, hecho lo cual retornó a su anterior estado.

Pasados un par de minutos, la gran mole giró sobre sus goznes un corto trecho y permitió el paso de maestro y discípulo, quienes penetraron en una pequeña estancia iluminada con lámparas azules y decorada con murales y tapices del mismo color, utilizando distintos tonos.

—Esto parece el cielo —comentó Pablo Simón dirigiéndose a Giordano.

—Es el verdadero «hogar del hombre»; tú lo sabes.

El roce de una puerta al abrirse interrumpió el diálogo, y un hombre de estatura mediana, rasgos delicados y edad incierta, se apersonó en la sala, ataviado con una finísima túnica de lino blanco. Cambió respetuosos saludos con Giordano y recibió cariñosamente a Pablo Simón, quien supo que él era el conde de Ventí, famoso en toda Europa por su sabiduría y los legendarios trabajos alquímicos que se le atribuían.

En el templete de Isis que, según explicó Giordano, jamás había servido para ese culto, se habían reunido una veintena de dirigentes de distintos movimientos dentro de la gran fraternidad oculta.

Pablo Simón se integró a distintas ceremonias, hasta que los jefes de mayor grado iniciático descendieron a la gran cripta, que estaba labrada a más de veinte metros de profundidad por debajo del canal. Una escalera de caracol parecía descender a las entrañas de la tierra. En una especie de antecámara que se hallaba inmediatamente encima de la principal, Giordano se apartó con su discípulo, explicándole:

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Este templo lo construyeron los primitivos colonos atlantes hace más de cuarenta mil años, en un islote, en medio del mar, frente a la desembocadura del gran río. Desde entonces, distintas logias iniciáticas lo han utilizado, debido a sus características especiales, al aislamiento en que lo han confinado los habitantes de esta región, aterrorizados por algunos fenómenos de «materialización» de cuerpos sutiles, normalmente invisibles, que ocasionalmente han presenciado en las cercanías. La construcción es tan perfecta que, a pesar de que las crecientes anuales del Nilo la sumergen casi hasta su terraza superior, cubriendo la puerta bajo varios metros de agua, no penetran en ella más que algunas gotas, permaneciendo secas y aireadas las criptas interiores.

—¿Os reuniréis ahora allí abajo?

—Así es, amado Pablo Simón. Te he traído hasta aquí pues este es el lugar donde, por ahora, debo dejarte. La ceremonia que de inmediato realizaremos es aún más vieja que el mar y las montañas, pues antes de que estuviese fundado el cuerpo físico de este planeta, ya se realizaba en otros rincones del universo. Los sacerdotes, que llevamos túnicas blancas brillantadas de manera alquímica por el zumo de cierto fruto, colocaremos nuestros cuerpos imitando determinadas estrellas en el cielo. El ámbito es azul y los perfumes cuidadosamente elegidos por los dioses de la Naturaleza. Luego nos «desdoblaremos» y efectuaremos la ceremonia real en los planos sutiles, utilizando nuestros cuerpos energéticos.

—Así, las almas de las estrellas se reúnen en inconcebibles misterios, más allá de sus resplandecientes vestiduras físicas, ¿verdad?

—«Como es arriba, así es abajo»... No olvides nunca esta llave de oro. Recuerda que las más poderosas son las más sencillas; estas abren todas las puertas de la Naturaleza... Ahora, vuelve arriba, haz lo que quieras y regresa aquí dentro de setenta y dos horas, a medianoche.

Pablo Simón se inclinó profundamente ante su Maestro, saludó a los otros sacerdotes y emprendió el regreso ágilmente.

Al salir a la terraza, los intangibles emisarios del horizonte hincharon los pliegues de su túnica; el agua, a solo dos metros de sus pies, embestía ruidosamente las carcomidas paredes de mármol blanquísimo. La lucha entre la fuerza estática de la piedra y la del agua llenaba el templo de rumores vagos, como los que se oyen al apretar fuertemente las mandíbulas. De cuando en cuando, algún madero golpeaba los muros con fuerza de acicate...

Pablo Simón gozaba de su soledad y de la Naturaleza en ebullición que no permitía llegar a sus oídos ningún otro sonido que no fuesen sus voces. Aquella atalaya, desde donde observaba la inundación, le asemejaba su castillo espiritual, firme y sereno entre el tráfigo de las multitudes enloquecidas por la ilusión, hija de la ignorancia y el dolor. Algunas nubes pequeñas velaban las estrellas...

—¡Así las mentirosas ilusiones del mundo velan el Ideal! —exclamó en voz alta.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Las olas refutaron su frase con aullidos poderosos, a falta de razones. Acodado en la muralla almenada, más allá de los lotos, su frente se iluminó con el reflejo de un recuerdo:

—Hipatia... —murmuraron sus labios; pero él los aprisionó en una máscara de serena indiferencia.

Una corriente, frente a la cual la que estaba ante sus ojos era pálida imagen, empezó a asaltar su místico resguardo espiritual. Casi con violencia abandonó la baranda para ir hacia el rincón que miraba al noroeste; allí el agua parecía huir acosada por sus miradas. Majadas enteras de vellones de espuma marchaban acuciadas por los pastores de la necesidad...

—En los pueblos del Asia Menor se dice que el viento trae recuerdos... —la voz dulcísima y diluida lo petrificó sobre los tallados lotos del muro. Sin atreverse a volver la cabeza, preguntó:

—¿Eres tú?

—Piénsalo, si ello te hace feliz... A veces es sabio permanecer en la ignorancia...

Pablo Simón se volvió lentamente; en medio de la terraza estaba de pie la tan conocida imagen. Su rostro estaba tan velado que parecía un óvalo de luz, un trazo misterioso de luna.

—Otras veces me notaba adormilado... He llegado a dudar de estas comunicaciones... Mas ¡hoy estoy bien despierto y tú me hablas!

—¡Oh, no des importancia a eso! De muchas maneras te hablo... Yo aún estoy atada, pero un día te mostraré cómo hablan entre sí los árboles, las estrellas y los hombres que han perdido sus rostros...

—¡Hipatia, dulce hermana! A veces me noto débil interiormente, no porque me faltes tú, sino porque no descienden hacia mí los divinos instructores que, con un solo signo, levantan al caído, restañan las heridas y recorren los velos de la carne...

—Hermano, si das una limosna, ¿lo haces con el rico o con el pobre que nada tiene? Evidentemente, beneficiarás al más humilde... ¡Alégrate, entonces! Estás ya tan cerca de los Maestros que ellos te tienen confianza y te dejan en relativa libertad... como a los niños crecidos.

—¡Tus palabras son bálsamos de paz! Pero mi mente es amiga de tejer sofismas, y ella me hará pensar que, entonces, los más incultos y alejados de la armonía divina son los mayores, los que están más solos...

La sombra tuvo un movimiento de desasosiego y luego respondió con voz un poco triste:

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—No permitas que tu cuerpo te engañe; tú no eres tu cuerpo. El que vive alejado de la gran Ley de amorosa sabiduría no está solo, sino mal acompañado, rodeado de multitud de pasiones, temores, odios y otros engendros espantosos. Pero el hombre que se libera comienza a estar relativamente solo, tiene menos compañía pasional, se resume en su yo para hallar el yo de todos, y de allí el no-yo. Cada paso en el sendero es una ilusión menos que nos acompaña, una mentira menos...

La visión pareció esfumarse y su voz se confundió con la del viento.

—¡No te vayas! Hipatia... ¿por qué habrá pasado esa cosa tan horrible...? Juntos hubiéramos dado a la Humanidad...

—¡Calla! ¿Para qué evocar lo que no pudo ser? ¿Cómo sabes que de otra manera hubiésemos sido más útiles? ¿Pretendes ser más sabio que el destino?

—No... Pero... ¿por qué un destino tan cruel? Sé que tiene que haber una causa, una deuda que provoca todo esto; mas ¿cuál es? ¿Cómo pudimos haber sido tan malvados, tan ignorantes?

—¿De dónde sale toda esta formidable corriente de agua? ¿No parece imposible que surja de la tierra o del cielo, así, de improviso, desmoronando las costas, destruyendo islotes y reconstruyéndolos a kilómetros de distancia, matando, quebrando y, sin embargo, llevando la fertilidad, provocando la civilización? Los tenues vapores engendraron las gotas diminutas y la unión oportuna de ellas lo hizo todo... En los Misterios se nos ha enseñado lo difícil que es romper varias briznas juntas...

—Pero nosotros somos briznas separadas, Hipatia.

—¡No blasfemes! ¡Que estos muros no guarden el eco de esas torpes palabras! Si estamos unidos por el amor, ninguna Inquisición puede separarnos. Tú sólo debes amar al Todo a través de Hipatia. Un día seremos una sola alma, y ya no nos veremos separados. Si tú sabes eso, si lo has bebido en las criptas de la logia, ¿cómo puedes negarlo y caer en el error favorito del vulgo y pensar que las pequeñas cosas de la vida física son de importancia definitiva? El amor entre los seres trasciende estos abrigos de carne y la duración de los mismos. Cuando la afinidad espiritual establece un vínculo noble, puro, ninguna circunstancia formal le afecta, y aquel que lo sabe no sufre. Amado hermano, quiero que mis visitas, si puedo repetir las, no te causen amargura sino dicha espiritual, que robustezcan tu fuerza y vivifiquen tu inteligencia. Está pronto el amanecer..., debo retirarme...

—¿Te vas porque amanece? Tú no eres una larva sombría para que huyas a la vista de los pequeños Señores de la Aurora...

—Este vehículo que tú ves y que emite sonidos como la voz humana es una «sombra», y no resistiría la luz solar... Pero no te engañes, estoy siempre a tu lado, y nuestro vínculo místico te contempla desde la danza cósmica de las estrellas hasta las luminosas declaraciones amorosas de las luciérnagas... Un misterio arriba, un misterio abajo...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Adónde iré ahora? ¿Dónde estás tú?

—Tu sabio instructor te aconsejará sobre el camino a tomar; en cuanto a mí, marcharé contigo, y a la noche, cuando estés sumido en sueño, vendrás a mí y trabajaremos como hasta ahora, juntos...

La aparición perdió rápidamente su consistencia y su voz terminó con un suspiro, parecido a una queja.

—¡Hipatia! —Pablo Simón había extendido los brazos inútilmente; solo una ráfaga de viento se refugió entre ellos, pero su corazón latía feliz y esperanzado.

Luego de oficiar ante el sol naciente, se entregó a un largo y esperado reposo.

A la hora fijada, el discípulo descendió la tenebrosa escalera de caracol y fue a aguardar a su Maestro junto a la puerta-trampa que comunicaba con la gran cripta.

Apenas unos minutos más tarde, un abrazo lo unía al pecho generoso y valiente del filósofo. Ascendieron juntos la escalera y se estacionaron en uno de los saloncitos superiores. Estaba decorado con mármoles dorados y tapices anaranjados; del techo pendía una gran esfera de un material parecido al vidrio, que irradiaba una luz amarillenta y cálida, muy similar a la solar.

A pesar de que Pablo Simón había visto en distintas oportunidades lámparas alquímicas, algunas alimentadas con oro líquido, cuyas llamas duran siglos sin necesitar más carga que la pequeña original, no había conocido nada parecido a la que lo alumbraba ahora.

—Maestro, las anteriores lámparas que observé fundamentaban sus maravillosas cualidades en la reintegración de sus elementos, alimentados mediante la emanación de una luz absolutamente fría; pero esta es cálida, tanto como la del sol... ¿Cómo se compensa tal pérdida de energía? ¿Hace falta cargarla cada pocas horas?

—Existen simpatías entre algunos elementos de la Naturaleza que tú aún ignoras; están potenciales en todo el universo, pero solo se encuentran activos en un lugar del tiempo y el espacio. Pues bien, alterando los factores concurrentes, de tal manera que lo potencial se manifieste, ¿qué dificultad hay para que aprovechemos la enorme cantidad de fuerza calórica y luminosa oculta en los átomos de unos pocos granos de oro? Ese metal, tú lo sabes, es la reacción de ciertos elementos terrestres ante la acción del sol, bajo la dirección de los ángeles solares, o sea, de inteligencias que cuidan esos procesos de la Naturaleza. Sé que estos datos no te darán la solución al problema, pero te colocan en el primer paso. El error de los hombres es pedir soluciones antes de haber desarrollado plenamente los problemas que se les encaran.

—¡Gran verdad es esa! Hermano, ¿tienes alguna novedad para mí?

El rostro de Giordano daba ligeras muestras de cansancio y calentaba sus manos cerca de la lámpara. Pablo Simón se apresuró a agregar:

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Pareces agotado... No pospongas tu descanso por mi curiosidad.

—¡Oh, no! Mi cuerpo ya se está vivificando y restablece sus corrientes energéticas por el efecto de estos rayos; es que aún no he logrado dominarlo plenamente... Ya lo lograré... Óyeme, Pablo Simón: te aconsejo, según la opinión de «los que saben», que vuelvas a «Las Ruinas»; allí está tu logia que te espera. Yo debo partir hacia Italia; recorreré varias ciudades de Europa e intentaré dar una forma más asequible a las enseñanzas sobre astronomía y física. Tal vez en algunas universidades donde hace años dicté varias cátedras me permitan hacer cursos para los estudiantes. Los profesores están demasiado carcomidos por la propaganda política y el terror a la Inquisición y a las venganzas como para que se atrevan a escucharme, a liberarse de sus prejuicios y dogmas, al menos por una hora...

—¿Me permites acompañarte? Sé algo de química y alquimia y tal vez te sea útil.

—Mucho me agradaría, pero serás más útil en «Las Ruinas»; el deber está por encima de las infantiles apreciaciones del «me gusta» o «no me gusta»... Así, del deber deviene la felicidad espiritual, pues se acciona conforme a la Ley, se planta semilla sana. Mi trabajo lo haré solo y en mis viajes colaborará el conde de Venti, un hermano admirable por sus virtudes, su conocimiento y también por la habilidad con que sortea las trampas que de continuo nos colocan los fanáticos e ignorantes.

—¿Crees que los jóvenes estudiantes de Europa podrán beber tanta sabiduría?

—Tal vez no, pero les enseñaré lo que insisto siempre ante vosotros: «A falta de evidencias hay que recurrir a la duda». Al menos, aprenderán a dudar y, tú lo sabes, ese es el primer paso hacia la verdad que da el alma esclavizada por la ignorancia.

Así siguieron conversando hasta que la luz del sol ocultó entre sus brazos los rayos de la lámpara, su hija.

Tres días después, del templo de Isis partían dos barcas, una portando al Maestro, otra al discípulo; ambas hinchaban sus velas a impulsos del mismo viento.

Los pinos, agitando sus mil manos verdes, saludaron el regreso de Pablo Simón a «Las Ruinas». Disfrazado de monje dominico llegó hasta la entrada secreta y llamó con la señal convenida. En breves minutos crujieron los cierres y pudo alzar la puerta-trampa.

La luna llena, surgiendo lentamente en el horizonte, destacó la absoluta oscuridad de la escalinata y el primer recinto. En voz alta canturreó la frase que les servía de señal; casi de inmediato, una pesada manta le envolvió la cabeza y se sintió derribar, fuertemente sujeto.

Cuando lo descubrieron, se vio rodeado de una docena de encapuchados silenciosos pero amenazantes. La punta de una espada se apoyó en su pecho y una voz le indicó levantarse y marchar por el corredor hasta una de las cámaras. Allí le ofrecieron un asiento, y dejando a cinco hombres de guardia, le pidieron que aguardase en silencio.

Pablo Simón obedeció sonriente, aunque algo extrañado por las medidas preventivas, más enérgicas que hacía quince o veinte años.

Una voz potente y desconocida le hizo levantar la mirada.

—¿Quién eres y cómo conoces nuestro secreto? Si hablas, nada te ocurrirá...

—¿Y si no hablo, me mataréis acaso? ¿Dónde está el hermano Once? ¿Por qué este ambiente de violencia? Contestadme, soy hermano vuestro, anteriormente conocido en el pueblo bajo el nombre de Pablo Simón Fosoletoe...

—¡No trates de engañarnos, dominico! ¡Bien sabes que Pablo Simón ha muerto!

—¡Basta ya! Estáis alarmados y obráis precipitadamente. En lugar de reprocharme, ¿por qué no me pedís la descripción del sagrado símbolo que nos distingue? ¿Puede ello saberlo un dominico?

Con ademán decidido tomó los útiles de la mesa y escribió los siete signos que luego mostró a sus interrogadores.

—¡Perdón, hermano! Hace solo cinco años que he ingresado en la logia. No podía reconocerte ni creí que vivieses. Aquí todos te daban por muerto en las lejanas tierras de Oriente... Has de saber que el hermano Once ha abandonado el mundo físico en manos de los inquisidores, quienes le tendieron una emboscada, hace ya tres años.

—¡Mi buen Maestro! ¿Cómo no supe nada, cómo mi corazón no sintió su suplicio?

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Según entiendo —dijo otro miembro que hizo su entrada en la sala—, tú estabas realizando una misión espiritual, y él no habrá querido darte dolor ni desasosiego... Por ocultas razones, pudiéndonos comunicar telepáticamente contigo, no se nos ha permitido... Aún es más, los hermanos mayores recomendaron que te hiciésemos pasar por muerto...

—¿Sabéis que estoy bajo la instrucción directa de Giordano Bruno?

—No lo sabíamos, pero Nápoles puede estar orgullosa de que en su suelo haya nacido tan grande hombre. Es un santo y un sabio..., un verdadero filósofo.

—Veo que le admiráis...

—Hermano querido, ¿quién de nosotros no admira a un hombre de tales condiciones? Mas ahora descansa; mañana hablaremos.

Cuando Pablo Simón despertó, en el lecho de su antiguo cuarto, una manada de recuerdos se precipitó sobre él, pero los espantó de inmediato con el fuego impersonal de su corazón.

Todo ese día lo dedicó a narrar sus andanzas a los hermanos de la fraternidad, y a oír las nuevas de Occidente. Se enteró, con inmensa amargura, que el pleito político-religioso creado por la corrupción de la fe, y su desintegración en facciones antagonistas, seguía cubriendo de sangre los suelos de todos los países de Europa. La Reforma, aunque impotente para aplastar al papado romano, era demasiado fuerte para perecer y, dentro de sus dominios, se afianzaba cada vez más. Por ello se le habían dado al Santo Oficio plenos poderes, de tal forma que no tenía más freno ni medida que la intención de sus integrantes.

Pablo Simón, que había pensado que el movimiento de la llamada Contrarreforma podría regenerar la moral en el clero, se enteró de que, si bien algunos católicos bienintencionados habían abandonado su vida sibarítica, no todos lo habían hecho así, y la nueva tendencia era excusa para arrasar pueblos enteros, pasando a mujeres y niños por las armas y quemando a cuanto librepensador cayese en manos de los inquisidores.

En cuanto a las logias esotéricas, también se encontraban afectadas por la terrible convulsión. Mucha gente, liberada de la creencia en la infalibilidad eclesiástica, trataba de refugiarse en las fraternidades secretas; mas como estas eran muy celosas de la calidad moral e intelectual de los aspirantes, algunos miembros sin mayor grado iniciático habían formado organizaciones semiesotéricas, que empezaban a lograr gran incremento, sin exigir mayores aptitudes a sus afiliados. Estas guardaban la forma de los Misterios, pero carecían de profundidad, abrumadas de influencias políticas y económicas. De allí surgirían las logias y federaciones de logias que, a través de los siglos siguientes, serían confundidas con las verdaderas escuelas y centros esotéricos.

La Humanidad, angustiada, tendría que volver, tres o cuatro siglos más tarde, su mirada al Oriente en busca de la llave que abriese las puertas herrumbradas de sus propias religiones, y vitalizara sus agotados manantiales morales, dando, en cambio,

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

progreso material a los pueblos orientales. Así, el divino equilibrio volvería a reinar en la Tierra.

Con el ánimo oscurecido, a pesar de la sabiduría que iluminaba sus ideas, Pablo Simón decidió realizar una visita al padre Antonio en el colegio parroquial. Este se había separado del trabajo activo en la logia, donde había militado casi cinco años, pero sostenía que su alma solo latía en luces por la sabiduría ecléctica.

Al anciano párroco no le extrañó demasiado la visita de aquel dominico extranjero, silencioso, cauteloso en sus movimientos, de mirada profunda y bondadosa. Una vez que los dejaron solos, luego de las presentaciones de costumbre, el clérigo le preguntó:

—¿De dónde vienes, hermano?

—De un hogar al que regresaré a través de miles de jornadas... «En el seno del Padre-Madre todos los hijos están en su hogar...». ¿Aún recordáis las enseñanzas herméticas?

Los ojos del anciano se agrandaron detrás del grueso cristal de sus anteojos, y luego se achicaron escrutadores. Entre sus labios secos y rígidos se escaparon, deformadas, las palabras:

—¿Quién sois?

—¡No temáis! Soy vuestro antiguo amigo, Pablo Simón, discípulo del hermano Once... ¿No me reconocéis?

La amplia sonrisa del discípulo desarmó al religioso, quien aflojó los músculos y pudo acomodarse en su asiento. Mas pronto volvió a atenazarlo el miedo, y preguntó casi agresivo:

—¿Estáis loco? Pablo Simón ha muerto... ¿Y quién es ese hermano Once?

—El padre Mateos... No temáis, hermano; en la logia os recordamos con cariño y he venido a expresaros mi afecto. Si soy molesto me iré sin decir más palabras...

—¡No! Perdonad a este viejo vacilante, pero todos os creíamos muerto... Además, la persecución se ha vuelto terrible, de una eficacia tal...

—No precisáis disculparos, hermano. Se aplica la violencia tan abiertamente que todos estamos más o menos aterrorizados. ¿Podemos hablar aquí libremente?

—Sí... Todos me obedecen fielmente. Los fiscales inquisidores no se ocupan de mí y gozo de verdadera tranquilidad... Hasta poseo mi pequeña biblioteca escondida, con libros prohibidos, por supuesto... Son copias de grandes tesoros filosóficos... Hallo muy agradable vuestra visita, Pablo Simón. Si disponéis de tiempo, os ruego me dediquéis un par de horas. Hace tanto tiempo que no hablo con nadie de estas cosas...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Veo que estáis tranquilo y os instruís en la ciencia sagrada sin inconvenientes.

—Sí, la verdad es que estudio arduamente.

—Yo también, en Oriente, en perfecta paz y sumido en prácticas y estudios metafísicos, casi me enredo para siempre en las sutiles trampas del egoísmo. Vos ahora tenéis tranquilidad y estudio, pero nada hacéis para que otros pobres e infelices hombres gocen de esas ventajas. A nadie instruís en los Misterios, ni compartís vuestros libros, ni lucháis contra el oprobio y la locura de las luchas fratricidas por deformaciones dogmáticas... ¡Ay, hermano! No solo pecamos por obrar mal, sino por no obrar bien...

—¿Y qué puedo hacer? Yo no soy un héroe. ¡No tengo valor para hacerme matar!

El anciano había arrojado sus lentes y se paseaba a grandes pasos por la sala. Su rostro, lívido de miedo y de ira, se plegaba en un rictus amargo.

—¡Nadie os pidió tanto! Simplemente resistid con vuestra opinión. En las reuniones íntimas clamad por la justicia; en los ágapes públicos insinúad hábilmente su ausencia. Despreciad a los delatores y a los verdugos. Ningún tirano ejercitaría sus sangrientas tragicomedias si no existiese el coro de imbéciles que lo festejan, y el de cobardes que le huyen. Un silencio sereno, y aun una sonrisa evidentemente forzada, desarmarían su brazo, harían grotescas sus arrogancias y sus aullidos de omnipotencia. Pero vos... ¡seguid sumido en la paz! La paz embotada que acarrearán los sentidos satisfechos, el mucho dormir y el poco trabajo...

—¡Callad! ¡No quiero oír más! ¡Dejadme en mi vida! ¡Mi vida es mía! ¿De qué sirvió la muerte del padre Mateos, de qué?

—Su muerte, tal vez de nada; pero sí la vida que se coronó con esa muerte...

—¡Estúpido! ¡Locos todos! ¡Guardias!

Evidentemente, el padre Antonio había enloquecido de terror, empujado por el remordimiento; pero, afortunadamente, los gruesos muros y puertas apagaron sus gritos, de manera que no cundió ninguna alarma. Al poco rato se presentó su secretario preguntando si lo había llamado, pero para entonces el anciano se había calmado en parte, y los ojos de Pablo Simón, penetrantes como dagas, punzaron su razón, llamándolo a la prudencia.

—Sí, padre Juan; os llamaba para que acompañéis a este hermano hasta la salida... Volved por aquí dentro de dos días, hermano. Hablaremos con más tiempo y podréis partir de inmediato al extranjero.

Pablo Simón se inclinó en silencio y, cubriéndose el rostro cuanto pudo, se dejó llevar por aquellos pasadizos que tan bien conocía. Ya solo, en la calle, en previsión de que le siguiesen, comenzó a andar rumbo a una capilla muy antigua que estaba un par de kilómetros.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Por un momento se había sentido perdido, pues el padre Antonio se había descontrolado totalmente; pero sabía que, pasado el primer momento, ni la logia ni él correrían peligro. El párroco, si bien de temperamento cómodo y de poco valor, poseía buenos sentimientos y temía verse complicado por sus antiguas, si bien efímeras, relaciones con la fraternidad de «Las Ruinas».

La larga caminata, el observar la gente y la meditación, devolviéronle a «Las Ruinas», física, emocional y mentalmente agotado.

Ante su nueva visita, según habían convenido, el padre Antonio lo recibió en su despacho, pero le rogó que no dijese palabra hasta no llegar a su celda, que oficiaba de dormitorio. Estaba situada en el ala sur del enorme edificio. En su interior se apreciaba un ambiente lujoso y cómodo, sin llegar a la ostentación. Por la ventana, alta y estrecha, fuertemente enrejada, penetraba el sol y el aire fresco de las montañas.

El padre Antonio se acomodó en un sillón, indicando otro al discípulo. Su rostro demostraba cansancio y dolorosa resignación. A pesar del correr de los minutos, Pablo Simón no pudo iniciar el diálogo, pues su interlocutor permanecía con la vista perdida en los lejanos desfiladeros de las montañas, grandemente abstraído.

—Hermano Antonio, no prolonguemos esto inútilmente. ¿Qué queréis decirme?

—¡Tantas cosas...! Mas ¿para qué? Vos vivís en otro mundo, sin los halagos ni los terrores del mío, con otras aspiraciones y preocupaciones diferentes. Ambos sabemos que lo que se enseña a los fieles es la letra muerta, alterada y corregida respecto de la verdadera enseñanza de Jesucristo, y que las actividades de la Inquisición llegan a ser monstruosas... Pero ¿vos creéis que pueden transmutarse tantos males? Yo no, al menos, en los próximos cinco o diez siglos...

—¡No será así! Hay indicios de que las distintas sectas cristianas podrán convivir pacíficamente, y aun en tres cuartos de siglo más, lo harán todas las religiones. Pero aquellas que solo entendieron del dolor y la muerte, serán borradas de la faz del globo y sustituidas por otras nuevas, como formas cambiantes del único e inmutable saber a que aspiramos los filósofos.

—No seáis iluso... ¡Dentro de cien años no habrá un filósofo en toda Europa!

—Si tal ocurriese, los dogmas y la ignorancia científica llevarían a sus habitantes a vivir en cuevas, y otros pueblos con religiones, fraternidades filosóficas y escuelas científicas ocuparían sus tierras y crearían una nueva civilización. Mas no será necesario un medio tan drástico. Negar que nuestros pueblos puedan reaccionar ante absurdos morales tales como el castigo eterno por una falta cometida en la Tierra, más por debilidad congénita que por mala intención, o ante organizaciones criminales, es afirmar que en ellos no existe inteligencia ni luz espiritual. ¡Abre los ojos, hermano! ¡Levántate y anda!

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Ay de mí! ¡Ay de vos, Pablo Simón! El santo fuego de los mártires consume vuestro corazón y el humo del terror paraliza mi alma; pero vos, y yo, y todos, seremos aplastados por esta máquina infernal.

—¡No me asustáis con ese fantoche! El Renacimiento que vivimos es demasiado grandioso como para no sacudir los parásitos del lomo de la Humanidad. La ciencia moderna echará por tierra los dogmas infantiles del sistema geocéntrico. La historia y el derecho barrerán las supersticiones que afirman la originalidad de los símbolos religiosos actuales y la antigüedad del hombre como no superior a esos seis mil años que hoy se le atribuyen.

—¡Dejad de decir rarezas! Pensad en el presente: diez mil fiscales inquisidores recorren el país, y sus guardias son los mejor preparados. Los agentes secretos están en todas partes, desde el lupanar a la Santa Sede, tal vez lo soy yo, tal vez vos, tal vez un alto jefe de las fraternidades secretas. ¡Esto no es el Tíbet, Pablo Simón!

—¡Si cedemos aún más, esto será un infierno! Padre Antonio, si cada uno hace su parte y sigue las enseñanzas de Jesucristo, el mal y la ignorancia caerán indefectiblemente.

—¿Qué enseñanzas? Las copias más o menos originales en idioma arameo fueron destruidas por apócrifas, y si alguna quedó, quién sabe dónde está guardada. El Nuevo Testamento, tal cual nos llega, es una compilación griega hecha en el siglo IV aproximadamente, y alterada veinte veces en mil años.

—No se ha destruido todo. En el mismo Evangelio de Juan los investigadores pueden hallar pruebas de los errores que se les enseñan al vulgo. Además, recordad que este Evangelio fue escrito en verdad por un gnóstico de los primeros siglos, y sus diálogos están henchidos de sabiduría esotérica; en él se establecen las leyes fundamentales que nosotros conocemos...

—Muy hermoso es conversar contigo, Pablo Simón, pero tu presencia en el pueblo es peligrosa... No hablé en broma cuando anuncié a mi secretario tu viaje al extranjero.

—Vos os referís al dominico, pero no al médico, labrador, militar o comerciante en que me puedo transformar si me obligáis a ello...

—¡Dejad de disparatar! La Inquisición...

—¡Acabemos con eso! ¡No me asusta, y con un poco de voluntad, no os inmutaría a vos tampoco! Hipatia ha enloquecido en manos de esos miserables; el hermano Once y el padre Justino fueron asesinados, y cientos de otros hombres perecieron en los últimos veinte años. ¡Todo obra de la Inquisición... y de los cobardes, por mitades!

—¡No os insolentéis! ¡Respetad al menos mis canas!

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—El sabio Tales de Mileto ha enseñado que las canas son argumento de edad y no de sabiduría... Yo os respeto, pero no tengo por qué ignorar la cobardía y la ignorancia que cubren a la mitad del mundo... Peor para vos si estáis colocado en esa mitad. Por lo demás, yo no me inclino ante edades físicas, posiciones políticas ni parentescos; sólo lo hago ante la sabiduría, y en el orden físico, frente a un débil que necesita mi impulso que lo ayude a subir; jamás para congraciarme ante un hombre rico, fuerte o peligroso.

—Vuestra actitud me desagrada... ¡No tenéis derecho a reprocharme! ¡Sí, soy un cobarde, pero en estos tiempos es torpe ser un valiente!

Pablo Simón se acercó al anciano párroco, que lo miraba aterrorizado, de espaldas a la ventana. Su rostro parecía una máscara de serenidad y sus ojos se habían tornado aún más bondadosos y dulces, sin perder el magnetismo terrible de la fijeza.

—Oídmeme bien, padre Antonio, hermano Trescientos Veintiuno, o como preferáis llamaros... Varios infelices pudren sus cuerpos en las celdas subterráneas que la Inquisición posee en esta ciudad; es vuestro deber ayudarlos en lo posible y evitar nuevas detenciones injustas. Si lo preferís, actuad solo; si no, os ofrezco la colaboración y protección de la logia.

—¡Lo siento, pero yo no doy un paso! Si muevo un dedo voy a hacerles compañía... Longinos está viejo, pero sus herederos tienen buenos oídos y ojos, y aún mejores brazos.. ¡No! ¡No deseo acabar en una calleja, acuchillado como el padre Mateos! ¡No! Yo ya soy viejo... Dejadme morir en paz, en mi cama..., no tirado como un perro.

El clérigo, fatigado por la emoción del terror, se había desplomado en un sillón y alcanzado un frasco de licor a sus labios. Bebió tres largos sorbos, y luego, en el colmo de la extenuación, señaló la pesada puerta de roble, diciendo:

—¡Idos! ¡Idos de la casa, del pueblo y del país! ¡Sabedlo: yo no haré nada en vuestra defensa, y tarde o temprano os reconocerán! ¡Sí, moriréis en la calle, pero no conmigo! ¡Yo le avisé a Mateos; él no me oyó! ¡No pude avisarle más claramente: tuve miedo! ¿Sabes lo que es el miedo? ¡Qué sabes tú...!

Un sollozo desgarrado partió del pecho del párroco, que se cubrió el rostro con ambas manos.

Pablo Simón se le acercó y, palmeando su brazo cariñosamente, se despidió:

—No os afanáis demasiado... Haced lo que podáis... o no hagáis nada. De cualquier forma, este oscurantismo se disipará, con vuestra ayuda o sin ella. ¡Buena suerte, hermano!

—¡No haré nada! ¡No haré nada!

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La maciza hoja de la puerta cortó violentamente aquel vínculo de miedo y dolor que le unía al párroco, y Pablo Simón descendió en silencio las escalinatas.

Al salir al exterior, el sol poniente, esfumado entre pesados nubarrones, dio colores a su rostro lívido de cansancio y dolor.

Los días siguieron a los días con la monotonía cambiante de las olas del mar. Conjuntamente con los altos jefes de la logia, Pablo Simón trabajó en su revitalización y en la función social y educativa de la misma en el pueblo, aspectos estos descuidados desde que el hermano Once había fallecido.

Los meses, tomados de las manos, danzaron la ronda de los años. Hasta Pablo Simón llegaron las referencias y las cartas de su instructor, Giordano Bruno. Aquel que naciese en el reinado de Nápoles en el año 1548, era considerado, cuarenta y dos años más tarde, como el sabio más extraordinario de Europa. Ciudadano del mundo, recorría todos los países derramando su ciencia y eclecticismo religioso; París, Londres, Wittemberg y Praga le cedieron las aulas de sus universidades y le llenaron de honores. Sus libros «De la causa» y «Del infinito», a pesar de la persecución eclesiástica y de los catedráticos de la época, resucitaban el pensamiento platónico, la ciencia de Pitágoras y de Ammonio Saccas, la religión universal de los Misterios.

Las logias esotéricas, las bibliotecas laicas, los centros científicos y observatorios astronómicos florecían a su paso como lo hacen los campos ante el beso del sol y del agua. La antigua Escuela de Alejandría hallaba continuación, luego de mil años de silencio, entre sus discípulos más estudiosos. El gran Galileo, perseguido por la Inquisición y obligado a desmentirse públicamente, halló en Giordano un paladín formidable; sus numerosos tratados en contra de la teoría geocéntrica de Copérnico, apoyando el sistema heliocéntrico, hallaron enorme repercusión en todos los círculos, y muchos de los que le perseguían en público, a solas se deleitaban con sus libros.

Por fin, en 1592, Giordano Bruno, perseguido de cerca, huyendo siempre, insiste más que nunca en que las estrellas no son «lamparillas puestas por Dios para solaz de los hombres», sino soles, centros de sistemas semejantes al que nos cobija. Proclama, además, que todos los mundos del universo pueden estar habitados, y que en algunos planetas del sistema solar existen seres parecidos a los hombres, de similar inteligencia.

Hasta ese momento, a pesar de que habían asesinado misteriosamente a varios de sus discípulos, Giordano, fuertemente apoyado por algunos nobles y estudiosos, había escapado a las emboscadas de la Inquisición, que él siempre conocía con algunas horas de anterioridad. Pero el nuevo cariz de sus exposiciones se había tornado insoportable, y se llegó a amenazar a los reinos que ofreciesen las cátedras de sus universidades al sabio. Las clases sociales más ignorantes y analfabetas eran convencidas de que se trataba de un hechicero que tenía pactos firmados con el diablo. Réplicas de tales «documentos» eran mostradas a los fieles desde los púlpitos de las aldeas, y el conde de Venti se veía forzado a patrullar las carreteras por las que debía transitar.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Las investigaciones de Giordano sobre la esfericidad de la Tierra y el sistema heliocéntrico, si bien molestaban a los dogmas contrarios, no hacían más que acelerar el inevitable proceso general a que llevaban los recientes estudios cartográficos y astronómicos. Cientos de sofismas se inventaron para apoyar la posición de quienes cien años atrás habían sostenido que la Tierra era plana. Se decía que ello había obedecido a fines religiosos que no se podían divulgar, y que la ciencia seguía siendo hija del diablo y contraria a Dios.

Pero la teoría de la «habitabilidad de los mundos» era fatal al dogma central referente a Jesús como único Hijo de Dios, y la Iglesia su sola representante. Porque si la Tierra no era más que un minúsculo grano de polvo cósmico en medio de millones de otros semejantes, igualmente poblados, y por ende benditos por Dios como ella misma, ¿cómo sostener que Dios había encarnado en este único lugar, y que el hombre era el único ser inteligente al don del espíritu inmortal? Y si también Dios hubiera estado en otros mundos, ¿habría otras Iglesias? Además, si Dios había encarnado en distintos puntos del universo y en distintas épocas, ¿qué prohibía que lo hubiese hecho en tiempos pasados en diferentes lugares de la Tierra, y que volviera a hacerlo otras veces en el futuro?

Este era un verdadero golpe de gracia. Algunos filósofos, luego de oír a Giordano, comenzaron a buscar afanosamente los tratados originales platónicos y herméticos, para compararlos con las ciencias actuales.

Corría el año 1592 cuando Giordano Bruno aceptó una invitación del reino veneciano, sellando así el último paso de su liberador peregrinaje.

Hacía varias noches que Pablo Simón no podía dormir, acongojado por extrañas sensaciones y confusos mensajes telepáticos de los discípulos de Giordano, cuando, poco antes de surgir el sol, le fue anunciada la visita del conde de Venti.

El discípulo y ayudante de Giordano le aguardaba impaciente, cubierto con una gran capa negra y portando espada al cinto. Pablo Simón notó su rostro lívido y los ojos rodeados de sombras.

—¡Hermano!

—¡No lo digáis! ¡Han prendido al Maestro!

—Sí. Está prisionero en los calabozos submarinos de Venecia...

—¡Tantas veces habíais eludido a la Inquisición! ¿Cómo os prendió?

—Veníamos huyendo de Milán y creímos hallar refugio en el reino de Venecia. Giordano aceptó allí dar una serie de conferencias en privado para algunos nobles y catedráticos, pero uno de los primeros lo vendió, y apenas pude escurrirme arrojándome al agua desde una ventana, según me indicó el Maestro al ser apresado... Además, varios otros discípulos cayeron y serán también juzgados...

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Qué hacen las fraternidades venecianas?

—Todo, menos liberarlo... Eso es imposible; jamás se guardó tan bien a prisionero alguno.

—¿Qué opináis que debe hacerse?

—El Maestro nos había pedido, días antes de la traición, que si algo le pasaba, viniese a buscaros... Aquí estoy... Los agentes inquisitoriales están quemando cuanto libro de Giordano hay en las bibliotecas, pero las logias han salvado algunos... —y agregó—: ¿cuándo podemos partir?

—Hoy mismo...

Pablo Simón quedó profundamente sumido en sus cavilaciones. En la pantalla de su mente se volvían a reflejar las imágenes del pasado; él tenía muy tristes ejemplos de la eficacia y crueldad de la Inquisición como para alentar esperanzas. El padre Justino, quemado en horrible tortura; Hipatia, enloquecida de sufrimiento, cuyo cuerpo enfermo y bestializado ni siquiera sabía si aún latía en el fondo de algún lejano subterráneo; su hermano y maestro, asesinado por la espalda e injuriado torpemente...

Súbitamente retornó su atención al mundo externo, y notó el extremo cansancio que volvía tembloroso el cuerpo del conde de Venti. Disculpándose, lo llevó hasta una celda donde tomar algún alimento y descansar.

Luego, en las siguientes doce horas, arregló una larga serie de cosas y se despidió de las autoridades de la logia.

Apenas las sombras llenaron el cielo de estrellas y los pastos de luciérnagas, dos caballeros embozados tomaban el camino real, jinetes en magníficos corceles.

Pablo Simón, con los ojos entornados, sentía correr el viento entre sus cabellos, lo que le daba sensación de su velocidad. Tal vez así, pensó, sean los dolores que se deslizan sobre el alma, meros heraldos de la prontitud con que evoluciona...

Quizá su compañero captase este pensamiento, pues haciéndole una seña afectuosa, apuró el ya frenético galope de su cabalgadura.

«Chio Cadro morto a terra, ben m'accorgo, ma qual vita pareggia il morir mio?»

(De los heroicos furores, Giordano Bruno.)

El 22 de mayo había sido apresado Giordano Bruno. Mes y medio más tarde, Pablo Simón y el conde de Venti cruzaban los reinos de Europa en descomunal carrera. Las cabalgaduras eran reemplazadas cada pocas millas; ora sus bolsas de oro, ora sus iniciaciones en los Misterios, les abrían las murallas de las ciudades y burlaban repetidas veces la implacable persecución de los esbirros del Santo Oficio.

En el viaje, Pablo Simón se había informado de las últimas novedades respecto a su Maestro. En Wittemberg y Praga había dejado escrito su opúsculo «De specierum scrutivio et de lampada combinatoria», y los libros «De monade, numero et figura», «De imaginum signorum et idearum compositione», «De triplici numero et mesura».

Distintos miembros de las fraternidades confirmaron que el librero Giotti lo había inducido a aceptar la invitación del gentilhombre Giovanni Marenigo, quien luego lo traicionaría en su palacio de Venecia. Anteriormente, y en forma secreta, había visitado las logias de Zurich y de Milán.

Sorpresivamente, un nuevo factor apresuró aún más aquella enloquecedora marcha: hacía pocos días, el 2 de junio, Giordano había sido interrogado por segunda vez por el Tribunal de la Inquisición de Venecia. Anteriormente, el 26 de mayo había sido interrogado por vez primera y encarcelado en la horrible prisión de los «Piombi», bajo el nivel del mar.

El «Filósofo del Fuego», a pesar de los vejámenes y martirios, tuvo la serena amabilidad de explicar a los verdugos el sentido de sus libros y conferencias, haciéndoles notar que en ninguna parte atacaba a la religión cristiana, en ninguna de sus sectas, pero sí a sus errores, ignorancias y métodos sangrientos. Reafirmó sus investigaciones científicas, asegurando que, si se buscaba en las Escrituras sagradas de todas las religiones, sin excepción, dejando de lado dogmas y fanatismos de exclusividad, se hallarían señales evidentes de una sabiduría eterna, más allá de la letra muerta.

¡Inútil esfuerzo! El 30 de julio del mismo año soportó un nuevo interrogatorio, estipulando una vez más el acusado que su teoría sobre la «pluralidad de los mundos habitados en nada dañaba al verdadero cristianismo, pues Jesucristo era un Iniciado que había realizado estudios en los templos de Egipto y Persia, y aun se habría relacionado con sabios budistas y brahmanes, por lo cual era fácil ver que conocía la esfericidad de la Tierra, el sistema heliocéntrico y la realidad de los millares de sistemas semejantes al nuestro, que pueblan los campos del espacio.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Toda esta argumentación, fundada en el estudio y en la lógica, expresada con corrección, sin hacer una protesta sobre las privaciones y castigos que sufría a diario, no penetró un milímetro en las mentes de sus endurecidos jueces, ni sus corazones tuvieron estremecimientos ante las llagas y harapos que cubrían el cuerpo del filósofo. Por el contrario, elevaron a Roma un informe sobre las «herejías» de Giordano, recomendando su muerte previo martirio, a fin de sonsacarle sus pactos con el diablo, y dónde había escondido los documentos firmados por el «Príncipe del Mal».

Días más tarde, luego de permanecer escondidos una semana en un pueblecito de los Alpes suizos, penetraban los viajeros en el Reino de Venecia. De inmediato, se relacionaron con las fraternidades secretas de lugar, que agrupaban a selectos artistas y pensadores. Hallaron albergue y refugio seguro en el palacio de un marqués florentino, antiguo amigo del conde de Venti. Este y Pablo Simón ocuparon una alcoba sobre el Gran Canal, cerca del palacio de los Dogos, en cuyos cimientos estaban labrados los horrorosos «Piombi»; allí, en alguna oscura celda submarina, el sabio pagaba el mismo tributo a la ignorancia que antes habían saldado maestros tan grandes como un Pitágoras y un Jesús.

Las luces permanecieron encendidas toda la noche; los dos Iniciados hojeaban ávidamente las recopilaciones más recientes de los trabajos de Giordano. Pablo Simón, portando una brazada de papeles manuscritos, los colocó sobre la mesa en que trabajaba el caballero de Venti, diciéndole:

—¡Ved, hermano! Como las semillas duermen en el seno de la tierra cuando esta es abrigada por la nieve, el hielo intelectual de la edad en que vivimos sumió en sueño los gérmenes más fecundos de la sabiduría; pero estos, en el comienzo de la nueva primavera, adquirirán ritmo de vida y lanzarán al aire el eterno desafío de sus hojas y la gloriosa promesa de sus frutos.

—¡Cierto! Los últimos escritos del Maestro se internan en el futuro. Tal vez ni en diez siglos los hombres abarquen el profundísimo sentido de su obra. Las leyes del ritmo, de la reintegración constante de la evolución sintética de los seres, arrancan a Platón de su tumba y vuelcan sus palabras sobre el mundo. ¡Que tiemblen los farsantes, los que, ignorándolo todo, se atreven a sojuzgar a los pueblos y guiar la norma de sus pasos! ¡Ay de los aprendices que se creen en el grado de la maestría!

—Hermano..., sé que el destino nivelará este desorden que desencadenaron los hombres ambiciosos, pero me tortura la actual situación del Maestro. Sé lo que pueden las torturas de la Inquisición...

El recuerdo hizo volver a Pablo Simón hacia la ventana de pequeños vidrios emplomados. El brillo de las aguas, diez metros más abajo, le sirvió para reconcentrarse en sí mismo, en ese dolor formidable que solo las almas grandes son capaces de albergar. Dolor por toda la Humanidad, cósmico, infinito...

La voz de De Venti susurró casi en su oído:

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Todo es ilusión; sólo Dios es real...

La vista del discípulo perdió lentamente su fijeza; sus facciones se dulcificaron, y, al volverse, habló a través de una sonrisa:

—¡Gracias! A veces olvidamos lo único que no debemos olvidar... Yo también he estado en el Oriente...

—¿Qué más nos queda? Aquí todo está en ruinas, desde el pensamiento a...

—Lo que está en ruinas es mi corazón... ¿Mañana le veremos?

Un artístico reloj de oro brilló en la mano de De Venti, quien respondió:

—Mañana es hoy; dentro de tres horas cantará el gallo.

—La hora de las ofrendas a Abraxas...

Ambos quedaron en silencio y así los encontró la aurora, inclinados sobre los muchos rollos de papel y bajo aún más numerosas preocupaciones.

La pesada puerta lanzó un grito sordo al ser golpeada. Un grupo de discípulos, bajo la apariencia de boteros y comerciantes, penetró en la sala y saludó respetuosamente a los dos filósofos. Uno de ellos, que se presentó como instructor de una logia neoplatónica, profesor de matemáticas, era quien había planeado el encuentro de Giordano con sus amados discípulos.

El Gran Canal, en horas de la mañana, se llenaba de góndolas y distintas embarcaciones comerciales. Ellos ocuparían media docena de góndolas, entre las cuales, una muy lujosa, llevaría a Pablo Simón y a Venti, disfrazados de nobles generales del ejército de los Estados Pontificios. La especial situación internacional les allanaría muchas dificultades.

Revisado el plan en sus más ínfimos detalles, ampliamente discutido, fue aprobado y, dos horas después, se ponía en ejecución desde distintos puntos de la metrópolis; el sitio de unión sería el Gran Canal.

La barca de Pablo Simón y Venti poseía ese lujo sencillo que encanta a la vista pero no llama extraordinariamente la atención. Sus pasajeros, sobrios y dignos, lucían en los cortinados de la cabina colores y símbolos nobiliarios. Ante las reverencias y melosos saludos con que algunos oficiales y nobles de segunda categoría los obsequiaban, Venti comentó entre dientes, sin dejar de sonreír:

—¡Ya lo ves, hermano! Los hombres vulgares se dividen en dos bandos: los que son sometidos por la fuerza, y los que la buscan a través de la sumisión.

Su compañero iba a responder cuando la góndola desembocó en el Gran Canal, al fondo del cual se divisaba el palacio de los Dogos. No menos de medio millar de

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

barcos lo surcaban en una longitud de un kilómetro, y la Plaza de San Marcos elevaba al cielo sus banderines cetrinos y rojos, como cabezas decapitadas.

Paulatinamente, tras hábiles maniobras, las lanchas de la fraternidad rodearon la góndola, en forma tan disimulada que los dos filósofos solo lo advirtieron al reconocer a algunos de los pasajeros y tripulantes.

Los nobles venecianos, enloquecidos por el crimen, la piratería, la lujuria y el miedo, despleaban sus galas los unos frente a los otros, como el pavo real. Pablo Simón, sólo recurriendo a su elaborada voluntad, podía disimular la impaciencia que tornaba rígido su porte; mas su compañero, habituado a la vida palaciega y a la diplomacia, se mostraba alegre y locuaz con todos, alentando a sus amigos y desconcertando a los probables espías que estarían apostados frente al palacio.

A poco de llegar, la góndola se desvió hacia un pequeño amarradero situado en una de las alas del enorme edificio. Una barca negra se les anticipó rápidamente, y media docena de esbirros del Santo Oficio desembarcaron aguardando a los filósofos.

Pablo Simón se inclinó junto a Venti, murmurando:

—¡Somos muertos! Alguien ha dado aviso... ¡Ya no veremos al Maestro!

—¡Calla! Esos son de los nuestros, hermanos de la logia veneciana, convenientemente disfrazados.

Los falsos guardias presentaron sus hachas de bronce ante ellos, y les hicieron franquear la pequeña puerta de la prisión submarina. Tras los cuartos de portería, descendía una escalerilla de caracol, cuyos peldaños y descansos estaban húmedos, cual si las piedras, más tiernas que el corazón de los hombres, llorasen ante el dolor que habían presenciado. Acompañaban a los Iniciados dos de los hermanos disfrazados, cinco miembros del Santo Oficio y el jefe de la prisión, ex pirata de la Costa de Oro.

Las antorchas iluminaban aquella escalera que parecía descender a los infiernos, y las enormes ratas, llagadas y pestíferas, tornaban grotescos los reflejos rosados y apacibles de los muros pulidos. El techo, cada vez más bajo, daba lugar a babosas filtraciones, pero el jefe de la prisión no cesaba de ensalzar el edificio, su guarida, y los refinados horrores a que se sometía a los herejes e infieles allí encerrados.

El conde de Venti le sonreía y aprobaba todo lo que decía, pero si el esbirro hubiese prestado más atención a su expresión, hubiera notado, tal vez, un «algo interior» más agudo que una espada y tan terrible como la sonrisa de un tigre.

Pablo Simón andaba con la cabeza gacha, los ojos nublados, y varias veces había resbalado y vacilado como si se encontrase débil o abstraído en algún pensamiento implacable.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Por fin, desembocaron en una galería horizontal, a cuyos lados se abrían puertas pequeñas, enrejadas. Un grupo de guardias dormían, borrachos, sobre las piedras, y otros aún bebían sentados a una mesa sucia y pesada como el aire de la cámara.

Un grito espantoso del ex pirata puso de pie a aquellos infelices, embrutecidos y aún más presos que sus cautivos, presos por las groseras pasiones: las cárceles más duras...

La comitiva pasó rápidamente por el corredor, mientras los guardias, semidormidos pero firmes, presentaban sus armas.

—Aquí solo hay presos políticos e infractores de las leyes de impuestos. El célebre renegado que queréis entrevistar ocupa un sitio especial...

Tras estas palabras, el jefe de la prisión lanzó tan cruel y repugnante carcajada que los falsos guardias, admiradores y discípulos de Giordano, se detuvieron de golpe y sacaron a medias sus espadas. Un gesto imperativo de Venti los detuvo, mientras decía en tono de chanza:

—¡Tened paz, señores! Está bien que el Santo Oficio os haya encomendado nuestra seguridad, pero esa sombra, que yo también he visto, no justifica actitud tan decidida —luego, dirigiéndose al jefe, comentó—: Os felicito, capitán, por el ambiente de los «Piombi»; hace perder la calma aun a los oficiales veteranos...

Otra carcajada feroz fue la respuesta, y continuaron el descenso por escalerillas aún más lóbregas, mientras los causantes de la incidencia soportaban los murmullos burlones del resto de los guardias.

La base del palacio de los Dogos era un dédalo de pasadizos y celdillas, algunas cegadas por derrumbes; tenía comunicaciones secretas con los salones superiores, desde donde los nobles invitados a las fiestas bajaban a insultar y torturar a los herejes encerrados. Pero los presos de categoría excepcional, tales como Giordano, ocupaban grutas socavadas en el fondo de los canales marinos, eternamente sombrías y llenas de víboras, escuerzos, arañas y escorpiones. Hasta ella llegaba el ruido de las olas y las corrientes, velado, pero tan continuo y audible, que tornaba locos a varios de los que no podían oír otra cosa, sumidos en la oscuridad absoluta, durante los varios años que precedían a sus muertes.

Por fin, el capitán de la guardia carcelera tiró de una argolla de hierro empotrada en el suelo, quedando al descubierto una puerta-trampa, por cuyo hueco descendían una docena de escalones altos y mal tallados en la roca. Abajo, un túnel tortuoso e inundado los llevó hasta la puerta de una celda, aunque más que eso, semejava un simple agujero en la roca, tapiado con algunos bloques que encuadraban la entrada. A pesar de que estaba a unos veinte metros bajo el nivel del mar, no contaba peor ventilación que las cámaras superiores, pues un hábil sistema de aireación mantenía viva la llama de la vida que, enterrada en tales cuevas, solo deseaba extinguirse.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Venti fue informado de que allí estaba Giordano, y solicitó que los guardias se alejasen al pasaje superior, a fin de conversar libremente con el prisionero. Accedió el capitán, mas se obstinó en que un viejo y corpulento carcelero, que estaba agazapado en un rincón, permaneciese para ayudar a los nobles por si el renegado los atacaba. Aceptado el ofrecimiento, y mientras se retiraban los guardias, el viejo corrió a abrir la pesada puerta, volviendo a refugiarse en su rincón, hipnotizado por una moneda de oro que el conde le pusiera entre las manos.

Pablo Simón tomó una antorcha y la encendió con la que ardía frente a la puerta. En dos saltos penetró en la celda, pero quedó clavado en el suelo. Venti sólo pudo observar por encima de su hombro, y comprendió la razón de su actitud.

Allí, sentado a la manera oriental, rodeado de alimañas y suciedad, respirando el aire acre y neblinoso, se hallaba un anciano de aspecto cadavérico, vestido de jirones que dejaban ver sus carnes llagadas por las torturas y los colmillos de las ratas. Su cabello, de color incierto, se unía a una barba rala y ondulada. Los ojos negros, hasta entonces fijos como de piedra, abstraídos en quién sabe qué ideal largamente perseguido, fueron tornándose más humanos, y todo el endeble cuerpo se animó al amanecer de una sonrisa.

Sus discípulos hacían denodados esfuerzos para no echarse a llorar, y arrodillados junto a él, cubríanle de afectos. Mas Giordano, haciendo gala de un dominio extraordinario sobre su cuerpo, se puso de pie y fue a sentarse con sus visitantes sobre el tablón que le servía de lecho. El retumbar en las paredes del ruido marino ahogó sus palabras, que fueron dichas casi en el oído. Pablo Simón, tomando las manos del Maestro, le dijo que pronto los hermanos de Venecia conseguirían su libertad, por la razón o por la fuerza.

—¡No, mi buen hermano! Prefiero estar vivo en la muerte antes que muerto en la vida... Si tomamos los mismos métodos que los inquisidores, si utilizamos la violencia y el dolo, tarde o temprano nos volveremos como ellos. Así como el licor al cuerpo, la crueldad hace al alma acostumbrarse a ella y gozar del sopor moral que le sigue. Debemos controlar nuestra imaginación. Habéis entrado en el círculo vicioso de pensar e imaginar tan solo mis sufrimientos, pero olvidáis los frutos que darán en el futuro. No me han enterrado a mí en los «Piombi», sino a una humilde semilla de la filosofía, que germinará en los siglos venideros. ¡No lloréis la semilla; presentid el árbol! Día llegará, hermanos, en que la sabiduría de civilizaciones más antiguas que esta renovará en nosotros la tumba del conocimiento. Ese día caerán las concepciones dogmáticas y separatistas que hoy me mantienen encerrado porque afirmo que la Tierra es esférica, el Sol el centro del sistema y cada estrella el eje de otro sistema semejante, con sus habitantes particulares y sus especiales conceptos de la Divinidad. Como todo ello no figura en los libros actuales, es tomado como mentira... ¡Ay, hermanos! Lloro por vosotros que permaneceréis viviendo entre ellos, mas os envidio; haréis mucho por la Humanidad.

—En medio de tales torturas, ¿aún pensáis en el bien de la Humanidad?
—estalló uno de los discípulos venecianos.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Sí, hermano Marcos... También ella, en medio de sus martirios, pensará en sí.

—Nosotros y la Humanidad os queremos vivo; aún podríais dar muchísimo.

—¡No, Pablo Simón! La muerte es un elemento valiosísimo en la vida de una personalidad humana, y nuestra alma debe aprovecharlo al máximo. Tal vez un día os digan que yo, ante la muerte, he desmayado... Desde ya, sabed que mentirán.

—¿Cómo no alterarán la verdad quienes ni siquiera la han respetado en sus propios libros sagrados?

—Venti, la «santa ira» es solo permitida a los puros de corazón, porque ya no la utilizan para destruir, sino construyendo... ¡Cuídate de odiar!

—¡Maestro, sólo odio la mentira!

—Os he dicho que la mentira no existe. Combatidla sin darle mayor importancia, proclamando la verdad, la universal verdad de la sabiduría, la religión sin nacionalidad, ni épocas, ni dogmas... Perdonadme, mi cuerpo físico está muy débil y se fatiga... Ya no puedo seguir hablándoos mucho tiempo...

—¡Queremos estar junto a ti, noble filósofo!

—Entonces, no olvidéis mis obras. Estoy más en ellas que en este moribundo cascarón de carne... ¡Salid de los «Piombi»; aquí solo impera el dolor y la ignorancia! —Giordano, recostado en los brazos de sus discípulos, se cerraba sobre sí mismo como el loto a la caída de la tarde. Venti y Pablo Simón empujaron a los jóvenes venecianos a la salida.

Siete años más tarde, a pesar de los esfuerzos de quienes le amaban, Giordano, que había sido conducido a Roma, compareció ante el Tribunal del Santo Oficio establecido en el convento de Santa María de la Minerva, y fue condenado a ser quemado vivo, después de haberle sido arrancada la lengua.

Al serle leída la sentencia, aquel esqueleto aún vivificado por obra de una voluntad sobrehumana, abochornó a los jueces con su frase: «¡Tembláis más vosotros al leerme esta sentencia que yo al escucharla!».

Esta última parte del proceso fue silenciada, tratándose de hacer pasar a Giordano por un simple hechicero o loco. Ocho días permaneció incomunicado en alguna cueva inquisitorial.

Mientras tanto, Pablo Simón y Venti realizaban los más desesperados esfuerzos por salvarlo. Un grupo de jóvenes neoplatónicos de una escuela secreta salió a las calles vitoreándolo; pero prontamente fueron muertos por los guardias; los pocos heridos fueron rematados a tiros o se pudrieron en los calabozos de la Inquisición.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Al amanecer del 17 de febrero de 1600, Giordano fue arrastrado a los pies de un prelado, quien pronunció la frase de fórmula: «Ut quam clementissime et citra sanguinis effusionem puniretur» (será castigado con clemencia y sin derramamiento de sangre).

Luego, vestido con el infamante uniforme de los «traidores a la religión», fue conducido al irónicamente titulado «Campo dei Fiori» (Campo de las Flores). Allí, la quema del filósofo constituiría el máximo festejo en un día de especial jubileo.

Las altas autoridades de las logias esotéricas, esforzándose, consiguieron detener todo intento de libertar a Giordano, quien desautorizaba tales proyectos, tal vez sabiendo que resultarían inútiles y peligrosos para sus ejecutores.

Casi al mediodía, una gran caravana partió hacia el Campo dei Fiori. La formaban sacerdotes y ordenados de casi todas las sectas cristianas, quienes se mezclaban y entrechocaban haciendo vanos intentos por mantenerse en grupos separados. Unos blandían antorchas, otros maldecían al diablo y a Giordano, y no faltaban los que, en silencio, pasaban su rosario, tan tranquilos como si asistiesen al más piadoso de los actos; también había quienes cantaban dulces canciones en perfectos coros.

Al frente, rodeado por la guardia inquisitorial, el mártir, con una energía que sobrecogía a quienes conocían su estado físico, caminaba erguido, arrastrando asombrosamente los hierros de sus cadenas y grillos.

Pablo Simón y Venti, confundidos entre el ruidoso gentío que aguardaba, estaban pálidos y temblorosos bajo sus sombreros brunos. Tenían la misión, junto con otros hermanos experimentados en las sagradas artes mágicas, de apoyar al Maestro con sus pensamientos, y transmutar las negras olas de carga psíquica liberadas por el populacho en sutiles corrientes benéficas para el alma en vías de ascensión.

Lentamente, los verdugos fueron subiendo a Giordano por los maderos de la pira; lo encadenaron con las mismas que llevaban al gran poste central, y descendieron.

Varios monjes cantaban a voz en cuello, y miles de antorchas se revolvían amenazantes. El filósofo había bajado la cabeza... ¿Un desmayo? ¿El terror truncaba al fin tan sobrehumana resistencia? No faltaron quienes se codearon sonriendo burlonamente y murmurando.

Un verdugo, armado de tenazas larguísimas y afiladas, subió a la pira y se dirigió a cumplir con el edicto que decía: «Se le arrancará la lengua». La multitud bramaba enloquecida de insano entusiasmo. Otros cinco hombres también se atrevieron a escalar para secundar la infamia. La víctima permanecía inmóvil. Una mano crispada arrancó el capuchón pintarrajeado, y un rostro lívido se elevó lentamente, pedestal del fuego sagrado de sus ojos. No era aquella una mirada dura, pero su misterioso y terrible poder, apenas velado de dulzura, llegó de alguna manera al alma del infeliz que lo iba a mutilar. Un grito de horror, largo y estrangulado, surgió de su boca, y arrojando las tenazas, empezó a huir como enloquecido, los ojos fuera de las órbitas y las manos muy abiertas delante de sí; cayó de bruces desde lo alto de la pira, levantándose y dando

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

alaridos como de bestia. Los demás verdugos, paralizados en un primer momento, bajaron a toda prisa de la pira, entre tropezones y derrumbamientos.

Giordano paseaba ahora unos ojos tristes sobre el gentío enmudecido. El silencio, como sangre nueva, había partido del corazón de la plaza y ganaba rápidamente las calles adyacentes. A lo lejos, el enloquecido verdugo se abría paso dando golpes y dentelladas, derribando y pisoteándolo todo.

Pero pasados los primeros segundos de estupor, en vista de que el pueblo dudaba, los jefes de los distintos movimientos comenzaron a gritar por doquier que el diablo, disfrazado de Giordano, pretendía espantarlos e interrumpir sus festejos. Columnas de civiles armados, previamente organizados, empujaron a la multitud hacia la pira, y los porta-antorchas se acercaron al filósofo.

Tal vez siguiendo una visión interna, Giordano había bajado nuevamente la cabeza, y su delgadísimo cuerpo colgaba de las cadenas.

Ya toda la multitud había prorrumpido en bestiales aullidos, repitiendo estribillos necios y aun obscenos. Miles de espadas se elevaban hacia el cielo en actitud amenazante y cientos de fuegos ardían por doquier.

Los dos discípulos, apretujados y aturdidos, hacían tremendos esfuerzos por ayudar mentalmente a su Maestro de manera eficaz.

Un fraile, portando una gran cruz de bronce, escaló los primeros maderos de la pira, diciendo:

—¡Oye! Si besas esta imagen y te manifiestas arrepentido, tal vez aún se te perdone la vida...

—Toda mi vida he besado a Jesucristo con mis obras; no preciso ahora hacer que mi cuerpo de carne bese una imagen de bronce. No puedo arrepentirme de un mal que no hice, ni decirme siervo de una sociedad humana, llámese de una u otra forma, que niega los fenómenos evidentes de la Naturaleza y persigue a quien no actúe o piense como ella.

El pesado crucifijo, manejado ferozmente por el fraile, estalló la boca de Giordano, saltándole los dientes. Acto seguido tomó una antorcha e incitó a lanzarlas. Pronto, Giordano Bruno, avanzada temeraria del progreso humano, fue rodeado por las llamas y envuelto en negros nubarrones. Toda la pira fue digerida por el fuego, y sin un grito, el sabio abandonó su corteza de carne.

La multitud, satisfechos sus instintos asesinos, volvió a la orgía, a la simulación y al «no pensar» qué sobreviene luego de las grandes agitaciones, viejo fenómeno explotado por todas las tiranías.

Pablo Simón, Venti y unos pocos discípulos escogidos, disimulados entre las hordas, permanecían cerca del gran túmulo humeante.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Al caer la noche, volvieron los miembros del Santo Oficio a terminar su obra. Un centenar de soldados empezó a verter baldes de agua sobre los rescoldos, y así se abrieron paso hasta el gran poste, semicarbonizado, que aún se erguía en el centro. Unas cadenas candentes pendían de él; más abajo, algunos huesos calcinados y polvo gris...

Un clérigo tomó en sus manos las cenizas y las fue aventando hacia los cuatro puntos cardinales, como última y ensañada venganza.

La plaza estaba solitaria; el populacho, embotado, dormía el sueño de las bestias. Los pocos que velaban, viajeros que más bien habían asistido a los festejos por asuntos comerciales, observaban de lejos la escena, temerosos unos de las cenizas de aquel hechicero; otros repugnados, recordando al mártir con respeto.

Los dos discípulos se alejaron en silencio, luchando desesperadamente por no dejarse envolver en la ilusión del mundo. A lo lejos, los palacios resplandecientes iluminaban rojizamente las viejas ruinas romanas... Paisaje infernal de un Averno terrible, enmascarado, el reino de la oscuridad y la ignorancia.



EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

LA CORONA DE ESPINAS

Pablo Simón, con una extraña expresión en los ojos, había abandonado la Ciudad Blanca y regresado a su base de «Las Ruinas».

Venti y otros discípulos, elevada una estatua a Giordano Bruno sobre los pedestales de sus corazones, volvieron a sus actividades normales.

Los astros, en el cielo, seguían cantando la verdad por la que fuese sacrificado el sabio.

El alquimista, jefe ahora de la escuela a que arribase tantos años atrás en una aparente casualidad, trabajaba incansablemente investigando las intimidades de los metales y sus ocultas relaciones con los poderes del cosmos. Pero algo se había quebrado en su interior; el sufrimiento, superando el límite de sus fuerzas, lo había bañado en una indiferencia absoluta hacia sus propios padeceres y hacia los del mundo.

Ya no procuraba atraer a nuevas almas a la verdad; prefería trabajar con los que, espontáneamente, se presentaban, y tenía en menos las obras de caridad y ayuda que tanto habían beneficiado otrora a las poblaciones vecinas a su logia. Por su vasallaje a las instituciones establecidas, despreciaba al pueblo, y estaba decidido a combatir el mal con sus propias armas. La fraternal doctrina de la no violencia era vista por él, más como una maravillosa utopía que como necesaria realidad.

La población, mayormente compuesta por labriegos, pastores y clérigos, de almas primitivas y simples, que antes lo mirase con afectuoso respeto, hoy le temía y comentaba en voz baja los prodigios que de él se narraban. Las autoridades eclesiásticas tenían ya abundantes pruebas de sus investigaciones científicas, en ese entonces prohibidas, pero no osaban denunciarlo, poseídos de supersticioso terror.

Al contrario de estas reacciones, sus discípulos de la logia le admiraban y reconocían que nunca habían tenido un instructor tan capacitado y conocedor de los más profundos misterios de la Naturaleza.

Reconcentrado en sí mismo, silencioso como un recuerdo, pálido, de ojos enigmáticos, cruzaba todos los amaneceres las calles, luego de sus misteriosos trabajos nocturnos efectuados en la montaña, en las galerías de una mina abandonada.

Su viejo laboratorio, a pocos cientos de pasos de la casa parroquial, tenía sus luces encendidas toda la noche. Mas... ¿quién trabajaba en él?

Pablo Simón lo ocupaba cada dos o tres días, y a veces permanecía semanas encerrado sin que le trajesen alimentos, sino tan solo pequeños cestillos que hacían pasar por el torno de la puerta.

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Desde su regreso, había despedido a todos sus sirvientes y ayudantes... ¿Quiénes los reemplazaban? Tan solo algunos hermanos de alto grado iniciático le habían acompañado ocasionalmente, y estos eran tan celosos guardianes del secreto como su maestro.

Los años fueron doblando las espaldas de sus compañeros, pero él aparentaba siempre la misma edad. A su lado, el tiempo era lo que es en realidad: el océano ilusorio en donde navegan, se hunden y reflotan todos los engaños de la manifestación.

Respetuoso para con la vida del insecto más pequeño que cruzase su camino, no movía un dedo en ayuda de los muchos enfermos que, acicateados por el dolor, le solicitaban la curación de sus males.

Su logia contaba con los aparatos más costosos para la investigación, y costeaba viajes al Oriente para todo componente que se destacase y así lo desease. Pero el pueblo, la gran masa ignorante, no recibía la menor ayuda ni palabra de consuelo o instrucción. Tenía tanto oro como desease, pues la trasmutación de los metales no le guardaba secreto alguno.

A la vuelta de uno de sus viajes a Egipto, supo que la Inquisición le buscaba, y que el más temible inquisidor se trasladaba a su pueblo a fin de prenderlo y hacerlo quemar vivo. Sin dar importancia a la noticia, se encerró en su laboratorio y dejó transcurrir los días.

El otoño alfombraba con cadáveres de hojas las calles cuando un pelotón de caballería, comandado por el Gran Inquisidor, se apostó frente a su laboratorio. Las primeras luces del alba destacaban los lagos de niebla en el fondo de los valles, al tiempo que los guardias y familiares del Santo Oficio golpeaban en la puerta con el pomo de las espadas y las culatas de los pistolones.

Todos los miembros de la fraternidad tenían la orden de permanecer inactivos, y se corría la voz de que, de todas maneras, el destacamento armado huiría ante la aparición de algunos de los terribles «espíritus» que servían a la logia.

Allí estaba Pablo Simón, vestido con una rara túnica de fibras de plomo y amianto, contemplando en las criptas subterráneas su obra mágica más terrible.

Desde los tiempos de los atlantes, tales creaciones se hicieron más y más escasas, pues solo podían realizarlas quienes conocían y controlaban a voluntad la trasmutación y evolución de los elementos simples en los cuatro aspectos inferiores de la Naturaleza, desde los gérmenes mentales hasta los esquemas etéreos de las formas físicas. Su obra era algo digno de las pesadillas de un loco: el cuerpo de un joven árabe, muerto hacía años y revitalizado en forma inmediata por el Iniciado... Mas allí no se había detenido: había cambiado su cabeza por la de un leopardo, y sus manos estaban tan bestializadas que parecían garras velludas y enormes.

Tal engendro parecería irreal y fantástico a quienes no estuviesen habituados a los conocimientos y las artes secretas; pero obrar tales fenómenos no era milagro ni

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

regalo de ningún ser extraordinario, sino dominio de las leyes naturales, ocultas a la inmensa mayoría de los hombres, quienes, ni aun en sus mayores ensoñaciones, podrían acercarse a concebir el poder de la voluntad encauzada y aplicada.

Pablo Simón oyó el rumor de los golpes y levantó lentamente la cabeza; con ademán cansado bajó la capucha que la cubría y se alisó maquinalmente los cabellos. Detrás de él, el monstruo gruñía en dirección a la escalera, sediento de sangre...

—¡Déjalos, Obó! ¡Deja que profanen mi derecho a la investigación! En última instancia, tu ferocidad no es mi obra, sino la de ellos, y ahora se les enfrentará...

Sus palabras, dichas en voz baja, le parecieron huecas, vacías de fuerza interior.

De pronto, el espantoso engendro, dando un crispado aullido, fue a refugiarse en el rincón más alejado de la estancia, atropellando alambiques, retortas y cables que surgían del techo y las paredes. Pablo Simón se volvió y descubrió a sus espaldas una forma blanquecina, radiante en la semioscuridad.

—¡Tú! ¡Has vuelto! ¡Vete, Hipatia; ya no soy el mismo; no emponzoñes tu alma con mi presencia! ¡Vuelve a las inmóviles formas del recuerdo!

La visión no se movió, pero una voz tenue, íntima, murmuró en sus oídos:

—Vuelve tú al recuerdo... Allí veo grabadas las palabras de tu Maestro: «si tomamos los mismos métodos que los inquisidores, si utilizamos la violencia y el dolo, tarde o temprano nos volveremos como ellos...». No mates nuestra unión que encadena nuestras almas al amoroso servicio, más allá de las vidas y las muertes. Hace milenios, prometimos juntos fidelidad en el altar de Eros-Pteros, el amor que da alas... No me pierdas, perdiéndote...

Lentamente, la forma luminosa se expandió en el ambiente, haciendo palpar el oscuro corazón de las sombras. El sabio, arrodillado sobre las losas de mármol, sollozaba silenciosamente... Un rugido de Obó lo desengarzó de su dolor, y con un gesto de dulce serenidad que hacía mucho lo había abandonado, se dirigió hacia la puerta; afuera resonaban los golpes de un ariete y el crujir de los tablones de madera. El monstruo, con los acerados músculos en tensión, aguardaba sus órdenes.

Las manos enguantadas de Pablo Simón encapucharon de nuevo su cabeza y tomaron una refulgente gema de una caja de plomo. Apagó las lámparas alimentadas misteriosamente, y arrojándolas a los pies de la horrible criatura, cerró la puerta, a la vez que violentísimas llamas y temblores de tierra deshacían todo lo que guardaba el laboratorio, apagando un espantoso rugido de muerte.

A la carrera, descendió la escalera de caracol, cuya bóveda, resquebrajándose, empezaba a derrumbarse. Los peldaños saltaban de sus ensambles haciéndole trastabillar y golpear duramente. Mientras corría se quitó la pesada túnica a fin de no perecer en el derrumbe. Por fin, con los pies, rodillas y manos destilando sangre, llegó a la superficie, cerrando la puerta-trampa, mientras el último derrumbe conmovía toda la

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

construcción. Criptas, estanques y laboratorios subterráneos yacían destruidos por completo y extrañas radiaciones terminaban la obra en planos más sutiles de la Naturaleza.

En las habitaciones de la casa propiamente dicha, imperó el silencio, pues los atacantes, espantados ante el estruendo, habían ganado prudente distancia. Pablo Simón, revivificado y reencontrado consigo mismo, pleno de felicidad, rebosante de alegría, con el mismo entusiasmo con que de muchacho se lanzase al Oriente en busca de las fuentes de la sabiduría, se dirigió hacia la gruesa puerta que daba al exterior, ya medio hundida por los golpes. Al abrirla, apareció sonriente ante los ojos del inquisidor, que volvía montado en su caballo blanco. Convertido otra vez en un mero observador de la vida, estando en el mundo sin pertenecer a él, le vio aproximarse con socrática actitud de comprensión.

Una turba guiada por los esbirros del Santo Oficio se arrojó entonces sobre él, y olas de manos lo rodearon para golpearle y desgarrarle las ropas, sumergiéndole finalmente en la inconsciencia.

El agua fría, al golpear su cuerpo semidesnudo, lo retornó a sus sentidos. Se halló en un oscuro calabozo, bajo la guardia de una docena de soldados y un clérigo. Según le informaron, estaba en la casa parroquial y debía comparecer de inmediato ante un tribunal expeditivo reunido a tal efecto.

Se irguió pesadamente, y sólo su dominio respiratorio le evitó tiritar fuertemente ante el frío del exterior. Sonrió pensando en la inútil crueldad de sus guardianes, quienes lo exponían al aire invernal completamente mojado. Subió las escaleras sin resistencia y lo introdujeron en uno de los salones del primer piso. Allí, el Gran Inquisidor, el párroco, varios clérigos y algunos civiles y oficiales, se habían reunido en tribunal, presidido por el primero.

Tras las preguntas de fórmula, le acusaron de practicar la hechicería, antropofagia y multitud de crímenes de moda en aquella época. Sumido en sus reflexiones, el acusado no prestaba atención a las calumnias, tratando de visualizar si la obra de destrucción de su monstruoso engendro y los laboratorios de alquimia se había cumplido plenamente. Una referencia a sus hermanos de la logia le arrancó de su estado, enterándose de que algunos de sus discípulos intentaron rescatarlo, por lo que habían ocurrido pequeños choques callejeros. Luego de poco menos de una hora, se le invitó a hacer su defensa.

—¡Hermanos! Yo os llamo así porque la hermandad entre los hombres es un hecho, se la reconozca o no. Jamás he cometido ninguno de los crímenes con que intentáis cargarme; busqué la verdad por otro camino que vosotros, pero aun en ocasión de verme forzado a ello, jamás me manché con sangre. Espero que algún día podáis decir vosotros otro tanto sin faltar a la verdad... Una cosa es cierta: investigué los misterios de la Naturaleza; estudié el enigmático sendero de las almas a través de todos los reinos y de sus innúmeras reencarnaciones. Observé la oculta relación entre los «ángeles» que llevan los carros planetarios y los que cuidan los órganos de nuestros cuerpos. Comprobé la identidad de todas las religiones y combatí con mis enseñanzas a

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

cuanta secta se atribuyese la suma total del conocimiento teológico, pues encontrándose dos de ellas, siempre cunde la violencia de la lucha. ¡Oíd! No «creo» en Dios así como vosotros no «creéis» en la existencia de vuestras manos; «sabéis» que existen, lo comprobáis a cada instante. De igual forma, la Divinidad se me muestra en todas las cosas, y su existencia para mí ya no es un artículo de fe, sino una realidad serena y natural. Sé de una Ley Universal que, a través de adaptaciones, rige a todos los seres con los instrumentos de la dicha y el dolor, ambos, artífices de la perfección.

—¿Creéis en el perdón de los pecados?

—El perdón es recomendado por todas las religiones a través de las enseñanzas de sus fundadores. Pero, hermanos míos, el perdón sólo mata las semillas mentales del dolor; el daño ya hecho sólo se repara con el sufrimiento y nada puede compensar la muerte de una hormiga, ni hay hombre capaz de pagar las deudas de otro.

—¡Hereje! —estalló el párroco—. ¿No creéis en la redención de la Humanidad por el sacrificio de Nuestro Señor?

—¡Qué cómoda es esta doctrina! Pecáis, matáis y destruís en la interesada creencia de que el sacrificio de aquel Maestro os lava a todos... Os lavaría, sí, si practicaseis las virtudes que os recomendó. Su muerte es solo el signo que llama la atención sobre la vida. Él no quería adoradores, sino seguidores de sus pasos, practicantes de la virtud y la no violencia. ¿Qué diría el Príncipe de la Austeridad al contemplar los lujos de vuestros jefes, y qué al observar vuestras hogueras?

—El arrojó a latigazos a los mercaderes del templo...

—Arrojad así a los mercaderes de vuestra alma; limpiaos interiormente, y vuestros templos serán puros en razón de la pureza interior de los asistentes.

—¡Calla ya, blasfemo! ¿Reconoces o no los cargos que te hace este tribunal?

—¡No reconozco más cargos que los de mi conciencia, y os encomiendo al juicio de las vuestras!

Ante una señal del inquisidor, dos soldados obligaron a arrodillarse al Iniciado, quien no ofreció la menor resistencia. Luego de breve deliberación, se le comunicó que antes de siete días sería quemado vivo en la plaza pública. Al indicársele que se retirara, Pablo Simón se inclinó cortésmente ante sus jueces y salió de la habitación con una sonrisa y la cabeza alta.

En la fecha fijada, luego de una semana, la víctima, envejecido el semblante y con el cuerpo deshecho en mil heridas, fue conducida a la plaza central. Sus hermanos de la logia habían sido silenciados una vez más por sus dirigentes y por las instrucciones que, de oculta manera, les hiciera llegar su Maestro.

Al ser portado, cargado de cadenas, escupido y apedreado por una pequeña multitud enardecida, se adelantó el inquisidor en su corcel, preguntándole con sorna:

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Dónde están tus compañeros?

—Muy cerca de aquí. Me ayudarán en el siempre molesto trámite de deshacerse del cuerpo físico violentamente.

—¿Y por qué no corren en tu ayuda? ¿Temen abandonar, a su vez, sus diabólicos cuerpos?

—Ved, inquisidor, existe una diferencia: vosotros predicáis la mansedumbre de Jesucristo, nosotros predicamos la nuestra propia...

La burlona respuesta enfureció al jefe del Santo Oficio, quien con su fusta castigó repetidamente al filósofo.

La masa del pueblo, humildes y bondadosos pastores, permanecía ajena al espectáculo, observándolo desde lejos; pero un grupo de varios cientos de ellos, unidos a los seminaristas y soldados, empujaron al sentenciado a la pira, le amarraron al poste y comenzaron sus canciones y estribillos.

Una alegría rebotante emanaba del rostro de Pablo Simón... Casi había vivido la mayor parte de su vida deseando ese momento. En los planos sutiles se uniría a Hipatia en sagrado matrimonio espiritual, y de ese desposorio de almas nacerían nuevos ideales. Allí le rodearían sus hermanos, Giordano y los sabios adeptos orientales, que pondrían luz en las lámparas de sus mentes celestes.

Una rápida, pero vívida síntesis de su vida, desfiló ante sus ojos cerrados, mientras que a sus oídos llegaban confusas las voces del populacho. Notó la presencia mental de sus hermanos de «Las Ruinas», apoyándolo y otorgándole hermosos mensajes telepáticos. Abrió los ojos, contemplando a sus matadores: en ese momento arrojaban media docena de antorchas en la base embreada de la pira de madera de pino.

Pablo Simón bajó los párpados y se volvió vertiginosamente a su interior; pronto cesó casi por completo toda sensación corporal; oyó la tos de alguien que se ahogaba, y un gran calor en la parte superior de la cabeza. Luego...



EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

EL RECUERDO

Los picos más altos de las montañas se sonrojaban de amor ante la imponente aparición del sol. La bruma pesada y opaca trataba de retener las más espesas sombras entre los sillares y vigas carbonizadas de la antigua iglesia; los dos espectros, acabada la evocación, se reunieron junto a la pila bautismal.

—¿Te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Él, en sueños, nos ha acompañado en el recuerdo...

—¿Qué importancia tiene? Para nosotros, ¿puede ya haber algo más importante fuera de nosotros mismos?

—No puedo reprocharte el egoísmo, pero sí la torpeza... Si él recuerda, tal vez...

—¡Deja de hacerte ilusiones! Va a salir el sol... Apresurémonos a infundirnos en las grietas de la tierra.

—¡Larvas astrales, ratas, es lo que somos! Mas quizá dejemos de serlo...

Las dos sombras con apariencia humana se fueron diluyendo en la niebla que bebían las grietas ávidamente.

Los murciélagos retornaron a sus rincones, a la vez que los pájaros del valle ensayaban los primeros gorjeos.

Multitud de invisibles geniecillos convergían hacia el lugar, mientras que los ángeles de la aurora los perseguían con sus espadas punzantes...

Por el sendero que recorrieran la tarde anterior, Antonio apresuraba la marcha de su padre. Los últimos islotes de niebla disolvíanse ante el calor del sol, cuando ambos penetraron en el área de las antiguas ruinas. El joven, adelantándose, empezó a pasear sus manos por las desgastadas esculturas originales de los pavimentos.

La sombra que proyectaba sobre el suelo fue haciéndose cada vez más pequeña; los ojos del anciano, con un brillo enigmático, le seguían en sus incansables búsquedas. Ora levantaba una pesada placa de mármol, ora removía las piedras de los muros o desaparecía a través de los sombríos pasadizos. Alcanzaba el sol su máxima altura cuando el joven se alzó apretando algo entre sus manos; sus ojos estaban húmedos como la tierra grávida luego de una lluvia. Algo nacía en él, dolorosa y gloriosamente.

Allí, en el cofre de sus manos, relucía un tesoro de valor incalculable: un medallón con la imagen de un gallo, el Abraxas de los gnósticos medievales, formado por un vegetal petrificado, recibido hacía cinco siglos de un Adepto hindú. Allí, Oriente

EL ALQUIMISTA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

y Occidente sellaban su unión en el puente luminoso de un alma que se reencontraba a sí misma.

El joven Antonio vio en vertiginoso pasaje los siglos del futuro, y vislumbró una Humanidad unida sin diferencias sociales, con religiones verdaderas que ligasen a los hombres en lugar de separarlos, con una ciencia espiritualizada educiendo los arcanos potenciales de la Naturaleza sólo para el bien.

El anciano y el joven tomaron el camino del retorno, muy juntos, alegremente silenciosos, símbolos de dos épocas y del único, universal camino.

Las sombras, liberadas, trasmutadas en luz, surgiendo de las grietas, se perdieron en un cielo sin nubes...